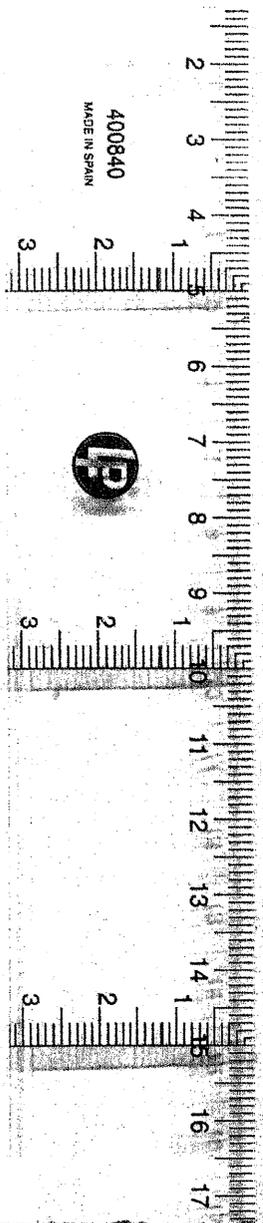


Biblioteca Universitaria
Sala
Estanco
Tabla
Número



MARCIAL

EPIGRAMAS

FEDRO

FÁBULAS



R-247

4.163.39154

BIBLIOTECA CLASICA.
TOMO CXLIV.

MARCO VALERIO MARCIAL

EPIGRAMAS

TRADUCIDOS EN PARTE

POR

JÁUREGUI, ARGENSOLA, IRIARTE (DON JUAN), SALINAS

EL P. MORELL Y OTROS

Y EL RESTO POR

D. VICTOR SUAREZ CAPALLEJA

con prólogo y notas del mismo

TOMO III

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.^ª
calle del Arenal, núm. 11

1891



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.

LIBRO DUODÉCIMO.

MARCIAL Á SU AMIGO PRISCO (1).

No se me oculta que debo justificarme de la pereza á que me he entregado, ha tres años, y que apenas hallaría excusa en Roma, donde las atractivas ocupaciones no son más que una especie de agitación más importuna que agradable, pero que aun lo es menos en la soledad de una provincia, en donde, si uno no se entrega con exceso al estudio, el retiro no tiene solaz ni excusa alguna. Escucha, pues, mis razones. La primera y potísima, es que en vano busco aquí el auditorio que hallaba en Roma, y que aquí me encuentro como si alojase en extranjero foro. Si, en efecto, mis libros tienen alguna gracia, se la debo á mis oyentes. La penetración de juicio, la fecundidad del genio, las bibliotecas, los teatros, las reuniones en que se estudia al par que se goza; en fin, todo cuanto me obligó á abandonar la sociedad, hoy lo echo de menos, como si para siempre lo hubiese perdido. Agrega á esto el humor mordaz de los provincianos, la envidia que usurpa el puesto de la crítica, uno ó dos malévolos, que forman una turba en reducido lugar, y ante los cuales es harto difícil conservar todos los días su

buen humor. No te extrañes, pues, de que haya rechazado con indignación lo que por costumbre practicaba con deleite. Sin embargo, á tu llegada de Roma, cuando me exigieres cuentas, para no rehusar á un hombre, con quien no es ser ingrato el darle más de lo que he podido, me he impuesto la obligación de lo que antes me era un placer, esto es, consagrar algunos días al trabajo, á fin de ofrecer á mi mejor amigo mi homenaje de bienvenida. Te ruego, pues, que tengas á bien examinar, pensar escrupulosamente estos versos, que únicamente ante ti solo no están expuestos á peligro alguno. Juzga sin ningún reparo (lo que debe serte penoso) estas fruslerías, hijas de mi vena, por temor de que no envíe á Roma, si es que así lo ordenares, no un libro escrito en España, sino un libro español.

1.—AL MISMO.

Mientras se pliegan las redes,
Y los perros ya no ladran,
Y el bosque está silencioso,
Y el jabalí ya no se halla
En él, da, Prisco, á este libro
Un poco de tu vagancia.
Ya no estamos en verano (2),
Y la hora, que empleada
Por ti fuere en mi lectura,
No del todo se malgasta.

2.—Á SUS VERSOS.

Versos míos que, otro tiempo,
Hacia Pyrgos (3) caminábais,
Id ahora—ya no hay polvo—
Id á la calle Sagrada.

3.—Á SU LIBRO.

Tú, libro mío, que ibas, otro tiempo,
De Roma hacia otras gentes, hoy de aquestas
A Roma te diriges. Marcha, marcha
Desde el país que riega el áureo Tajo,
Desde riberas áridas y pobres
Del Jalón, de esta tierra poderosa,
Do yacen las cenizas de mis padres.
En la soberbia ciudad de Remo,
En donde vió la luz la mayoría,
De tus hermanos, no serás extraño,
Ni te habrán de llamar advenedizo.
Acércate al dintel—razón te asiste—
Del templo venerable, que, hace poco,
Alzóse al coro de las nueve hermanas.
O, si más te agradare, da principio
Subiendo por la calle de Suburra.
Allí se yergue el opulento alcázar
Del cónsul, de mi amigo, el noble Stella,
Cuyos penates se hallan adornados
De la elocuencia con la palma ilustre,
Y que abreva su sed en los raudales
De la fuente Castalia, que, orgullosa,
Allí vierte sus ondas cristalinas,
Y adonde, según dicen, á menudo
Las doctas Musas á saciarse vienen.
Él, entre el pueblo, habrá de propagarte,
Y entre el senado ilustre y caballeros,
Y él mismo no ha de recorrer tus páginas,
Sin que su pecho sienta conmovido.
Mas, ¿con qué objeto un título me pides?
Con dos ó con tres versos que te lean,
Es de Marcial, exclamarán al punto.

4.—Á PRISCO.

Lo que para Horacio, Vario
 Y Virgilio fué Mecenas,
 Vástago de ilustres reyes,
 Mis versos, de fama eterna,
 Dirán á futuros pueblos,
 Que conmigo fué tu buena
 Amistad. Tú das impulso
 A mi talento y mi vena,
 Y todo lo que yo valgo
 Es de tu cariño prenda:
 A ti, á ti soy deudor
 Del noble ocio del poeta.

5.—A CÉSAR (4).

Mis libros décimo, undécimo
 Aparecían muy largos,
 Mas les hice algunos cortes,
 De esta manera abreviándolos.
 Que los ociosos y aquellos
 Que te deben el descanso,
 La primera edición lean;
 Pero tú, César magnánimo,
 Lee aquesta, pues la otra
 Tal vez habrás saboreado.

6.—ELOGIO DE NERVA.

La Ausonia, Nerva, goza la alta dicha
 De disfrutar del más clemente príncipe,
 Y nosotros también hoy libres somos
 De rendir homenaje á nobles Musas.

La buena fe, equidad, clemencia dulce
 Y el poder tutelar ya han regresado,
 Y de nosotros ya el temor se aleja.
 Roma, tu pueblo fiel, y las naciones
 Sujetas á tu imperio, por ti forman
 Un solo voto, el de que goces siempre
 De semejantes príncipes, y guardes
 Por largo tiempo á aqueste. ¡Sea, pues, Nerva!
 Abriga siempre en el egregio pecho
 Tu genio superior, y tus purísimas
 Costumbres dignas del piadoso Numa,
 Y que al mismo Catón decoro fueran.
 Hoy puedes, noble príncipe, sí, puedes,
 Dádivas otorgar con amplia mano,
 De tu beneficencia hacernos gala,
 Aumentar los pequeños patrimonios,
 Y dar aun más de lo que al cielo debes.
 Tú solo, bajo un príncipe perverso,
 Y, en días más aciagos de la historia,
 Hubiste de ser bueno, noble audacia.

7.—ACERCA DE LIGEYA (5).

Si tantos años tuviera
 Ligeya, como cabellos,
 Según el número de ellos
 Niña de tres años fuera.

8.—ELOGIO DE TRAJANO.

Diosa de las naciones y del mundo (6),
 Inclita Roma, á la que nada iguala,
 Ni siquiera se acerca; tú, felice
 Por la subida de Trajano al solio,
 No ha mucho te engreías de mirarle
 Reinar por largo tiempo, y admirando
 Ver en tan noble jefe reunidos

La juventud, valor, talentos bélicos,
 Ebria de orgullo prorumpiste: «¡Oh príncipes
 De Partos, oh monarcas de los Seres,
 Oh Tracios, Getas, Sármatas, Bretones,
 Venid, que un César enseñaros puedo!»

9.—Á CÉSAR.

Clementísimo príncipe, gobierna
 A nuestra cara Iberia el noble Palma,
 Y só su yugo, lleno de dulzura,
 En aquella región la paz florece.
 Por tan gran beneficio acoge, oh César,
 Del corazón las más sentidas gracias,
 Pues otro como tú nos has enviado.

10.—ACERCA DE AFRO (7).

De herencias Afro es amante
 Con tener caudal muy fuerte.
 Mucho á muchos da la suerte,
 Pero á ninguno bastante.

11.—ENVÍA SU LIBRO Á PARTENIO.

Saluda, Musa, á Partenio,
 Que es tu amigo y también mio.
 Nadie más que él de la Aonia
 Fuente bebe el cristal líquido;
 Y en los antros de Pimplea, (8)
 ¿Qué lira tiene su brillo?
 ¿Qué poeta, en tiempo alguno,
 Fué de Apolo más querido?
 Si acaso, lo que no espero,
 Tiene algún rato perdido,
 Tú le ruega, que ante el príncipe (9)
 Mis versos coloque él mismo;

Y en favor de aqueste pobre
 Y minúsculo librito,
 Le diga tan solamente:
 «Roma le lee con ahinco.»

12.—CONTRA PÓSTUMO.

Quando tú has pasado
 La noche bebiendo,
 Todo lo prometes:
 Mas lo olvidas luego,
 Cuando viene el día.
 Póstumo, te ruego
 Que por la mañana
 Bebas el falerno (10).

13.—Á AUCTO (11).

Iras y enconos tomar
 Mucho á los ricos les vale;
 Pues más barato les sale
 El aborrecer que el dar.

14.—Á PRISCO.

Usa menos, creeme,
 Prisco, del veloz caballo,
 Y no seas tan ardiente
 En perseguir los lebratos.
 El cazador con frecuencia
 Al animal venga, cuando,
 Para ya no levantarse,
 Se cae del corcel rápido.
 La llanura también tiene
 Sus añagazas y daños,
 Aunque no tenga ni fosos,
 Piedras falsas, ni altibajos.

Bastantes gentes daránle
 Este funesto espectáculo,
 Aunque menos lamentable
 Nos habrá de ser su caso.
 Si quieres nobles peligros
 (Más seguro está allí el ánimo),
 Podremos muy bien cazar
 Los jabalíes toscanos.
 Tan imprudentes carreras
 A rienda suelta, ¿qué agrado
 Pueden tener para tí?
 Prisco, el cazador impávido
 Es en ellas más vencido,
 Que no el tímido lebrato.

15.—LISONJA.

Cuanto fulgía en el cesáreo alcázar,
 Ha sido dedicado á las deidades,
 Y todos lo verán. El mismo Jove
 Admira los espléndidos vislumbres
 De esmeraldas de Esecitia encadenadas
 En tus círculos de oro: enajenado
 Contempla las magníficas riquezas
 De reyes orgullosos y aquel lujo
 Pagado con sudor de las naciones.
 Ved copas dignas del Señor del trueno,
 Copas que llaman al copero frigio.
 Hoy es dichoso Júpiter; nosotros
 Con él también lo somos, mas no ha mucho
 (Avergüenza, avergüenza confesarlo)
 Júpiter era con nosotros pobre.

16.—CONTRA LABIENO.

Tres campos tenías,
 Los tres has vendido,

Y su precio diste
 Por tres favoritos.
 Labieno, tus campos
 Has prostituido.

17.—CONTRA LENTINO.

Ha muchos días la fiebre
 Te está minando, Lentino,
 Y te preguntas con lágrimas
 Por qué se ensaña contigo:
 Te acompaña en la litera,
 Va contigo al baño limpio,
 Hongos, ostras, ubres come,
 De jabalí trozos ricos;
 Se embriaga á veces de Setia,
 Y otras de falerno vino,
 Jamás el céculo bebe
 Sino entre hielo metido,
 No descansa más que en rosas,
 Y en amomo superfino,
 Ni duerme más que entre pluma
 Y entre púrpura de Tiro.
 Con ese trato tan bueno,
 Y ese alimento tan rico,
 ¿Quisieras tú que se fuese
 A vivir con Dama el mísero? (12)

18.—Á JUVENAL (13).

En tanto que, ocupado en tus negocios,
 Vas á través corriendo de Suburra,
 Calle de tanto tráfago y barullo,
 Ó pisas la colina de Diana (14):
 Ó mientras que empapado en sudor cálido
 Bajo tu veste que sacude el aire,
 Jadeante vas de alcázar en alcázar;

Y te fatigas desde el grande Celio
 Hasta el menor, he vuelto, ha muchos años,
 A contemplar á Bilbilis, soberbia
 Por sus metales de oro y hierro puros;
 Y en ella vivo campesina vida.
 Aquí, indolente labrador, cultivo,
 No con grandes esfuerzos ni sudores,
 Los campos de Boterdes y Platea,
 Nombres groseros de la patria mía.
 Gozo profundo, prolongado sueño,
 Que á veces dura más de la hora terciá,
 Y aquí reparo todas las vigiliás
 .Sufridas en el curso de treinta años.
 No se conoce aquí ninguna toga:
 Y aquí me adorno con cualquiera veste,
 Que yace en mi desvencijada silla.
 Al levantarme, espérame gran fuego,
 Noble montón de troncos de carrasca
 En aldeaño monte derribados;
 Fogata que ha ceñido la casera
 De un ceñidor extenso de marmitas.
 El cazador cargado viene luego,
 Y tal cual lo quisieras en el bosque
 Más denso. El mayordomo, todavía
 Imberbe, distribuye la tarca
 A los esclavos, y me ruega déle
 Licencia de cortarles el cabello.
 Así vivir, así morir me agrada.

19.—ACERCA DE EMILIO.

En el baño come Emilio
 Lechugas, huevos, pescados;
 Después afirma que nunca
 En la ciudad ha cenado.

20.—Á FÁBULO.

Quare non habeat, Fabulle, quæris
 Uxorem Themison? Habet sororem.

21.—Á MARCELA.

Marcela, ¿quién creería
 Que habitas en las riberas
 Del Jalón, ó que tú fueses
 Ni española tan siquiera?
 ¡Tan dulces, tan distinguidos
 Son tus modos y maneras!
 Que te se oiga hablar, y al punto
 Habrá de decir cualquiera
 Que la luz viste en la corte.
 No habrá ninguna que pueda
 Disputar contigo, aun cuando
 En la Suburra naciera,
 Ó monte Capitolino;
 Ni existe una jovencuela,
 Que al nacer ha sonreído
 A cualquier madre extranjera,
 Que mejor que tú romana
 Deba ser y lo merezca.
 Tú me haces más soportable
 La privación de la reina
 De las ciudades: tú sola
 Haces que en Roma me crea.

22.—ACERCA DE FILENIS (15).

¿Quieres te diga, Fabulo,
 Cuán fea es Filenis tuerta?
 Es tan fea, que sería
 Más hermosa siendo ciega.

23.—CONTRA LELIA (16).

Pelo y dientes de la tienda
 Sacas, Lelia, sin sonrojo,
 Pero ¿qué harás para el ojo
 No habiendo quien ojos venda?

24.—Á JUVENEO, ACERCA DE UN COCHE CUBIERTO.

Discreto y grato vehículo (17),
 Regalo del docto Eliano,
 ¡Digno de ser preferido
 A la litera y al carro!
 En él al menos, Juveneo,
 Podrás, libre de embarazo,
 Decirme cuanto quisieres;
 Negro cochero africano
 No precisa, ni tampoco
 Postillón muy apretado;
 Ni siquiera un muletero.
 Tan solamente dos jacos,
 Y que no han de charlar nada.
 Si se hallase á nuestro lado
 Avito, tertia persona,
 Que no me ofrece cuidado.
 Aunque me oiga, todo el día
 Fuera muy bien empleado.

25.—CONTRA TELESINO.

Si te pido que me prestes
 Sin garantía: «No tengo»
 Me dices. Mas si mi campo
 Sirve de caución al préstamo,
 Abres al punto la bolsa.
 La confianza y el crédito

Que me niegas, Telesino,
 A mí, tu amigo hace tiempo,
 Los concedes á mis árboles
 Y á mis mezquinos barbechos.
 Mas Caro viene á acusarte:
 Vaya mi campo al momento
 A defenderte Destierrante?
 Vaya contigo al destierro.

26.—CONTRA UN AMIGO AVARO.

Porque vas tú, senador,
 A llamar por la mañana
 A sesenta varias puertas,
 De perezoso me tratas,
 A mí, simple caballero,
 Que, cuando despunta el alba,
 No piso la ciudad,
 Y no regreso á mi casa
 Jadeante y ensuciado
 Con mil besos en la cara.
 Mas tu objeto es inscribir
 Un nuevo nombre en las páginas
 Consulares, ó regir
 La Capadocia ó el Africa.
 Mas á mí, á quien obligas
 A levantar de la cama,
 Interrumpiendo mi sueño,
 Para ir por la mañana
 A zampuzarme en el lodo.
 ¿Qué recompensa me aguarda?
 Cuando se sale mi pie
 De mi maltrecha sandalia,
 Ó cuando sobre mis sienes
 Un nubarrón se desata,
 No me darán un criado
 Todos mis gritos y ansias



Para cambiar mi vestido,
 Que chorrea do quiera agua.
 Mas un siervo aproximándose
 A mi oreja, que está helada,
 «Letonio, dice, te invita
 A cenar en su compañía.»
 —¿Y cuánto monta la espóstula?
 —«Veinte monedas de plata.»
 Pues más quiero tener hambre.
 Lo que á mi una cena mala
 Me procura, á ti el gobierno
 Te ofrece de una comarca.
 ¡Oh!, ya que hacemos lo mismo,
 Tengamos la misma paga.

27.—CONTRA SENIA.

A latronibus esse fututam
 Dicis, Senia: sed negant latrones.

28.—CONTRA CINA.

Yo me bebo dos vasos,
 Tú, Cina, once,
 ¡Y, sin embargo, quéjaste
 A grandes voces,
 De que igual vino á entrambos
 No se nos pone!

29.—ACERCA DEL LADRÓN HERMÓGENES (18).

Pontico, Hermógenes es,
 Según mi juicio penetra,
 Un tan gran ladrón de licenzo
 Cual Masa (19) fué de monedas.

Observa su diestra mano,
 Y sujétala a izquierda,
 Pues aun así halla modo
 De robar tu servilleta.
 Tal aspira un ciervo, cuando
 Absorbe un reptil con fuerza;
 Tal es la atracción de Iris,
 Cuando chupa de la tierra
 Las aguas que han de caer
 Después desde altura inmensa.
 Últimamente, y durante
 Que se pedía clemencia
 En pro de Mirino herido,
 Robó cuatro servilletas.
 Iba el pretor con la suya
 A dar de juegos la seña,
 Pero Hermógenes robóselas.
 Un día que no se diera,
 Por precaución, á ninguno (20),
 Robó el mantel de la mesa.
 Si no halla mantel, Hermógenes
 Los lechos roba y saquea,
 Y hasta arrebató los pies
 De las mesas. En la arena,
 Y á pesar del gran calor,
 Si Hermógenes se presenta
 Quitan las telas (21). Los nautas,
 Temiendo su gran destreza,
 Se apresuran á plegar
 De sus navíos las velas,
 Siempre que á Hermógenes ven
 Que hacia la rada se acerca.
 Los sacerdotes de Iris
 Y la turba que maneja
 Los sistros (22) huyen corriendo,
 Cuando Hermógenes se ostenta
 Entre sus adoradores.

Nunca traje servilleta
Este mozo á una comida,
Pero siempre una se lleva.

30.—Á APRO (23).

¿Qué me importa que Apro coma
Muy poco y no beba vino?
Tales prendas en un siervo
Alabo, no en un amigo.

31.—ACERCA DE LOS JARDINES DE SU ESPOSA MARCELA.

Estos bosques, estas fuentes,
Estos toldos revestidos
Por un parral prolongado,
Este arroyo cristalino,
Estos prados y rosales,
Que igualaran á los mismos
De Pesto, que dan al año
Dos veces su fruto lindo;
Las legumbres que en Enero
Verdean con dulce brillo
Y no se hielan jamás;
Esos viveros pacíficos
En donde nada la anguila;
Esa blanca torre, asilo
De blancas palomas, son
De mi esposa don munífico.
Marcela me ha regalado,
Siete lustros ya corridos
Desde mi ausencia, este bien
Este reino reducido.
Si Nausicaa me cediese
De su padre los magníficos
Jardines, dijera á Alcinoos;
«Mucho más quiero los míos.»

32.—CONTRA VACERRA.

¡Oh deshonra de calendas
De Julio! (24) He visto, Vacerra,
Sí, he visto tu mobiliario,
Por el cual ninguno diera
Ni dos asces. Tu mujer
La pelicofre que peina
Siete cerdas, lo llevaba
Con ayuda de tu vieja
Madre y hermana virago.
Cuando las vi, creí que eran
Las Furias, que del Averno
Escaparan á la tierra.
Nuevo Iro, hambriento y helado,
Tú caminabas tras ellas,
Amarillo cual la hoja
De la madera ya seca.
¿Quién no diría al mirarte
Con tal ajuar que vinieras
De la colina de Aricia? (25)
Formaba la delantera
Un lecho que había sólo
Tres patas, luego una mesa
Con dos, una pobre taza
De cuerno, una candileja,
Un bacín roto y capaz
De servir de regadera,
Una ánfora por hogar,
Transportada en su cabeza,
Y cuyo olor nauseabundo
Emanación se dijera
De langostas requemadas
O de anchoas muy pequeñas.
Item: un cuarto de queso
Que de Tolosa viniera,

Con un montón de poleos,
 Que por lo menos cogieras,
 Ha cuatro años, de cebollas
 Y de ajos largas cadenas,
 Una olla, que á tu madre
 Había servido, llena
 De aquella resina inmundada
 Que peliforras emplean
 Para arrancarse los pelos.
 ¿Por qué buscar, oh Vacerra,
 Casa, y reirte del pobre,
 Cuando en tu mano se encuentra
 Poder habitar de balde?
 ¡Oh!, la pompa y la riqueza
 De tus muebles, en un puente
 Perfectamente estuvieran (26).

33.—ACERCA DE LABIENO (27).

De sus huertos el caudal
 Labieno en mozos emplea;
 No es buen trato, pues granjea
 Tener sólo un higueral.

34.—Á JULIO MARCIAL.

Hace ya treinta y cuatro años
 Si es fiel mi memoria, Julio,
 Que vivimos en compañía;
 Treinta y cuatro años que juntos
 Gozamos la alternativa
 De alegrías y disgustos.
 Sin embargo, los alegres
 Fueron siempre en mayor número;
 Y si todos esos días,
 En los que ahora me ocupo,
 Se notaran con guijarros

De color blanco ó negruzco,
 Los blancos escederían
 A los morenos en mucho.
 Si evitar quieres desgracias
 Y dolores muy agudos,
 No te unas estrechamente
 En amistad con ninguno.
 Tendrás, si, menos placeres,
 Mas también menos disgustos.

35.—Á CALISTRATO.

Acostumbras, Calistrato
 Decirme, como si siempre
 Con franqueza me trataras,
 Que has sido ya muchas veces
 Herido. No eres tan franco
 Calistrato, como quieres
 Aparecer; quien tal dice,
 Callar más cosas pretende.

36.—CONTRA LABULO.

Porque nadie más que tú,
 Labulo, ofrezca á su amigo
 Tres, cuatro piezas de plata,
 Una toga que del frío
 No le preserva, ó un manto
 De lana, corto y raído,
 Y á veces un poco de oro,
 Que resuenas con ahinco,
 Y que á lo más dos calendas
 Podrá durar, no, no es lícito
 Deducir que seas hombre
 Muy generoso y magnífico.
 ¿Pues qué? A decirte verdad,
 Eres de todos los pillos

El mejor. Danos Pisonos (28),
Sénecas, Memmios (29) y Crispos
De las edades pasadas,
Y serás al punto mismo
El último de los buenos.
¿Te quieres ver aplaudido
Por corredor excelente?
Pues excede á Paserino
Y Tigris (30); porque no hay gloria
En correr más que un borrico.

37.—CONTRA UN NARIGUDO.

Tú quieres pasar
Por ser narigón (31).
Nariz grande gústame,
Un pólipa, no.

38.—Á CÁNDIDO.

Ese pisaverde
Que es muy conocido,
Porque noche y día
Siempre se le ha visto
En silla con damas;
Aquese mocito,
Que está muy peinado,
Que exhala olor fino,
Que brilla con bello
Color purpurino,
De faz delicada,
De pecho estendido,
Y piernas sin vello,
Que á veces con mimo
Se adhiere á tu esposa

Haciéndose el pillo;
Al tal, no le temas,
Oh, Cándido, amigo,
Porque de mujeres
No gusta ese pícaro.

39.—CONTRA SABELO.

Sabelo, te odio
Porque eres bonito.
Son cosas muy fútiles
Sabelo y un lindo,
Y aun éste á Sabelo
Siempre he preferido.
¡Ojalá revientes,
Sabelo guapísimo!

40.—CONTRA PONTILIANO.

¿Mientes? Te creo. ¿Recitas
Unos versos desdichados?
Te aplaudo. ¿Entonas canciones?
Canto. ¿Bebes, Pontiliano?
Pues también bebo contigo.
¿Ventoseas? No hago caso.
¿Juegas quizá al ajedrez?
Me dejo ganar. Pero algo
Hay que ejecutas sin mí,
Y de ese algo yo me callo.
Sin embargo de todo eso,
Nunca me has hecho un regalo.
—Cuando me muera, me dices,
Te dejaré buen legado.
—Nada quiero: solamente
Que revientes, Pontiliano.

41.—CONTRA TUCA (32).

No te basta, Tuca, ser
 Glotón tan desaforado:
 Quieres glotón ser llamado;
 Quieres glotón parecer.

42.—ACERCA DE CALISTRATO Y AFRO.

El barbudo Calistrato
 Casa con el vigoroso
 Afro (33), siguiendo la ley
 Que á la mujer da en consorcio
 Marido. Ya arden las teas,
 Ya la sien de los esposos
 Encubre velo nupcial,
 Ya se escuchan los armónicos
 Cantos de dulce himeneo,
 Y hasta el dote está ya pronto.
 Por ventura, ¿no te basta,
 Oh Roma, aqueste monstruoso
 Enlace? Dime, ¿qué frutos
 Esperas de tal consorcio?

43.—CONTRA SABELLO.

Facundos mihi de libidinosis
 Legisti nimium, Sabelle, versus:
 Quales nec Didymi sciunt puella,
 Nec molles Elephantidos libellis
 Sunt illic Veneris novæ figuræ,
 Quales perditus audeat fututor;
 Præsent et taceant quid exoleti;
 Quo symplegmate quinque copulentur;
 Qua plures teneantur á catena;

Exstinctam liceat quid ad lucernam.
 Tanti non erat esse te disertum.

44.—Á M. ÚNICO.

Único, que á mí ligado
 Estás por sangre é idénticos
 Estudios, versos compones
 Que sólo ceden á aquellos,
 Que escribe tu hermano; tú
 Le igualas en el ingenio,
 Pero le eres superior
 En ternura y sentimiento.
 Entre ti y Catulo, Lesbia
 Dividiera su amor tierno;
 Corina, después de á Ovidio,
 Te hubiera amado en extremo:
 Si quisieras confiarte
 A las olas, blandos Céfiros
 Impelieran tu velamen;
 Pero tú, imitando en esto
 A tu hermano, te complaces
 En no abandonar el puerto.

45.—Á FEBO (34).

Al ver de piel de cabrito
 Cubierta, Febo, tu calva,
 Bien dijo un amigo que ibas
 Con la cabeza calzada.

46.—Á CLÁSICO (35).

Bien saben Lupercio y Galo,
 Bien saben vender sus versos:
 Niégame, Clásico, ahora,
 Que los poetas son cuerdos.

47.—CONTRA UN HOMBRE DE HUMOR DESIGUAL (36).

Duro y blando para mí,
Dulce te muestras y accedo:
Vivir contigo no puedo,
Ni puedo vivir sin ti.

48.—CONTRA UN ANFITRIÓN FASTUOSO.

Cual cosa común me sirves
Hongos, jabalí, y no piensas
Que sólo esto yo ambicione:
Pues acepto tus finezas.
Mas si me crees muy dichoso,
O si tal vez pretendieras
Que por cinco ostras Lucrinas,
Yo te dejara mi herencia,
Entonces vete á paseo.
Es opipara tu mesa,
Lo confieso, sí, muy rica;
Mas mañana, hoy, y hasta en esta
Hora misma en que te hablo,
¿Qué habrá ya quedado de ella?
Nada. Testigo la esponja
Que en triste bastón se lleva (37),
Testigo cualquiera perro
Y el lugar donde se mea (38).
Saltamontes, liebres, ubres,
Todo tiene suerte idéntica,
Y prescindo de ocuparme
De caras amarillentas
Y de estragos de la gota.
A tal precio no quisiera
Comer en el monte Albano (39)
Ni gustar la cena espléndida

Del Capitolio y pontífices (40).
A tal precio fuera el néctar
De Júpiter para mí
Vinagre, ó cual zupia horrenda
Del Vaticano. Ricacho,
Busca, busca donde quieras
Otros huéspedes, á quienes
Seduzca tu regia mesa;
Que á mí un amigo de pronto
Me invite á comer su olleta;
Tal es la comida que amo,
Porque me es fácil volver.a.

49.—AL PEDAGOGO LINO.

Oh Lino, tú, el pedagogo
De una gran turba de niños
De blondo pelo (41), tú á quien
Ha nombrado su ministro
La opulenta Postumila,
Y á quien ella ha cometido
Sus joyas y sus riquezas,
Su bodega y concubinos.
¡Ojalá que, tras de larga
Prueba de tu fiel servicio,
Logres de tu protectora
Ser siempre el más favorito!
Ven, por favor, en mi ayuda,
A calmar mi afecto mísero,
Y sé un poco negligente
En guardar esos riquísimos
Objetos, que con tanta ansia
Deseo que sean míos.
Pienso en ellos noche y día,
Y alampo por oprimirlos
En mis brazos. ¡Oh qué hermosos

Y blancos como ampos niveos,
Y grandes, en todo iguales.
¡Qué verdaderos mellizos!
No te hablo, no, de muchachos,
Sino de diamantes, Lino.

50.—CONTRA EL PROPIETARIO DE UN RICO DOMINIO.

Sólo tú posees bosques
De laureles y de plátanos,
De altos, esbeltos cipreses,
Y muy magníficos baños,
Que á todo un pueblo sirvieran.
Cien columnas sustentáculo
Son á tus gigantes pórticos;
Huella tu planta el mosaico
Brillador; la polvareda
Del hipodromo tus rápidos
Corceles hacen volar:
El murmullo de tus saltos
De agua y sonantes cascadas
Se escucha por todos lados;
En inmensas galerías
Se despliega tu palacio;
Mas comedor, dormitorio
Busco do quiera, y en vano.
¡Qué vivienda tan hermosa
Para no habitarla el amo!

51.—ACERCA DE FABULO (42).

No extrañes que tantas veces
Engañen á Fabulino,
Aulo, pues un hombre honrado
Toda su vida es novicio.

52.—Á SEMPRONIA.

Laureado de nueve hermanas,
Abogado predilecto
De los reos, aquí yace
Rufo, que ha sido, otro tiempo,
Sempronia, tu amado esposo,
Y cuyos fúnebres restos
Todavía por ti arden
En llama de vivo afecto.
En hablar de ti se aplacen
Los que en campos Eliseos
Moran, y la hija de Tindaris
De estupor se llena, oyendo
Contar tu rapto. ¡A ti gloria;
Que de tu robador pérfido
Has huído por volver
De tu amado esposo al seno!
No quiso seguir Elena
De su marido el acento;
Menelao ríe al oír
El relato de esos nuevos
Amores cual los de Troya;
Y tu rapto por completo
Ha absuelto ya al Frigio Paris.
Cuando llegaren los tiempos,
En que vengas á habitar
De pías sombras el reino,
Ninguna más conocida
Habrá en todos los extremos
De la Estigia, que la tuya;
Porque Proserpina, lejos
De odiar las bellas robadas (43),
Les profesa vivo afecto,
Y tu aventura daráte
Muy buen lugar en su pecho.

53.—CONTRA UN AVARO.

Aunque rico hasta eclipsar
Al más rico ciudadano,
Y á los padres de familia,
Eres ladrón, descansando
Sobre tus riquezas como
Aquel dragón, que cantaron
Los vates y que guardaba
De la Colquide el sagrado
Bosque (44). La causa refieres
De aquese vicio inhumano,
Y hasta tú te engries de ella;
Es tu hijo. Busca fatuos
Y zonzos á quien acabes
De extraviar el débil ánimo
Con semejante patraña.
Tu hijo es que eres avaro.

54.—CONTRA ZOILO (45).

Pelo rojo, cara negra,
Pie chico y un ojo menos:
Con tales señas es mucho
Que puedas, Zoilo, ser bueno.

55.—Á LAS JÓVENES.

Gratis qui dare vos jubet, puellæ,
Insulsissimus improbissimusque est.
Gratis ne date: basiate gratis.
Hoc Ægle negat, hoc avara vendit.
Sed vendat bene, basiare quantum est?
Hoc vendit quoque nec leve rapina;
Aut libram petit illa Cosmiani,
Aut binos quater á nova moneta;

Ne sint basia muta, nec maligna,
Nec clusis aditum negat labellis.
Humane facit hoc tantum: sed unum est;
Gratis quæ dare basium recusat,
Gratis lingere nec recusat Ægle.

56.—CONTRA POLICARMO (46).

Las veces que al año estás
Enfermo, pasan de diez;
Pero el mal no para ti,
Sí para nosotros es:
Pues luego que convaleces,
Regalos quieres te den.
Ten, Policarmo, vergüenza,
Enferma bien de una vez.

57.—Á ESPARSO.

¿Quieres saber la razón
De que á menudo me vaya
A mi modesta campiña,
A mi reducida casa
Que de Nomento poseo.
En la misera comarca?
Esparso, el hombre, que es pobre,
Medios en Roma no halla
De pensar y descansar.
¡Tantas gentes embarazan
Habitar en ella á gusto!
Pedagogos, de mañana,
Y de noche, panaderos;
Y durante la jornada,
Caldereros con sus golpes.
Aquí el cambista te hallas
Que, en su sucio mostrador,
To las las horas se pasa,

Retificando las monedas,
 Que el busto de Nerón guardan;
 Allí es el majador
 Que con una limpia vara
 Sobre una piedra sacude
 Y limpia lino de España:
 Ora es la gritería
 Y la inacabable cháchara
 De la turba que á Belona
 Rinde su culto fanática (47);
 Ora es la voz penetrante
 Del náufrago que colgada
 Lleva del cuello su historia (48);
 Ó del judío que vaga
 Mendigante, adocinado
 Por su madre en tales mañías,
 Ó del mercader que vende
 Pajuelas para las lámparas.
 Quien las horas que se pierden
 De sueño en Roma, contara,
 Podría decir el número
 De las manos que machacan
 Sonoros bronce, queriendo
 A la luna así hechizarla (49).
 Tú, Esparso, ignoras todo esto:
 Tú de esto no sabes nada,
 Tú que gozas, sibarita,
 De Petilio el rico alcázar,
 Cuya azotea domina
 Las colinas aladañas.
 Tú, en medio de Roma misma,
 Tienes tu rica campaña;
 Tu viñador es romano,
 Y tus viñas regaladas
 Son en otoño tan fértiles
 Cual las que en Falerno se hallan.
 Sin salir de tu palacio,

Puedes correr á tus anchas
 En tu carro: en él tú puedes
 (Pues sólo cuando te aplazca,
 Penetra el día) entregarte
 Al sueño y dulce vagancia,
 Que no viene á interrumpirte
 La más leve voz humana.
 Mas á mí gozar de sueño
 No dejan las risotadas
 De la turba transeunte,
 Y toda Roma se halla
 Próxima á mi cabecera.
 Así, cuando lleno de ansias,
 Quiero dormir, marchó al punto
 A mi casa Nomentana.

58.—Á ALUNDA.

Ancillariolum tua te vocat uxor et ipsa
 Llecticariola est: estis, Alauda, pares.

59.—ACERCA DE LOS BESADORES MOLESTOS.

Roma te besa, después
 De quince años de ausencia,
 Más veces que á su Catulo
 Besaba la hermosa Lesbia.
 Todos los vecinos vienen
 Y en la mejilla te besan;
 Viene el velludo colono
 Y te da un beso que deja
 Olor á macho cabrío;
 Luego el tejedor se acerca
 Y el pañero, y zapatero
 Oliendo á cuero y correas;
 Después otro, en cuya barba
 Sucios insectos se albergan,

Y un tuerto y un legañoso;
 Item; un quidam que emplea
 Su lengua en vicios muy torpes,
 Y un libertino de fecha
 Reciente. Mas, para tanto
 No regresar mejor fuera.

60.—Á SU NATALICIO.

Día querido de Marte,
 En el que, por vez primera.
 Vi la purpurada aurora
 Y la faz radiante y bella
 Del dios de los astros, si
 Por acaso te avergüenzas
 De que en el campo celébrete
 Sobre aras de verde hierba,
 A tí que hasta hoy has sido
 Celebrado en la gran reina
 Del Lacio, ¡oh, perdóname!
 Deseo ser libre mientras
 Tus calendas se celebren,
 Y gozar á mi manera
 De la vida, en mí natal.
 Temer en la hora aquesta
 Que á Sabelo no le falte
 Agua caliente, ó que sea
 El vino que bebe Alauda
 Poco puro; con gran priesa
 Aclarar el mosto céculo;
 Ir y venir por las mesas
 Sin cesar; recibir éste
 Y aquél y al otro que llegan:
 Estar siempre en movimiento:
 Pisar descalzo las piedras
 Heladas del comedor:
 ¿Quién tanto enojo sufriera

Con gusto, pues aun cuando
 De un amo ó rey la severa
 Orden así lo mandase,
 La cumpliera á duras penas?

61.—ACERCA DE LIGURRA.

Tú temes mis versos,
 Ligurra, tú temes
 De mis epigramas
 La punzada breve,
 Y quieres que indigno
 No te consideren
 De haber este miedo.
 ¡Pero en vano temes,
 Y en vano deseas!
 Ruge y se enfurece
 El león de Libia
 Contra toros fuertes,
 Pero á mariposas
 Jamás acomete.
 Busca, te aconsejo,
 Si es que gana tienes
 De nombre, algún vate,
 Que ebrioso se encuentre,
 De aquellos que escriben
 Sobre las paredes,
 Con carbón ó greda
 Versos, que las gentes
 Leen cuando se hallan
 Descargando el vientre.
 Testa cual la tuya
 No, no, no merece
 Que yo la señale
 Con hierro candente.

62.—Á SATURNO EN PRO DE PRISCO TERENCEO.

Excelso Rey del universo antiguo,
 Y de pristinos tiempos, do reinaban
 Profunda paz y ociosidad serena;
 Cuando jamás el rayo á nadie hería,
 Por falta de culpables de él condignos;
 Cuando la misma tierra generosa
 Brindaba sus riquezas, sin que fuere
 Preciso rebuscarlas en sus antros;
 Acude, ven, benévolo y contento
 A asistir á la fiesta que por honra
 De Prisco celebramos. Tu no puedes
 De aparecer en ella dispensarte.
 Tú, el mejor de los padres, tú á tu patria
 Le vuelves, ya pasados seis inviernos,
 En la ciudad en donde reina Numa.
 Tú ves la pompa y ves los homenajes,
 Que aquí te brindan con igual decoro,
 Al que te ofrecen de la noble Ausonia
 Los sagrados pontífices. ¡Qué mano
 Avara contará riquezas tales
 Y ofertas tantas, que tus aras cubren?
 Y para que aun te sean más aceptas
 Y más preciosas, oh Saturno, un padre,
 Un hombre recto, de costumbres puras,
 Tus fiestas de tal modo solemniza.
 ¡Ojalá, santo Dios, que siempre acojas,
 En el Diciembre tales homenajes!
 ¡Ojalá pueda, mi querido Prisco,
 A menudo gozar de tales días!

63.—Á CÓRDOBA.

Córdoba, más deliciosa
 Que el ubérrimo Venafro (50),

Rica en olivos como Istria,
 Y aun más fértil en rebaños
 Que márgenes del Galeso (51),
 Muy honrada y de recto ánimo,
 Para que tomes al múrice
 Ó á la sangre, los preciados
 Matices que, tus vellones
 Deben á tu suelo cándido;
 Te suplico que á un poeta
 Que abrigas en tu regazo,
 Le recuerdes el pudor,
 Y que nunca vuelva á darnos,
 Como suyos versos míos.
 Yo pudiera tolerarlo,
 Si el tal fuera buen poeta,
 Y si se hallara en mi mano
 El tomar de él represalias.
 Pero es un celibulario
 Que seduce á mi mujer,
 Sin que de mí tal fracaso
 Pueda temer: es un ciego
 A quien del tali6n el daño
 No puede arrancarle el ojo
 Que él arranca á su contrario.
 ¡Oh! nada hay más peligroso
 Que un ladr6n del todo escuálido,
 Ni nada está más seguro
 Que un poeta desdichado.

64.—ACERCA DE CINA.

De esclavo de hermoso pelo
 Y más fresco que ninguno,
 Su cocinero hace Cina:
 ¡Oh que goloso, y de lujo!

65.—ACERCA DE FILIS.

Formosa Phyllis nocte quum mihi tota
 Se prestitisset omnibus modis largam,
 Et cogitarem mane quod darem munus,
 Utrumne Cosmi, Nicerotis au libram,
 Au Bæticarum pondus acre lanarum,
 Au de moneta Cæsaris decem flavos;
 Amplexa collum, basioque tam longo
 Blandita, quam sunt nuptiæ columbarum,
 Rogare cæpit Phyllis amphoram vini.

66.—A AMENO.

La casa que te ha costado,
 Ameno, cien mil sestercios,
 Avaro intentas venderla
 Por más elevado precio.
 Pero tú al comprador
 No habrás de dejar por eso
 De engañar, pues no verá,
 Bajo el mobiliario espléndido,
 La pobre choza. Tú, en ella,
 Tienes magníficos lechos
 Taraceados con escamas,
 Muebles raros en extremo
 De cidro de Mauritania,
 Mesas de mármol de Delfos,
 Cargadas de plata y oro.
 Esclavos que yo por dueños (52)
 Quisiera. ¡Después la vendes
 En doscientos mil sestercios,
 Sin que quieras rebajar
 Un solo céntimo! Ameno,
 Vendes tu casa amueblada
 Por un miserable precio.

67.—PARA EL NATAL DE VIRGILIO.

Visteis nacer á Mercurio
 Vosotros, Idus de Mayo (53);
 Y en los de Agosto, Diana
 Celebra su aniversario.
 Virgilio nació en los Idus
 De Octubre. ¡Ojalá que cuantos
 Celebran el natalicio
 De Virgilio, largos años,
 De Mercurio y de Diana
 Celebrén los Idus santos!

68.—A LOS CLIENTES.

¡Oh cliente matutino,
 Que me arrojaste de Roma;
 Sus palacios fastuosos,
 Si así lo quieres, acosa!
 Yo no soy un abogado,
 Ni apto para usar de andróminas;
 Mas, ya viejo, soy amigo
 De la negligencia ociosa
 Y de las musas, y tengo
 Precisión de calma ahora,
 Y de sueño, que no hallo
 En manera alguna en Roma.
 No obstante, volveré á ella
 Si dormir aquí me estorban.

69.—A PAULO.

Como en las copas,
 Como en los cuadros,

Respecto á amigos
No tienes, Paulo,
Mas que modelos
Muy acabados.

70.—ACERCA DE APRO.

Cuando ha poco todavía,
Por esclavo patizambo,
Apro se hacía llevar
Su lienzo limpio á los baños (54),
Y daba su breve toga,
Para haberla á buen recaudo,
A una vieja tuerta, que
Se sentaba en ella; cuando
El bañero, lleno de hernias,
Le ofrecía de regalo
Una gotita de aceite,
Apro era censor amargo
Y el más riguroso que
Fustigaba á los borrachos.
«Romped las copas, verted
El Falerno», tal, airado,
Le decía al caballero,
Que bebía en pos del baño.
Mas desde que un viejo tío
Herederó le ha nombrado
De trescientos mil sestercios,
Ya nunca, sino borracho,
Viene al baño. ¡Oh! ¡cuánto pueden
Ricos vasos cincelados (55)
Y cinco esclavos que llevan
El cabello muy peinado!
Cuando en pobreza se hallaba,
Nunca sed tenía Apro.

71.—Á LIGDO.

Hoy nada, Ligdo,
Tú me regalas:
Mas, Ligdo, un tiempo,
Todo me dabas.

72.—Á PANICO.

Comprador de algunas tierras,
Que apenas se ven, cercanas
Al cementerio de Galos (56),
Y de casa mal tejada
Y mal hecha, á Roma dejas,
Panico, y pleitos y causas,
Tu patrimonio, y las pobres
Pero seguras ganancias
De tu oficio de curial.
Vendías trigo, cebada,
Millo y habas, cuando eras
Hombre de ley; hoy que labras
Tus campos y predios rústicos,
Compras lo en que trapicheabas.

73.—Á CATULO (57).

Dicesme que yo he de ser
¡Oh Catulo! tu herederó;
Mas yo creerlo no quiero
Si no lo llego á leer.

74.—Á FLACO.

Aunque copas cristalinas
Traiga el navío de Egipto,
Recibe estos vasos, Flaco,

Que son del circo Flaminio (58).
 ¡Quién es, dime, más audaz,
 Estos vasos, ó los mismos
 Que te los regalan? Pero
 Por ser de valor mezquino,
 Un doble mérito tienen;
 Porque el ladrón atrevido
 No los ha de codiciar,
 Ni el agua hirviendo partirlos.
 Además, los convidados
 Podrán beber con descuido
 De los siervos, y sin miedo
 De que los hagan añicos
 En sus manos. Item más,
 —Y no es mérito mezquino—
 Los usarás cuando en brindis
 Romper la copa es preciso.

75.—ACERCA DE SUS FAVORITOS.

Festinat Polytimus ad puellas;
 Invitus puerum fatetur Hymnus;
 Pastas glauce natas habet Secundus:
 Mollis Dindymus est, sed esse non vult:
 Amphion potuit puella nasci,
 Horum delicias, superbiamque,
 Et fastus querulos, amice, malo,
 Quam dotis mihi quinques ducena.

76.—ACERCA DE UN LABRADOR.

Cuesta una ánfora de vino
 Veinte ases, y sólo cuatro
 Un modio de trigo cuesta.
 Este labrador borracho
 Y enfermo de indigestión,
 No tiene siquiera un cuarto (59).

77.—ACERCA DE ETÓN.

Mientras que, con gran respeto,
 Inclinado hasta la tierra,
 A Jove Capitolino
 Etón un día venera,
 Ventoseó; los asistentes
 Rieron á quien más pueda.
 Mas el padre de los dioses,
 Herido con tal ofensa,
 A su devoto castiga,
 A que no cenase fuera
 De su casa por tres noches.
 Desde aquella hora funesta
 El infortunado Etón,
 Cuando al Capitolio intenta
 Ir, primero se dirige
 De Patroelo á las secretas,
 Y larga diez, veinte cuescos (60).
 Mas, no obstante tal cautela,
 Cuando á Júpiter saluda,
 Aprieta el c.... con fuerza.

78.—ACERCA DEL MISMO.

Un histrión bien ahito
 Soltó un flato,
 Delante de la estatua
 De Jove santo.
 Y de esto en pena,
 Le obliga á vivir Júpiter
 De su merienda.

79.—Á BITINIO.

Nada he escrito contra ti,
 Bitinio, mas si rehusas

Creerme, y quieres que jure,
 Prefero pagar la multa.

80.—Á ATICILA.

Te he dado cuanto has pedido,
 Y aun más: y, no obstante, siempre
 Me pides. Quien nada niega
 Es libertino indecente (61).

81.—ACERCA DE CALISTRATO (62).

Por no loar á los dignos,
 Loa á todos Calistrato.
 ¿Quién podrá, dime, ser bueno
 Para quien ninguno es malo?

82.—ACERCA DE UMBRO.

Siendo Umbro pobre, me enviaba,
 Al llegar Diciembre frío,
 Y en las fiestas saturnales,
 Un ligero capotillo;
 Mas ahora me remite
 Un poco de flor de trigo (63):
 Indudablemente Umbro
 Ha logrado hacerse rico.

83.—ACERCA DE MENOGENE.

Ni en las termas, ni en los baños,
 Ni en parte alguna, á pesar
 De tu listeza, consigues
 De Menogene escapar.
 Tomará con las dos manos
 El trigón (64), que aún está
 Quemando, y á tu presencia

Al punto le traerá,
 Esperanzado de que
 Tal servicio agradará.
 Aunque ya esté bien lavado
 Y calzado, cogerá
 La pelota polvorienta
 Y que sin aire está ya,
 Para venir á ofrecértela.
 Si lienzo tomas quizás,
 Aunque estuviere más sucio
 Que de un infante el pañal,
 Más que el ampo de la nieve
 El pillo lo encontrará.
 Si acicalas tus cabellos,
 Los de Aquiles no eran ¡quía!
 Más hermosos. En su mano,
 Corriendo, te traerá
 Una botella de vino
 Turbio, y que acedo ya está,
 Para enjugarte la frente (65):
 Él todo lo ha de admirar,
 Y se deshará en aplausos,
 Hasta que al fin, harto ya
 De tanto enojo, le digas:
 Vente conmigo á cenar.

84.—ACERCA DE FABIANO.

Fabiano, ese burlador
 Tan molesto á las personas,
 Que padecen de hidroceles,
 De quebraduras y potras,
 El que ha poco á tales morbos
 Disparaba, en mayor copia,
 Que los dos Catulos juntos,
 Sus epigramas y coplas,
 Fabiano, ¡qué desdichado!

Se ha visto, libre de ropa,
En las termas de Nerón,
Y al punto cerró la boca.

85.—A POLITIMO.

Politimo, no quería
Cortarte la cabellera (66),
Mas me alegro haber cedido
A tus súplicas extremas.
Ahora que está cortada,
Es tal tu blancura espléndida,
Que, cual Pelops, una esposa
Marfileño te creyera.

86.—CONTRA FABULO.

Pædiconibus os olere dicis.
Hoc si, sicut ais, Fabulle, verum est,
Quid tu credis olere cunnilingis?

87.—CONTRA UN HOMBRE GASTADO.

Triginta tibi sunt pueri, totidemque puella;
Una est, nec surgit mentula: quid facies?

88.—ACERCA DE COTA.

Cota sentía el haber
Por dos veces ya perdido
Su calzado, por incuria
Del esclavo que, sumiso,
Se sienta á sus pies, y que,
Tan sólo de Cota misero,
Forma el séquito y fortuna.
Mas como sagaz y fino,
Cota, para no exponerse

A sufrir nuevo perjuicio,
Ha excogitado un medio:
El de ir con los pies limpios
De calzado, cuando vaya
A cenar fuera: ¡oh, qué listof

89.—ACERCA DE TONGILIANO.

Tiene nariz Tongiliano (67),
Ya lo sé; sí, es muy cierto;
Mas Tongiliano no tiene
Nada más fuera de queso.

90.—A CARINO.

Pues que te envuelves en lana
La cabeza por completo,
Tus orejas no están malas,
Carino, sino tu pelo.

91.—ACERCA DE MARÓN.

En pro de un amigo anciano
Atacado de terciana,
Que le quemaba los huesos,
Marón promete, si alcanza,
Huir la margen estigia,
Inmolar victima grata
Al gran Júpiter. Los médicos
Aseguran que le salvan.
Hora Marón hace votos
Por no cumplir su palabra.

92.—CONTRA MAGULA.

Ya que tu marido y tú
Disfrutáis de un mismo lecho

Y de igual niño, ¿por qué
No tenéis igual copero?
¡ Oh! comprendo tus suspiros:
Al brebaje tienes miedo.

93.—Á PRISCO (68).

Estás, Prisco, deseoso
De saber lo que yo haría,
Si de repente algún día
Fuera rico y poderoso.
Las costumbres venideras,
¿Pensas que habrá quien las cuente?
Dime tú, si de repente
Fueses león, ¿qué hicieras?

94.—ACERCA DE FABULA.

Fabula ha encontrado medio
De, en las barbas de su esposo,*
Dar besos á su querido.
Besa y rebesa á su loco,
Y cuando ya el niño se halla
De saliva lleno todo,
El amante se apodera
De él á su vez muy de pronto,
Y lo devuelve impregnado
De sus besos amorosos
A su querida, que ríe.
¡ Oh marido muy más loco!

95.—CONTRA TUCA.

Escribía una epopeya,
Y á escribir otra empezaste;

Pero la dejé, temiendo
Que mis versos igualasen
A los tuyos. Mi Talia
Entonces quiso calzarse
El coturno de los trágicos,
Y la tuya, en el instante,
El manto talar colgóse.
En la citara sonante
De Calabria cantar quise (69);
Mas tú, celoso, tomaste
El arco al punto. Atrevíme
A la sátira á arrojarme,
Y tú quisiste al momento
Ser un Lucilio arrogante (70).
Elegias modulaba,
Y en seguida me imitaste.
¿ Podía descender más?
Sí: comencé mis punzantes
Epigramas, y de nuevo
Veo que de celos ardes
Por mi fama. Vaya, elige.
Dime lo que no te agrada.
Pues qué, ¿ no es una vergüenza
El querer todo apropiarse?
¡ Oh Tuca! déjame, déjame
Lo—si lo hay—que no te cuadre.

96.—Á RUFO.

Musæi pathicissimos libellos,
Qui certant Sybariticis libellis,
Et tinctas sale pruriente chartas,
Instanti, lege, Rufe: sed puella
Sit tecum tua, ne Thalassionem
Indicas manibus libidinis,
Et fias sine femina maritus.

97.—CONTRA UNA MUJER CELOSA.

Quam tibi nota tui sit vita fidesque mariti,
 Nec premat ulla tuos sôllicitetve toros;
 Quid, quasi pellicibus, torqueris inepta ministris.
 In quibus et brevis est et fugitiva Venus?
 Plus tibi quam domino pueros præstare probabo;
 Hi faciunt, ut sis fæmina sola viro,
 Hi dant, quod non vis, uxor, dare: Do tamen, inquis,
 Ne vagus á thalamis conjugis erret amor.
 Non eadem res est: Chiam volo, nolo mariscam.
 Ne dubites quæ sit Chia, marisca tua est.
 Scire suos fines matrona et femina debet:
 Cede suam pueris: utere parte tua.

98.—CONTRA BASO.

Uxor quam tibi sit puella, qualem
 Votis vix petat improbis maritus,
 Dives, nobilis, erudita, casta;
 Rumpis, Basse, latus, sed in comatis,
 Uxoris tibi dote quos parasti:
 Et sic ad dominam reversa languet
 Multis mentula millibus redempta;
 Sed nec vocibus excitata blandis,
 Molli pollice nec rogata surgit,
 Sit tandem pudor, aut eamus in jus,
 Non est hæc tua, Basse: vendidisti.

99.—AL RÍO BETIS.

¡Oh Betis, cuya frente se corona
 De ricos olivares; cuyas aguas
 De límpida pureza dan su tinte
 Dorado á los vellones de tus márgenes!
 Tú de Bromio (71) y de Palas muy querido;

Tú, para quien Neptuno ha abierto vías
 En todo mar, recibe en tus riberas,
 Recibe favorable al dulce Instancio,
 ¡Y ojalá este año sea tan ubérrimo
 Como fué el anterior, para tus hijos!
 No ignora el peso que en sus hombros carga
 El alto honor de suceder á Macro;
 Y quien de sus deberes se penetra,
 Goza de fuerzas para darles cima.

100.—CONTRA UN DESVERGONZADO.

Dices que tienes la boca
 De tu abuelo, y la nariz
 De tu tío, y de tu padre
 Los ojos, y que por fin
 De tu madre son los gestos.
 Ya que con tal filili
 Tu familia representas,
 Ya que no hay en el confin
 De tu cuerpo ni una parte,
 Que no lo atestigüe así,
 Tu frente desvergonzada,
 ¿De quién la hubiste, di, di?

101.—Á MATO.

Aquel que te dice
 Que no se halla en casa,
 Cuando tú á su puerta
 Con gran fuerza llamas,
 ¿Sabes lo que quiere
 Decirte en sustancia?
 «Para tí me encuentro
 Durmiendo en la cama.»

102.—A MILON (72).

No es para ti cosa nueva
 Poner incienso y pimienta,
 Vestido y joyas en venta,
 Que al punto el comprador lleva.
 Otra mercancía prueba
 Milon, y saca á vender
 Con frecuencia la mujer,
 Que es ganancia con exceso,
 Pues no la llevan por eso,
 Y siempre la has de tener.

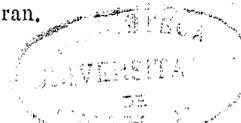
FIN DEL LIBRO XII.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

LOS RECALOS (1).

I.—AL LECTOR.

Para que al atún no falte
 Toga, ni manto á aceitunas;
 Y el sucio insecto consiga
 Desafiar la gazuza
 Y la miseria, abandónales,
 Abandónales, oh Musa,
 Aqueste papiro egipcio,
 Manantial de mis angustias.
 La embriaguez de Saturnales
 Me invita á nuevas locuras.
 Mi dado con la soberbia
 Taba no puede haber lucha,
 Ni los ases con los seis
 En mi cubilete pugnan.
 Un cubilete, unas nueces
 Estas tablillas adunan;
 Juego en que ni ganancia
 Ni pérdida se aventuran.



2.—AL CRÍTICO.

Aunque seas narigón (2),
 Ó aun cuando tu nariz tengas,
 Tan enorme como el Atlas,
 Ni aun rogado, la quisiera;
 Aun cuando al mismo Latino
 Vencieras en cuchufletas,
 No podrás decir más mal
 De mis bromas y facecias,
 Que lo que yo mismo digo.
 ¡Por qué á quien tiene tan buena
 Dentadura morder quieres?
 Busca carne si deseas
 Estar ahito. No gastes
 Tu tiempo en vano; conserva
 Tu mal humor para aquellos,
 Que admiran cosas pequeñas,
 Pues yo sé que este librito
 Poco valor representa:
 Sin embargo, habré hecho bien
 En, cual los otros, en venta
 Ponerlo, si con cariño
 Tú sus páginas leyeras,
 Y si, sin ceñuda frente,
 Tu mano abrigo le presta.

3.—AL LECTOR.

Todos los regalos que hay
 En este pequeño libro,
 Te costarán cuatro escudos (3).
 Cuatro, ¡oh qué precio subido!
 —Quizás los tengas por dos,
 Y aun podrá lograr un mínimo
 Lucro el librero Trifón (4).

Como regalo estos dísticos
 Podrás enviar á tus huéspedes,
 Si tuvieres, como el mío,
 Tan menguado tu peculio.
 Item: hallarás inscrito
 El nombre de cada objeto,
 Formando su mismo título:
 Y si algunos no te gustan,
 Haz, haz de ellos caso omiso.

4.—EL INCIENSO.

Para que el Germánico
 Mande mucho tiempo,
 Antes de que vaya
 Mandar en el cielo,
 Ofreced á Júpiter
 El piadoso incienso.

5.—LA PIMIENTA.

Si tal vez un becafigo
 Grueso y lucido te dan,
 Al momento, si eres sabio,
 Le debes pimienta echar.

6.—EL LICOR DE TRIGO.

Te envío licor de trigo (5);
 Un rico te podrá enviar
 Vino dulce, y si no quiere,
 Entonces lo has de comprar.

7.—EL HABA CON SU VAINA.

Si el haba pálida cueces
 En olla de tierra roja,

Podrás dejar de asistir
A mesa de altas personas.

8.—LA HARINA.

Baña de harina de trigo (6)
A las ánforas plebeyas (7),
A fin de que, bien ahito,
El vino más dulce bebas.

9.—LA LENTEJA.

Recibe aquesta lenteja,
Donde Pelusa egipciaca (8),
Es más vulgar que la alica,
Y más preciosa que el haba.

10.—LA FLOR DE TRIGO.

De la flor de trigo nunca
Los usos y dotes cuentas:
¡Panaderos, cocineros
De mil maneras la emplean!

11.—LA CEBADA.

Muletero, toma aquesto
Que en verdad no ha de servir
Para tus discretas mulas (9).
Por lo tanto, no es á ti,
Sino al posadero, á quien
Doy lo que te entrego aquí.

12.—EL TRIGO.

Toma los trescientos modios (10)
De trigo de Lybia, para

Que tu campo de extramuros
En infecundia no yazga.

13.—LAS ACELGAS.

Para que acelgas insípidas,
Plato de artesanos, tengan
Algún tanto de sabor,
Ha de pedir con frecuencia
El prudente cocinero
Algo de vino y pimienta.

14.—LA LECHUGA.

De ordinario terminaban
Nuestros abuelos sus cenas
Con lechugas: mas nosotros
¿Por qué empezamos con ellas?

15.—LEÑA PARA EL FUEGO.

Si tienes tus fincas
Cerca de Nomento (11),
Llévate á tu casa
Leña para el fuego.

16.—LOS NABOS REDONDOS.

Yo te regalo esos nabos,
Amigos del frío invierno
Y de las brumas, los cuales
Rómulo come en el cielo (12).

17.—EL TRONCHO DE BERZA.

Ya que te repugnan
Estas berzas pálidas,



Puedes verdecerlas
Con agua nitrada (13).

18.—LAS CEBOLLETAS.

Siempre que tú hayas comido
Cebolletas de Tarento,
De olor penetrante, nunca
Beses, los labios abriendo.

19.—LOS PUERROS CON CABEZA.

Aricia, que es tan famosa
Por su bosque, nos ha enviado
Sus puerros más bellos: ¡ved
La verdura de sus tallos
Y sus cabezas, tan blancas
Cual de la nieve los ampos!

20.—LOS NABOS.

Venimos de los jardines
Abundantes de Amitemo (14);
Por tanto, nabos redondos
De Nursia (15) comerás menos.

21.—LOS ESPÁRRAGOS.

La espina delicada,
Que ha crecido en las costas
De Rávena, tan dulce
No es, ni tan sabrosa,
Como aquestos espárragos
Hijos de tierra bronca.

22.—LA UVA ENTERA.

De nada sirvo en la copa,
Y soy inútil á Baco;
Mas para quien no me bebe,
Soy un néctar delicado.

23.—EL HIGO DE CHÍO.

El higo de Chío
Semeja, en verdad,
Al vino de Setia
Rancio por su edad,
Pues lleva consigo
Su vino y su sal.

24.—LOS MEMBRILLOS.

Si membrillos te regalan
De miel del Atica henchidos,
Dirás al punto que son
Manzanas del Paraíso.

25.—LAS PIÑAS.

Somos frutos
De Cibeles (16):
Pasajero,
Si no quieres
Que caigamos
En tus sienes,
Ya tu planta
Pronto mueve.

26.—LAS SERVAS.

Nosotras somos las servas (17),
 Aptas para concluir
 Con la diarrea: servimos
 Más á tus hijos que á ti.

27.—EL RAMO DE DÁTILES.

En las calendas de Enero
 Se ofrece el dátíl dorado;
 Y, no obstante, suele ser
 Del miserable el regalo.

28.—LOS HIGOS SECOS.

Estos higos, que á tí van,
 En ese cesto de juncos,
 Fueran brevas, si estuviesen
 Más gruesos y más carnudos.

29.—LAS CIRUELAS DE DAMASCO (18).

Recibe aquestas ciruelas
 Extranjeras, arrugadas
 Y viejas: con ellas curan
 Las personas constipadas.

30.—EL QUESO DE LUNA (19).

El queso, en forma de luna,
 Viene de Luna, en Etruria,
 Y con frecuencia á tus siervos
 Ha de calmar la gazuza.

31.—EL QUESO VESTINO (20).

Si quieres comer sin carne
 Una comida frugal,
 De los rebaños Vestinos
 El queso ha llegado ya.

32.—EL QUESO DEL VELABRO (21).

Todo hogar, por muy humoso,
 A los quesos no conviene,
 Mas el humo del Velabro
 A éste le hace excelente.

33.—LOS QUESOS DE TREBULA (22).

Somos de Trebula,
 Igualmente buenos,
 Ya para pasarnos
 Por ligero fuego,
 Ya para que en agua
 Nos quiten lo acedo.

34.—LOS BULBOS.

Si te hallares sin vigor,
 Y tu mujer fuere anciana,
 Come—no hay cosa más buena—
 Bulbos (23) en gran abundancia.

35.—LA SALCHICHA.

Hija de una puerca
 Que engordó el Piceno,
 Vengo de Lucania,

Con solo el objeto
De, al nevado caldo,
Servir de trofeo.

36.—LAS ACEITUNAS.

Estas de lagares
Del Piceno salvas,
La comida empiezan
Y también la acaban.

37.—LOS LIMONES.

Estos limones proceden,
Ó de huertos de Coreyra (24),
Ó de aquellos que guardaba
Fiero dragón de Masilia.

38.—LA LECHE CUAJADA.

Me ha traído mi pastor
La, que te ofrezco, cuajada
De mis cabras que aún no fueran
Por los corderos mamadas (25).

39.—LOS CABRITOS.

¡Maldita esta bestia
Lasciva y golosa,
Que roe los brotes
De viña pomposa!
Apenas nacía,
Cuando con su diente
A Baco mordía (26).

40.—LOS HUEVOS.

Disuelve en la salsa
De escombros (27) de España
La yema del huevo,
Que flota en la clara.

41.—EL LECHÓN.

Cuando aun mama,
Que á mí me pongan
Lechón de puerca
Pesada y gorda,
Y el rico gusto
Cerdo de Etolia (28).

42.—LAS GRANADAS Y LAS AZUFÁIFAS.

No te envío de la Lybia
Las granadas y azufáifas,
Sino del jardín que tengo
En mi finca Nomentana.

43.—EL MISMO ASUNTO.

Te remito estas granadas
Y estas yuyubas domésticas
De mi jardín de extramuros;
¿Por qué las de Lybia anhelas?

44.—LA UBRE.

No se creería
Comer una ubre:
¡Tanta leche fresca
Gorda teta fluye!

45.—LOS POLLOS.

Si aves tuviera
De Lybia ó Faso,
Las aceptarás;
Mas hoy tu agrado
Logren las que hijas
Son de mi patio.

46.—LOS ALBÉRCHIGOS, LOS MELOCOTONES.

Preoces, vulgares frutos
En el árbol do nacimos,
Hoy dulces somos, injertos
En un árbol adoptivo.

47.—LOS PANES DEL PICENO.

Estos panes del Piceno (29)
Mojados en leche blanca,
Se hinchan tal, que se dijieran
Esponja empapada en agua.

48.—LOS HONGOS.

Enviar oro ó enviar plata,
Ó una toga ó un manto,
Es fácil; pero enviar hongos
Es muy difícil y raro.

49.—EL BECAFIGO.

Ya que á la vez me alimento
De uvas dulces y de higos,
Porque el nombre de la uva
En el mío fué omitido?

50.—LAS TRUFAS.

Nosotros, tubérculos,
Que apenas rompimos
De la madre tierra
El seno nutricio,
Después de los hongos
Somos preferidos.

51.—LA CORONA DE TORDOS.

Una corona de rosas
Ó de nardo, sin duda amas;
Mas á mí la hecha de tordos
Muchísimo más me agrada (30).

52.—EL ÁNADE.

Si te sirven todo un ánade,
No le comas más que el pecho
Y el cerebro; lo demás
Remítelo al cocinero.

53.—LA TÓRTOLA.

¡Con tal que yo tenga
Una gruesa tórtola,
Fuera la lechuga;
Guárdate tus conchas!
No quiero mi hambre
Prodigar ahora.

54.—EL JAMÓN.

Del país de Cerretanos (31)
Ó Menapianos (32), traedme

Un jamón : y los golosos
Que se ahiten de filetes.

55.—EL FILETE DE CERDO.

Está muy fresco : ea, pronto
Llama, llama á tus amigos;
Porque á mí poco me importan
Filetes que están manidos.

56.—LA VULVA.

Tal vez la vulva de cerda virgen
A tu gazzate gustará más;
Pero antepongo la de una puerca,
Que de ser madre ya á punto está.

57.—LA COLOCASIA.

Te reirás, al comer
Esta legumbre del Nilo
Y sus largos filamentos,
Cuando, con tu diente limpio
Y tu mano, procurares
Desmenuzar su tejido.

58.—EL HÍGADO DE GANSO.

Aqueste hígado contempla
Más grueso que grueso ganso,
Y al momento me dirás
Sobrecogido de pasmo:
«Te ruego me digas cómo
Ha podido crecer tanto.»

59.—LOS LIRONES.

Aunque el invierno me paso
Entregado á dulce sueño,
No por tal motivo estoy
Menos lucio y menos grueso;
Porque en aquesa estación
El dormir es mi alimento.

60.—EL CONEJO.

Ama el conejo
La conejera,
Que por sí mismo
Cavó en la tierra:
Y él ha enseñado
La hábil manera
De abrir las minas
Para la guerra.

61.—LAS POLLAS CEBADAS.

La primer ave
Por lo sabrosa,
Es, según dicen,
La rica polla,
Que fué cebada
En dulce Jonia.

62.—LA GALLINA.

La gallina
Crece mucho,
Con salvado

Y en lo obscuro.
¡Oh, de gula
Genio ducho!

63.—EL CAPÓN.

Para que el gallo, agotado
Por copular, no enflaquezca,
Se le capa. Desde entonces
Ya para mí se asemeja
A un sacerdote castrado
De la diosa de la tierra (33).

64.—EL MISMO.

Vanamente la gallina
A las caricias se ofrece
Del capón: mejor le fuera
Ser el ave de Cibeles.

65.—LA PERDIZ.

En Italia se la ve
Raras veces en la mesa;
Sin embargo, muchas veces
En la de ricos se encuentra (34).

66.—LOS PICHONES.

No claves diente sacrilego
En las cándidas palomas,
Si conoces los misterios
De la que en Gnido se adora (35).

67.—LA PALOMA TORCAZ.

Las palomas campesinas
Engordan, y luego embotan

Los órganos genitales;
No coma tales palomas,
Quien desee estar dispuesto
Para luchas amorosas.

68.—LA OROPÉNDOLA.

Se caza la oropéndola
Con liga ó con red,
Cuando la uva aun verde
Comienza á crecer.

69.—LA MARTA.

Nunca la Umbria nos dió
Martas panonias: Pudente,
Que las tiene, regalarlas
A su dueño más prefiere.

70.—EL PAVO REAL.

Siempre que despliega
Las alas brillantes
De piedras preciosas,
Le admiras y aplaudes;
¡Y puedes tú, bárbaro,
Puedes entregarle
A tu cocinero
Duro é implacable?

71.—EL FENICÓPTERO (36).

Mi pluma roja
Nombre me presta,
Mas los golosos
Aman mi lengua.

¡Oh! ¿qué sería
Si hablar pudiera?

72.—EL FAISÁN.

Vine por la vez primera
De Argonautas en el barco;
Hasta entonces yo no había
Conocido más que el Faso.

73.—LAS PINTADAS.

Aunque muy ahito
De gansos romanos,
Jamás fiero Anibal
Comió de los pájaros,
Que cría su ardiente
Terreno africano.

74.—EL GANSO.

Este pájaro salvó
Al Capitolio, ¡y te asombras! (37):
No había un Dios todavía
Alzado esta obra grandiosa (38).

75.—LAS GRULLAS.

Destruirás la simetría,
Y la letra ya no puede
Volar toda (39), si quitares
Una ave de Palamedes (40).

76.—LA PICAZA (41).

Sea picaza ó perdiz,
Si es uno el sabor, ¿qué importa?

Pero como ésta es más cara,
Se sigue que es más sabrosa.

77.—EL CISNE.

El cisne con débil voz
Dulces acentos despide,
En el momento en que él mismo
Endecha su muerte triste (42).

78.—LOS PORFIRIONES.

¡Qué! ¡un pájaro tan pequeño
Tener nombre de un gigante! (43):
Es el nombre de Porfirion,
Que la facción verde aplaude.

79.—EL BARBO MARINO.

Este barbo alienta aún,
Mas con gran dificultad,
Dentro del agua traída
Para él del mismo mar.
¿Se muere? pues renovadle
El agua, y renacerá.

80.—LA MURENA.

La gruesa murena
Que en el fondo nada
Del mar de Sicilia,
No puede en las aguas
Hundirse de nuevo
Cuando, ya tostada
Del sol, ha sentido
La piel delicada.

81.—EL RODABALLO:

Por ancho que el plato sea
Que sostiene al rodaballo,
Este pez es todavía
Más ancho que el mismo plato.

82.—LA OSTRA.

Del agua del Lucrino
Vengo muy harta,
Y ahora sólo alampo
Por noble salsa.

83.—LAS ESQUILAS.

Amadas del azul Liris (44),
A quien los bosques protegen
De Marica, á nuestras turbas
Sus aguas abrigo ofrecen.

84.—EL ESCARO.

Este escaro que llega del mar,
Muy repleto, no tiene de bueno
Más que sus intestinos; el resto
Es de gusto mediocre y vulgar.

85.—EL CORACINO.

¡Oh, coracino, monarca
De los mercados del Nilo,
En donde tu posesión
Se disputa con ahinco;
Tú eres lo más estimado
Del goloso Alejandrino!

86.—EL ERIZO DE MAR.

Aunque su cáscara,
Llena de espinas,
Punza los dedos,
En él se abriga,
Cuando se le abre,
Carne muy fina.

87.—EL MÚRICE.

¡No os basta, ingratos,
Llevar vestidos
En nuestra sangre
Humedecidos?
Pues todavía
De pasto os sirvo.

88.—EL GOBIO.

Cualquiera que fuere,
Entre Venecianos,
De sus ricas mesas
La pompa y ornato,
A comer principian
Gobio, de ordinario.

89.—EL LOBO DE MAR (45).

Donde el Timayo se arroja
Al mar, nada el rico lobo,
Y de agua dulce y salobre
Se alimenta, y se halla gordo.



90.—LA DORADA (46).

Todas las doradas
No valen lo mismo,
Ni todas merecen
Elogios subidos:
La mejor se nutre
De ostras del Lucrino.

91.—EL ESTURIÓN.

Remitid el esturión
A las mesas imperiales,
Y tan raro don adorne
Las mesas de las Deidades.

92.—LA LIEBRE.

El tordo, á mi parecer,
Ocupa el primer lugar
Entre pájaros; la liebre
Entre cuadrúpedos lo ha.

93.—EL JABALÍ.

Tal era el monstruo cerdoso
Y horrendo de la región
De Diómedes, y que á un dardo
De la Etolia sucumbió.

94.—LOS GAMOS.

Al jabalí sus colmillos,
Y al ciervo valen sus cuernos,

Mas nosotros, gamos débiles,
¿Qué, sino presa, seremos?

95.—EL ORIX.

En combates matinales,
No eres la última fiera,
Cruel orix: ¡cuánto número
De buenos canes me cuestas!

96.—EL CIERVO.

¿Este ciervo, Cipariso,
Era el que has uncido al yugo
Y has domesticado? ó, Silvia (47),
¿Sería tal vez el tuyo?

97.—EL LALISIÓN.

Cuando el onagro es muy joven
Y aún mamando se encuentra,
Se le llama lalisión;
Mas tal nombre no conserva
Cuando pasa de esta edad,
Y poco tiempo lo lleva.

98.—EL CABRITILLO.

A tu hijo debes dar
Este hermoso cabritillo,
Que el pueblo acosa en la arena
Agitando sus vestidos.

99.—LA RUPICABRA.

Mira la rupicabra,
Mira cómo se encumbra

En escarpada roca;
 ¡Piensas que se derrumba?
 No, no, que de los perros
 Se está burlando astuta.

100.—EL ONAGRO.

Con este hermoso onagro
 Debes dejar la caza
 Del elefante eritreo:
 Vamos; las redes guarda.

101.—EL ACEITE DE VENAFRO.

De aceitunas
 De Venafro,
 En Campania
 Situado,
 Ha venido
 Este bálsamo:
 ¡Bien conócese
 Al usarlo!

102.—LA SALSA DE LOS ALIADOS (48).

Recibe esta salsa
 Preciosa, regalo
 Que debes en mucho
 Tener y apreciarlo,
 Pues sangre es primera
 De escombros, expirando.

103.—LA SALMUERA.

Sí, soy hija del atún
 De Antípolis (49); que si fuera

Del escombros, yo á tus manos
 Venido entonces no hubiera.

104.—LA MIEL ÁTICA.

La abeja del Himeto
 Te envía aqueste néctar,
 Que recogió, libando
 Los bosques de Minerva.

105.—LA MIEL DE SICILIA.

Cuando hubieres de ofrecer
 Esta miel de los collados
 Del Híbla, podrás decir
 Que procede del suelo ático.

106.—EL VINO COCIDO.

Las vendimias de la Creta,
 En donde ha reinado Minos,
 Para ti aqueste mosto
 Fecundas han producido;
 Mosto que, con miel mezclado,
 Es del pobre el dulce vino.

107.—EL VINO EMPEGADO.

Este empegado vino
 Es del suelo famoso
 De Vicna (50); ¡oh! no lo dudes;
 Lo envía el mismo Rómulo.

108.—EL VINO MELADO.

Ática miel, tú condensas
 Este néctar de Falerno,

Que verter en nuestra copa
Debe de Jove el mancebo.

109.—EL VINO DE ALBA.

Aqueste dulce licor
De las bodegas procede
De César, de aquella viña
Que en el monte Yulo tiene (51).

110.—EL VINO DE SORRENTO.

¿Bebes sorrento? Las copas
Deja ahí de oro y de mirra,
Pues lo podrás apurar
En la arcilla que le abriga (52).

111.—EL VINO DE FALERNO.

Este Masico sale
De prensas de Sinuesa (53).
Mas, ¿de qué consulado
Pregúntasme la fecha?
Cónsules todavía
No instituidos fueran.

112.—EL VINO DE SETIA (54).

Por cima y dominando
Las lagunas Pontinas,
Está la exigua Setia,
Que sus toneles viejos nos envía.

113.—EL VINO DE FONDI (55).

Aqueste vino de Fondi
Data del feliz otoño

De Opimio: el cónsul lo hizo,
Y él mismo también bebiólo.

114.—EL VINO DE TRIFOLÍN (56).

No, lo declaro, no soy
De los primeros viñedos;
Mas, sin embargo, reclamo
Que se me dé el lugar séptimo.

115.—EL VINO CÉCUBO (57).

El generoso cécubo
En el terreno crece
Fondanio de Amiclea:
La cepa de do viene,
En medio de lagunas
Pomposa reverdece.

116.—EL VINO DE SIGNIA (58).

Bebe vino de Signia,
Que oprime el vientre,
Pero debes beberlo
Muy parcamente:
De lo contrario
Has siempre de sentirte
Muy apretado.

117.—EL VINO MAMERTINO (59). ⁸

Si te regalan una ánfora
De mamertino, que sea
Tan viejo cual Néstor; dale
El nombre que más prefieras.

118.—EL VINO DE TARRAGONA.

El vino de Tarragona,
Que sólo á los de Campania
Es inferior, rivaliza
Con los mostos de Toscana.

119.—EL VINO DE NOMENTO.

Son mis viñas de Nomento,
Que producen este vino:
Podrás beberlo mejor,
Si eres amigo de Quinto.

120.—EL VINO DE ESPOLETO.

De Esposito el vino
En botellas viejo,
Siempre es preferible
Al falerno nuevo.

121.—EL VINO DE PELIGNO.

El viñador peligniano
Te remite el vino turbio
De los Marsos (60); no lo bebas:
Déjalo al liberto tuyo.

122.—EL VINAGRE (61).

No desprecies la botija
De ese vinagre de Egipto;
Pues ahora vale más
Que valió cuando era vino.

123.—EL VINO DE MARSELLIA.

Ya que te trae la espórtula
Los clientes por centenas,
Dales á beber tus vinos
Ahumados de Marsella (62).

124.—EL VINO DE CEREIA (63).

Sírvate Nepote
Vino de Cereia,
Tomársle al punto
Por vino de Setia.
Tal licor no ofrece
A cualquier que venga,
Pues con tres amigos
El lo paladea.

125.—EL VINO DE TARENTO (64).

Por sus lanas y sus viñas
Pueblo es Aulón conocido (65);
Pero tómate la lana
Y déjame á mí su vino.

126.—LOS PERFUMES.

Ni vino ni aromas debes
A tu heredero dejar:
Déjale sólo el dinero,
Y gasta tú lo demás.

127.—LA CORONA DE ROSAS.

César, el invierno
 Te ofrece coronas
 Precoces. Era antes
 La espléndida rosa
 Flor de primavera,
 Mas tuya es ahora.

FIN DEL LIBRO XIII.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

AGUINALDOS (1).

I.—AL LECTOR.

Durante que con el manto (2)
 Se adornan los caballeros
 Y el senado, y nuestro Júpiter (3)
 Pone su gorro, y que el ciervo,
 Des que ve cubrir las aguas
 La helada, agita su cuerno,
 Sin temer que le descubra
 El edil (4), recibe aquestos
 Varios lotes, patrimonio
 De los pobres y opulentos.
 Que cada cual á sus huéspedes
 Les dé el merecido premio.
 —Aquestas son fruslerías,
 Bagatelas, y aún menos.—
 ¿Quién lo ignora, quién lo niega?
 La cosa es bien clara; pero
 ¿Qué mejor se puede hacer
 En días de tal contento,
 Que dió el hijo de Saturno
 A su padre por el cielo?
 ¿Deberé escribir de Troya

Ó de Tebas los cruentos
 Combates, ó de Micenas
 Los infortunios horrendos?
 —Juega á las nueces, diránme.—
 Perder nueces no es mi anhelo.
 Lector, puedes acabar
 Este libro á tu deseo;
 Porque cada asunto está
 Descrito en solos dos versos.

2.—AGUINALDOS.

Si me preguntas por qué
 Pongo á cada pieza un rótulo,
 Es porque, si así lo quieres,
 Leas el título solo.

3.—TABLILLAS DE LIMONERO (5).

Si de madera no fuéramos
 Cortadas en hojas finas,
 Bien pudiera sostenernos
 Rico marfil de la Lybia.

4.—TABLILLAS DE CERA DE CINCO HOJAS (6).

La sangre de los becerros
 En el palacio imperial
 Humea, cuando el decreto
 Por el que á César se dan
 Nuevos honores, en cinco
 Tablillas inscrito está.

5.—TABLILLAS DE MARFIL

Para que la triste
 Cera no obscurezca

Tu vida cansada,
 Toma esas tabletas
 De marfil, que pintan
 Bien las letras negras (7).

6.—TABLILLAS DE TRES HOJAS.

No juzgarás don vulgar
 Las tablillas de tres hojas,
 Cuando anuncien que tu dama
 A llegar está ya próxima.

7.—TABLILLAS DE PERGAMINO.

Imagínate que son
 De cera, aunque se las llama
 Pergamino. El baño bórrales,
 Si otra vez quieres usarlas.

8.—TABLILLAS VITELIANAS (8).

Antes de leerlas,
 Ya sabe la niña
 Lo que decir quieren
 Aquestas tablillas.

9.—LAS MISMAS.

Al vernos diminutas,
 ¿Sin duda piensas
 Que vamos dirigidas
 Tras de una dueña?
 Error grosero;
 Porque tan sólo vamos
 Tras el dinero.

10.—EL PAPEL DE MARCA MAYOR (9).

No tengas por corto don
El papel que te regalo;
Que de un poeta no es poco
Recibir papel en blanco.

11.—PAPEL DE CARTAS.

Ya lo dirijas
A un conocido,
Ora lo mandes
A algún amigo,
A los dos llama:
Mi muy querido (10).

12.—COFRECILLOS DE MARFIL.

Solamente el oro es digno
De llenar estas arquillas;
En cuanto á la plata, bástale
Vulgar madera sencilla.

13.—COFRECILLOS DE MADERA.

Si en el fondo de este cofre
Aun hay alguna moneda,
Es tuya; mas si no hay nada,
El mismo cofre te lleva.

14.—LAS TABAS DE MARFIL.

Si cada una de estas tabas
Te da un punto diferente,
Me dirás que te he donado
Un magnífico presente.

15.—EL DADO.

Si á tabas en número
Yo soy inferior,
Conmigo es la suerte
De ganar mayor.

16.—EL CUBILETE.

La mano tramposa que
Los dados mejores echa,
No tiene más que hacer votos,
Si ella á mí me los entrega.

17.—EL TABLERO DE JUEGO.

Aquí se juega á los dados:
Doce es el punto mejor:
Allí al ajedrez se juega,
Y el peón, que de otros dos
Se ve acosado y rodeado;
Es un perdido peón.

18.—LAS NUECES (11).

Este juego es cosa mínima
Y, al parecer, sin peligro;
No obstante, fatal fué á veces
A las posas de los niños.

19.—LA ESCRIBANÍA.

Si una escribanía tócate,
Ponle plumas y demás:
Ayuda con lo accesorio,
Pues te dí lo principal.

20.—EL AJEDREZ.

Si del ajedrez las luchas
Y astucia son de tu agrado,
Estos peones de vidrio
Tus fuerzas son y adversarios (12).

21.—EL ESTUCHE DE LOS PUNZONES (13).

Para tí aqueste estuche
Lleno de estilos de hierro:
Si á un niño se lo regalas,
El regalo no es pequeño.

22.—EL MONDADIENTES.

El lentisco es lo mejor;
Pero si falta el lentisco,
Con una pluma podrás,
Cuando quieras, ser servido.

23.—EL LIMPIA OÍDOS.

Si sintieres en la oreja
Comezón viva y tenaz,
Te daré una arma contra esa
Molesta incomodidad.

24.—LA AGUJA DE ORO.

Para que tu pelo craso
A tus vestidos de seda
No manche, fija, sostén
Con esta aguja sus trenzas.

25.—EL PEINE DE UN CALVO.

Este leño de mil dientes
Que te dan, ¿en tu cabeza
Qué hará, si ni un solo pelo
Habrá de encontrar en ella?

26.—EL JABÓN.

Su espuma cáustica tiñe
De Teutones el cabello,
Y aun más que al de estos vencidos
También hará al tuyo espléndido.

27.—LAS BOLAS DE MATIACO (14).

Si á tí te agrada cambiar,
Vetusta cabeza blanca,
El color de tus cabellos,
Recibe (mas si eres calva,
¿Con qué objeto?) aquestas bolas
En Matiaco fabricadas.

28.—LA SOMBRILLA.

Recibe aquesta sombrilla,
Que ardiente sol no penetra;
Si soplare el vendaval,
Te podrá servir de vela.

29.—EL GORRO DE ANCHAS ORLAS.

Ya no iré sino con gorro
Al teatro de Pompeyo,
Donde el viento muchas veces
Inutiliza los velos.

30.—LOS VENABLOS.

Del león y jabalí
La embestida aguardarán,
Y han de herir al oso, siempre
Que en fuertes manos están.

31.—EL CUCHILLO DE CAZA.

Si el jabalí con su hocico,
Del venablo te despoja,
Le atacarás de más cerca.
Con esta arma, que es más corta.

32.—EL TAHALÍ CON SU ESPADA.

Es adorno militar,
Y premio de noble lauro,
Arma digna de ceñirse
Por tribuno de soldados.

33.—EL PUÑAL.

Este puñal, al que surcan
Venas en líneas curvadas,
Fue mojado del Jalón
En frías, sonantes aguas.

34.—LA ESPADA CONVERTIDA EN HOZ (15).

Para ejercicio mejor
La firme paz me ha encorvado:
Fui instrumento de soldado;
Ya lo soy de labrador.

35.—LA HACHUELA.

En una venta forzosa,
Que prestamistas hicieron,
Han dado por esta hachuela
Cuatrocientos mil sestercios.

36.—UTENSILIOS DE BARBERO.

Estos instrumentos sirven
Para cortarte tu pelo;
Esotros para tus uñas,
Y para tu barba aquellos.

37.—LA CARTERA.

Si los papeles que á mí
Confías, muy mal ligares,
Dejaré que en ellos entren
Tiña é insectos voraces.

38.—LOS PAQUETES DE CAÑAS DE ESCRIBIR.

Produce el suelo de Menfis
Buenas cañas de escribir;
Sirven las de otras lagunas
Para los techos cubrir (16).

39.—LA LÁMPARA DE NOCHE.

Soy confidente de goces,
Que disfrutas en tu cama;
Aunque hagas lo que quisieres,
Jamás diré una palabra.



40.—LA CANDELA.

Esta sirviente de lámpara
A tí la suerte te da:
Su vigilancia te alumbrá
Y te dá seguridad.

41.—LA LÁMPARA DE MUCHOS MECHEROS.

A mesas y convidados
Ilumino con mis fuegos;
Y no soy más que una luz,
Aunque con muchos mecheros.

42.—LA BUJÍA.

Por esta noche su luz
Te prestará esta bujía;
Porque á tu esclavo han robado
La lámpara que tenía.

43.—EL CANDELERO CORINTIO.

Me ha dado mi nombre
La antigua candela,
Cuando nuestros padres,
Viviendo en pobreza,
Lámparas y aceite
Aun no conocieran.

44.—EL CANDELERO DE MADERA (17).

Ya lo ves, es de madera:
Si no cuidas de la llama,
Verás ese candelero
Pronto convertido en hacha.

45.—LA PELOTA DE LOS PAISANOS.

Esta pelota de plumas
Rellena, y que es de manejo
Difícil, es menos tensa
Que la pelota de viento,
Y está menos apretada,
Que las que son de vil precio.

46.—LA PELOTA TRIGONAL.

Si sabes lanzarme hábil
A la izquierda, á tí me entrego:
Si no, vuélveme, palurdo,
A mis jugadores diestros.

47.—PELOTA GRANDE DE VIENTO.

Lejos, lejos de aquí, jóvenes:
Vuestra edad es muy fogosa;
A los ancianos y niños
Les conviene la pelota.

48.—EL HARPASTO.

Del suelo polvoriento
Toma el harpasto
El ágil libertino;
Pero ignorando
Tal ejercicio,
Prolonga vanamente
Su cuello erguido.

49.—LAS BOLAS DE PLOMO.

¿Por qué destruir tus fuerzas
Con tan ridícula masa? (18)
Al hombre le vale más
Lo que en la viña trabaja.

50.—EL GORRO (19).

Para que tu perfumado
Cabello no manche el polvo
Inmundo, puedes ponerlo
Al abrigo de este gorro.

51.—LOS CEPILLOS DE BAÑO.

De Pérgamo vienen: son
De hierro corvo. Con ellos
No tendrá del quitamanchas
Tanta precisión tu lienzo.

52.—EL CUERNO DEL TORO.

Ha poco tiempo un novillo
En su testuz me llevaba;
Como de rinoceronte
Agora se me tomara.

53.—EL CUERNO DE RINOCERONTE.

Dentro de poco, en la arena
Del Señor que manda á Ausonia,
Aqueste rinoceronte
Será para tí igual cosa
Que era el toro para él,
Ligerísima pelota.

54.—LAS CASTAÑUELAS.

Si un hijo de esclavo tuyo
Se ase llorando á tu cuello,
Agite estos ruidosos
Sistros con su tierno dedo.

55.—EL LÁTIGO.

Nada obtendrás de un caballo
Si es de la roja facción (20),
Aun cuando con esta fusta
Le des en toda ocasión.

56.—EL POLVO DENTÍFRICO.

¿Qué tengo que ver contigo?
Las niñas usarme deben;
Porque no tengo costumbre
De bruñir comprados dientes.

57.—EL MYROBALANO (21).

El nombre que ni en Virgilio
Ni en Homero se ha encontrado,
De las palabras *perfume*
Y *bellota* está formado.

58.—EL AFRONITRO (22).

¿Eres un bárbaro?
¿No sabes griego?
De mar espuma
Por nombre tengo.
Soy el *ἀπρόνιτρον*.
¿Eres tú Griego?

59.—LOS BÁLSAMOS.

De Cosmo esencias
Huelan las jóvenes:
Yo amo los bálsamos,
Perfume de hombres.

60.—LA HARINA DE HABAS.

Amarás este regalo,
Util á arrugados vientres,
Si de Esteban á los baños
En pleno día vinieres.

61.—LA LINTERNA DE CUERNO.

Linterna de luz dorada
Y reclusa, yo de guía
Te sirvo, y en mí segura
Se encuentra la lamparilla.

62.—LA LINTERNA DE VEJIGA.

Porque hecha no estoy de cuerno,
¿Soy por eso más obscura?
¡Ó las gentes que me encuentran,
Por vejiga no me juzgan?

63.—LA FLAUTA DE CAÑAS (23).

¿Por qué ríes de mis cañas
Compaginadas con cera?
La primer flauta que ha habido
De tal manera fué hecha.

64.—LAS FLAUTAS (24).

Ebria la flautista
Nos rompe el oído,
Hincharlo su boca,
Ahita de vino;
Ya toca dos flautas
En un tiempo mismo,
Ya con una sola
Produce sonidos.

65.—LAS SANDALIAS DE LANA.

Si tu esclavo se halla ausente
Y te quisieres calzar
Tus sandalias, cual de esclavo,
Los tus pies te servirán (25).

66.—EL CORSÉ.

Para sostenerte el pecho
Fuera preciso la piel
De un toro; porque no puede
Contenerle este corsé.

67.—EL ESPANTAMOSCAS DE PLUMAS DE PAVO REAL.

Lo que tus platos liberta
De suciedades de moscas,
Era ha poco de un magnífico
Pájaro soberbia cola.

68.—EL BIZCOCHO DE RODAS.

Quando faltare tu esclavo,
No le deshagas los dientes



De una puñada: haz que coma
Bizcochos de Rodas célebre.

69.—UN PRIAPO DE PASTA.

Si quieres hartarte, puedes
Comer de aqueste Priapo;
Que aunque comas sus testículos,
No dejarás de ser casto.

70.—EL CERDO.

Este cerdo, alimentado
Con jabalís espumantes,
Te habrá de proporcionar
Muy alegres Saturnales.

71.— EL QUITAMOSCAS DE COLA DE BUEY.

Si ha manchado el polvo
Tus bellos vestidos.
Con aquesta cola
Dales un poquito.

72.—EL SALCHICHÓN.

Este salchichón que llégate
En la mitad del invierno,
Antes de los siete días
De Saturno, recibiéralo.

73.—EL PAPAGAYO.

Aprenderé de vosotros
Otros nombres á decir:
«César, que el cielo te guarde»
Ya por mí mismo aprendí.

74.—EL CUERVO.

Corve salutator, quare fellator haberis?
In caput intravit mentulla nulla tuum.

75.—EL RUISEÑOR (26).

Filomena donde quiera
Llora el crimen de Tereco;
Fué moza muda, y ya veo
Que se ha vuelto ave parlara.

76.—LA PICAZA.

Soy la gárrula picaza,
Y con mucha claridad
Como á señor te saludo;
Si no me vieses, quizá
El que fuera una cotorra
Llegarias á negar.

77.—LA JAULA DE MARFIL.

Si tienes un pajarillo
Como aquel que lloró Lesbia,
La querida de Catulo,
Aquí tienes su vivienda.

78.—EL BOTIQUÍN.

Ya tienes el botiquín,
En donde la ciencia médica
Está guardada, y el que
Paccio poseer quisiera.

79.—LAS CORREAS.

Jugad, siervos libertinos,
 Pero jugad solamente,
 Mientras que por cinco días
 Aquestas correas duermen (27).

80.—LAS FÉRULAS.

Tan odiadas de los niños
 Como á maestros preciosas,
 Por gracia de Prometeo (28),
 Somos madera famosa.

81.—LA ALFORJA.

Esta alforja sin cesar
 Ruega no llevar comida
 De un filósofo mendigo,
 Desnudo y de barba rispida,
 Y que á un perro tan infame,
 Para dormir no le sirva.

82.—LAS ESCOBAS.

La palma de estas escobas
 Nos atestigua su precio:
 Hoy los siervos que las usan
 Las dejarán en sosiego.

83.—EL RASCADOR.

Este rascador en forma
 De mano ha de proteger
 Tus espaldas de las pulgas,

Ó de otro insecto cualquier,
 Que más que las pulgas sea
 Nauseabundo, y más soez.

84.—LA CUBIERTA.

Estas tablitas de abeto
 Han de preservar tus libros,
 Por mucho tiempo, del roce
 De tu toga y tus vestidos.

85.—LECHO DE COLA DE PAVO REAL.

Debe este lecho su nombre
 A la pluma de aquel pájaro
 Espléndido, que hoy es de Juno,
 Y que al principio fué de Argos.

86.—LA SILLA.

Cazador, ensilla aqueste
 Corcel, ya pronto á correr:
 Quien monta en pelo se expone
 Tumores á padecer.

87.—EL LECHO DE MESA.

Recibe este lecho
 De escama embutido,
 Y que á media luna
 Semeja su círculo (29);
 Ocho puestos tiene:
 Vengan los amigos.

88.—LA MESA DE COLACIÓN.

Si crees que viene mi escama
De tortuga hembra y de tierra,
Te engañas: soy macho, y vengo
De las que la mar engendra.

89.—LA MESA DE LIMONERO.

Recibe este bello don
Producto de bosque de Atlas:
No diera tanto aquel que
Su peso en oro entregara.

90.—LA MESA DE ARCE.

Cierto que no soy ondeada,
Ni vengo de bosques moros;
Mas no por eso las mesas
Opíparas desconozco.

91.—LOS DIENTES DE MARFIL.

Estos dientes han alzado
A toros de mucho peso,
¿Y preguntas si las mesas
Sostendrán de limonero?

92.—EL QUINTÍPEDO (30).

Este pedazo de encina
Picoteado y terminado
En punta, revela á veces
El fraude del empresario.

93.—LOS VASOS ANTIGUOS.

No son de fecha moderna,
Ni honor de nuestro cincel:
Méntor los hizo, y en ellos
El primero fué en beber.

94.—LAS TAZAS.

Audaz trabajo nos hizo (31)
Para que nos use el pueblo,
De vaso labrado que
El agua no teme hirviendo.

95.—LA COPA DE ORO CINCELADA.

Aunque orgullosa del rico
Metal que engendra Galicia,
Sin embargo por el arte,
Más me engrío todavía.
Yo soy del célebre Mys
Obra preciada y magnífica (32).

96.—LAS COPAS DE VATINIO.

Aquesta copa recibe,
Que recuerda la vil fama
Del zapatero Vatinio (33):
Y aun tuvo nariz más larga.

97.—LOS PLATOS ROJOS (34).

No deshonres estos grandes
Platos rojos con pequeño
Barbo: el que en ellos se ponga
Pese dos libras al menos.

98.—LOS VASOS DE ARECIO.

Te advierto que no desprecies
Esta vajilla de Arecio.
Tales eran de Porsena
Fuentes y platos espléndidos.

99.—EL CUENCO DE MADERA.

Soy un bárbaro y vengo
De entre Britanos,
Pero ya Roma hoy dice
Que soy del Lacio (35).

100.—LOS VASOS PANACIANOS.

Si conoces el lugar,
Do nació Catulo docto (36),
Has bebido en estos vasos,
De Retia los dulces mostos.

101.—EL PLATO DE HONGOS.

Aunque deba á los hongos
Ilustre nombre,
Me ocupan, ¡qué vergüenza!
En llevar coles.

102.—LAS COPAS DE SORRENTO.

Recibe aquestas copas
De barro fino,
Que un alfarero hábil
De Sorrento hizo.

103.—LOS COLADORES DE NIEVE.

Te advierto que temples
Tus vinos de Setia
Mezclándoles nieve:
Y el lino podráte
Servir para otros
Vinos más vulgares.

104.—EL SACO DE NIEVE.

El lino de que estoy hecho
A la nieve clarifica;
Tus coladores no harán
Que el agua salga más fría.

105.—LOS JARROS PARA AGUA.

Si no te falta agua fría,
Caliente no ha de faltar,
Cuando tengas tal deseo,
Y sólo has de procurar
El no ser un bebedor
Difícil de contentar.

106.—EL PUCHERO DE BARRO.

Toma este puchero rojo
Que tiene asa recurvada;
En él Frontón el estoico
Agua fría saboreaba.

107.—LOS CESTOS DE VENDIMIAR.

Baco y Sátiros nos aman:
A los tigres embriagamos

Enseñados por nosotros
A lamer los pies del amo.

108.—LAS COPAS DE SAGUNTO.

Toma estas copas de arcilla
De Sagunto, que tu esclavo
Podrá manejar, guardar,
Sin tener ningún cuidado.

109.—LOS VASOS ADORNADOS DE PEDRERÍA (37).

Por lucir tan adornado
De esmeraldas como está.
¡A cuántos dedos habrá
Ese vaso despojado! (38)

110.—FRASCO PARA BEBER.

Si tienes sed de perfumes,
Bebe, bebe, lujurioso,
En ese brillante frasco
Que lleva el nombre de Cosmo.

111.—LAS COPAS DE CRISTAL (39).

Quebras vasos cristalinos
Con el temor de quebrarlos;
Tanto como confiadas
Yerran tímidas las manos.

112.—LA NUBE DE VIDRIO.

La nube enviada por Júpiter
Mucha agua derramará
En tu copa; pero aquesta
De vino la llenará.

113.—LOS VASOS MURRINOS (40).

¿Te gusta el mosto
Que esté caliente?
Vaso murrino
Muy más conviene
Al celeberrimo
Falerno ardiente;
Item; sabroso,
Dulce le vuelve.

114.—LA ESCUDILLITA DE CUMAS.

Casta Sibila de Cumas
Te envia esta escudillita,
Formada de rojo barro
Y que es de su tierra misma.

115.—COPAS DE VIDRIO.

Contempla el ingenio egipcio:
A fuerza de embellecer
Su labor, ¡oh, cuántas veces
El autor la echó á perder!

116.—LA GARRAFA DE NIEVE.

¿Bebes vino de Esopoletto,
Ó bebes vino de Marsos?
Mas entonces, ¿con qué fin
El lujo desarreglado
De esa agua helada después
De hervirla á fuego muy cálido? (41)

117.—LAS NIEVES.

No beber nieve,
Si agua helada,
Es de sediento
Ficción preclara.

118.—EL MISMO ASUNTO.

No mezcles á agua de nieve
Vino ahumado de Marsella,
Para que esta agua no cueste
Mucho más que el vino cuesta.

119.—EL SERVICIO.

¡Cuántas veces, si al chocar
De los dedos de mi amo (42),
No contestaba en seguida
El adormecido esclavo,
La jofaina sus oficios
En mi lugar ha prestado!

120.—LA LÍGULA DE PLATA (43).

Aunque lingula me llamen
Los caballeros y nobles,
No obstante me llaman lígula
Los gramáticos muy torpes.

121.—EL CONCHERO.

Sirvo para guardar conchas,
Y también para los huevos:
¿Sabes por qué solamente
Me habrán de llamar conchero?

122.—LOS ANILLOS.

En otro tiempo vulgares
Regalos, mas hoy ya somos
Ofrecidos raras veces
A la amistad. ¡Qué dichoso
El que se forma un cliente
De un caballero á su modo!

123.—EL JOYERO.

De tus dedos perfumados
Se te suelen escapar
Tus gruesas joyas: confiamelas,
Y no se te perderán.

124.—LA TOGA.

Quien á su ilustre padre
Ha dado el cielo,
A la toga romana
Le da el imperio.

125.—EL MISMO ASUNTO.

Si tú fueres matinal,
Podrás obtener la espórtula
Con frecuencia, mas también
Habrás de gastar tu toga.

126.—LA ENDRÓMIDA (44).

Es el regalo del pobre,
Mas el pobre no la goza:
En lugar de enviarte un manto,
Te remito aquesta endrómida.

127.—EL PAÑO OSCURO DE CANUSA (45.)

Te regalo aqueste paño,
Parecido á turbio mosto.
Regocíjate, porque
No se hará viejo tan pronto.

128.—LA CASACA GALA.

La Galia á tí te reviste
De Santónica casaca
Con capuchón (46): hace poco
Que á los monos adornaba.

129.—EL PAÑO ROJO DE CANUSA.

Roma quiere paño obscuro,
Y la Galia rojo paño:
Aqueste color agrada
A los niños y soldados.

130.—LA CASACA DE CUERO.

Aunque con un tiempo hermoso
Te pongas á caminar,
Una casaca de cuero
Deberás siempre llevar,
A fin de que de aguas súbitas
Te consigas libertar.

131.—LOS VESTIDOS DE ESCARLATA.

Si á la facción de los verdes
Ó de azules das ayuda (47),
¿Por qué vistes de escarlata?
Cuidado con ser transfuga.

132.—EL GORRO.

Quisiera poder enviarte
Una entera vestidura;
Pero tan solo te envío
Con lo que la frente cubras.

133.—LOS VESTIDOS DE LA BÉTICA (48).

No miente color ni lana
Ni le mudó en la caldera,
Otras tñia Tiro en grana;
La oveja es mi tintorera.

134.—EL PAÑUELO DEL PECHO.

Pañuelo, comprime
El seno naciente
De mi dulce amor,
A fin de que pueda
Con sola una mano
Cogerlo mejor.

135.—LOS TRAJES DEL FESTÍN.

No conocemos procesos,
Ni tribunal, sí, tan sólo
A huéspedes recostados
Sobre lechos suntuosos.

136.—EL CAPOTE DE LANA.

Poco vestidos unidos
En invierno servirán;
Pero mi largo pelaje
Abrigo te prestará.

137.—LOS MANTOS BLANCOS.

Nos recomiendan para ir
A los juegos; y servimos
Para poner sobre togas
Que penetra intenso frío.

138.—EL TAPIZ FELPUDO, Ó MANTEL.

Cubre, cubre tus mesas
De limonero
Con aquestos manteles
De largo pelo;
Porque las nuestras
No temen de los platos
La triste huella.

139.—LOS CAPUCHONES DE LIORNA.

Mentecato, no has sabido
Sujetarnos á tu manto:
Tú te lo quitas azul,
Y lo habías puesto blanco.

140.—LOS ESCARPINES CILICIOS.

No de lana, sí de pelos
Somos de macho cabrío;
Puedes por tanto calzarte
Este tejido cinifio (49).

141.—LA SÍNTESIS.

Si te agrada que tu toga
Por cinco días descanse,

Con toda libertad puedes
Servirte de aqueste traje.

142.—LA CORBATA.

Si sucediere algún día
Que te ofrezca y que te lea
Un libro mío, tu oído
Con esta corbata cierra.

143.—LAS TÚNICAS DE PADUA.

Estas túnicas de triple
Tejido son tan compactas,
Que habría necesidad
De sierra para cortarlas.

144.—LA ESPONJA.

La suerte te dió esta esponja,
Para que limpies las mesas,
Cuando empapada en el agua
Ligeramente se encuentra.

145.—EL MANTO DE PELO LARGO.

Es tal mi blancura,
Mi pelo tan lindo,
Que querrás con gusto
Llevarme en estío.

146.—LA ALMOHADA.

Perfúmame con nardo
La cabellera,

Si quieres que tu almohada
Muy bien te huela;
Porque mantiene
La pluma los aromas,
Que la sien pierde.

147.—LOS COBERTORES DE PELO LARGO.

Tu purpurino lecho
Se halla adornado
De tapices, que tienen
El pelo largo;
Mas ¿con qué objeto,
Si tu vetusta esposa
No es más que un hielo?

148.—LAS COLCHAS.

Para que puedas tapar
La desnudez de tus mantas,
Nos acercamos á ti
Unidas cual dos hermanas.

149.—LA GORGUERA.

Temo á la mujer tetuda;
Entregadme á una muchacha,
Para que mi lino halague
Una garganta nevada.

150.—EL TRAJE DE CASA.

Menfis te hace este regalo:
La lanzadera del Nilo
A la aguja babilonia
En este punto ha vencido.

151.—EL CENIDOR.

Hora soy bastante largo;
Mas corto me volveré,
Si por un suave peso,
Tu vientre hinchado se ve.

152.—EL TAPIZ CUADRADO.

Tus colchas te habrá de enviar
Del gran Catulo la patria,
Porque nosotros venimos
De Helicaonia comarca.

153.—EL DELANTAL.

Que un rico te dé una túnica:
Yo tan sólo por delante
Puedo cubrirte; si fuera
Rico, los dos regalárate.

154.—LA LANA AMATISTE.

Hallándome ebria de sangre
Del múrice de Sidón,
Lana sobria á mí me llaman,
Aunque ignoro la razón.

155.—LA LANA BLANCA.

Es Apulia renombrada
Por sus lanas de primera,
Parma por las de segunda,
Y Altino después de aquestas.



156.—LA LANA DE TIRO.

Un pastor me dió á la hermosa
Lacedemonia, su amada (50):
Leda, la madre de aquesta,
Peor púrpura gastaba.

157.—LA LANA DE POLENCIA.

No sólo produce lanas
De ordinario esta región,
Pues también fabrica vasos
De triste y lúgubre son.

158.—EL MISMO ASUNTO.

Triste soy: sí, lo confieso;
Pero, no obstante, soy buena
Para vestir los esclavos
De rasurada cabeza,
Y los de segunda clase
Que ministran en la mesa.

159.—LA BORRA DE LEUCONIO.

¿Gastada la pluma, siénteste
Por los cordeles incómodo?
Pues recibe aquesta borra
De los paños de Leuconio.

160.—LA BORRA DEL CIRCO (51).

Se llama borra del Circo
Al junco de las lagunas,
Del que, en lugar de la borra
De Leuconio, el pobre usa.

161.—LA PLUMA.

Podrás deponer tu afán
En este plumón de cisne
De Amiclea, en esta lana
Que bajo su pluma vive.

162.—EL HENO.

Hinche tu frágil colchón
De heno robado á las mulas;
Que no se acercan las pálidas
Cuitas á cama tan dura.

163.—LA CAMPANA.

Deja el juego de pelota,
Que ha sonado de las termas
La campana (52). ¿Continúas?
Sin duda á casa deseas
Regresar después de haberte
Remojado en agua fresca.

164.—EL DISCO.

Cuando vuela el disco fúlgilo
De Esparta, niños, corred,
Para que culpable sea
Tan solamente una vez (53)

165.—LA LIRA.

Devolvió al poeta á Eurídice
Pero á perderla volvió
Por faltarle confianza
Y tenerle gran amor.

166.—EL MISMO ASUNTO.

Del teatro de Pompeyo
 Fué arrojada con frecuencia
 Esta lira, que los bosques
 Movi6 y oyeron las bestias.

167.—LOS PLECTROS.

Para que al pulsar las cuerdas
 No te lastimes los dedos,
 Tu lira dócil decoren
 Los estrepitosos plectros.

168.—EL TROCO (ARO).

Con sus anillos guarnido
 Me haces un útil regalo:
 Para los niños el troco,
 Pero para mí su ornato.

169.—EL MISMO.

¿Por qué este anillo chill6n
 Se pasea acá y allá
 En este ligero círculo?
 Para que su son vivaz
 Advierta á los pasajeros,
 Que le dejen un lugar.

170.—LA ESTATUA DE LA VICTORIA.

No te la da la fortuna,
 A ti á quien nombre grande
 El Rhin ha dado: diez copas
 De falerno, esclavo, dame.

171.—EL JOVEN ESCLAVO DE BRUTO.

No es tan obscura la gloria
 De este sello tan pequeño;
 Al niño que representa,
 Bruto profesaba afecto.

172.—EL CORINTIO SANROCTONO.

No tires, astuto niño,
 A este lagarto que va
 Hacia tí, porque desea
 En tus manos expirar (54).

173.—CUADRO REPRESENTANDO Á JACINTO.

Este joven Ebaliano,
 Crimen y dolor de Apolo,
 Del disco fatal separa
 Sus ya moribundos ojos (55).

174.—EL HEMAFRODITA DE MÁRMOL.

Ingresó macho en la fuente,
 Y hembra y macho salió de ella:
 Poco al padre se parece,
 Y á la madre en gran manera (56).

175.—CUADRO DE DANAE.

Rey del Olimpo, ¿por qué
 A Danae has comprado,
 Cuando á tí, gratuitamente,
 La hermosa Leda se ha dado?

176.—LA MÁSCARA GERMANA.

Capricho de un alfarero,
Máscara de rubio Bático,
Aunque á ti te hago reir,
A los niños pongo espanto.

177.—EL HÉRCULES CORINTIÓ.

Estando en la cuna, mata
A dos serpientes sin verlas:
La hidra ya de sus manos
Podía temer la fuerza (57).

178.—EL HÉRCULES DE BARRO COCIDO.

Frágil soy, pero te advierto
Que no me desprecies torpe:
Álcides no se avergüenza
De adornarse con mi nombre.

179.—LA MINERVA DE PLATA.

Virgen intrépida, dime,
¿Por qué con el casco y lanza
No llevas la egida? Porque
César es quien lleva esa arma.

180.—EL CUADRO DE EUROPA.

Padre de los dioses, mal
Has elegido tu día;
Debiste cambiarte en toro
Cuando Io era novilla.

181.—EL LEANDRO DE MÁRMOL.

Audaz Leandro, luchando
Con la furiosa tormenta,
Exclamaba: «¡No me ahogues,
Hasta que no esté de vuelta!»

182.—ACERCA DE UNA ESTATUA DE ARCILLA DE UN
JOROBADO.

Prometeo estaba ebrio,
Según pienso, cuando hizo
Este monstruo, que amasó
De barro Saturnalicio.

183.—LA BATRACOMYOMAQUIA DE HOMERO.

Lee *Las Ranas* que, otro tiempo,
El gran Meonio cantara,
Y aprende á reir de mis
Inofensivas nonadas.

184.—UN HOMERO EN PERGAMINO.

La *Iliada* y aqueste Ulises,
Del rey Príamo enemigo,
Se hallan juntos en los muchos
Pliegos de este pergamino.

185.—EL MOSQUITO DE VIRGILIO (58).

Hombre estudioso, el *Mosquito*
De Virgilio acogerás,
Porque en estos jubilosos
Días no se han de dejar
Los chistes y fruslerías,
Y *Arma virumque* entonar.

186.—UN VIRGILIO EN PERGAMINO.

¡Cuán leve este pergamino
Para las obras completas
De Virgilio! Ya su efigie
Se halla en la hoja primera.

187.—LA TAIS DE MENANDRO.

Esta Tais se burlaba
Del amor de jovencillos;
A ella fué, mas no á Glicera,
La á quien el vate más quiso.

188.—UN CICERÓN EN PERGAMINO.

Si este pergamino fuera
En tu compañía, percata
Que Cicerón bastaría
Para jornadas muy largas.

189.—Á PROPERCIO (59).

Cintia, á quien joven cantó
Propercio por bella dama,
Alcanzó por él gran fama;
Y ella también se la dió.

190.—UN TITO LIVIO EN PERGAMINO.

El gran Tito Livio enciérrese
En esta leve vitela,
El, que por completo no
Cabría en mi biblioteca.

191.—UN SALUSTIO.

Si á los sabios se da crédito (60),
Crispo Salustio será
De historiadores de Roma
Quien tenga el primer lugar.

192.—LAS METAMORFOSIS DE OVIDIO EN PERGAMINO.

Los quince libros que Ovidio
Escribió de poesías,
Se encuentran en este grueso
Volumen de hojas muy finas.

193.—UN TIBULO.

Lasciva Némesis hizo
Morir de amor á Tibulo,
Que se aplacía en ser nada
En aquello que era suyo.

194.—UN LUCANO.

Niegan algunos,
Que soy poeta (61);
Mas el librero
Que me da en venta,
A tal dictamen
No se sujeta.

195.—UN CATULO (62).

Cuanto la pequeña Mantua
Debe á Virgilio su alumno,
Tanto confiesa deber
La gran Verona á Catulo.



196.—EL AGUA CALIENTE Y EL AGUA FRÍA (63).

Aquestos versos te dan
El nombre de aguas calientes;
En cuanto al papel, que nade
En ellas, pues lo merece.

197.—LAS MULAS PEQUEÑAS (64).

No receles, no, caer
De esas tus mulas gallegas,
Pues en el suelo sentado
Serías más grande que ellas.

198.—LA PERRITA GALA.

No bastaría una página,
Si quisieras escuchar
Las monadas y lindezas
De este pequeño animal.

199.—EL CABALLO ASTURIANO.

Este pequeño caballo,
De galope cadencioso,
Procede de las Asturias,
Fértiles en minas de oro.

200.—EL PERRO DE CAZA.

No por sí, mas por su dueño
Caza este sabueso ardiente,
Que una liebre, sin dañarla,
En su boca va á traerte.

201.—EL LUCHADOR.

No me gusta el vencedor,
Sino el que sabe morir,
Y que aun lucha con ardor.

202.—EL MONO.

Evito con gran destreza
Los bastones que me lanzan:
Sería un cercopiteco (65)
Si una cola me adornara.

203.—LA JOVEN DE CÁDIZ.

Tam tremulum crissat, tan blandum prurit, ut ipsum
Masturbatorem fecerit Hippolytum.

204.—LOS CIMBALOS.

Si el ministro de Cibele
Hambrea, vende este bronce,
Con que gime de la diosa
Por su Atys los amores.

205.—EL FAVORITO.

Sit nobis atate puer, non puuíce levis,
Propter quem placeat nulla puella mihi.

206.—EL CEÑIDOR DE VENUS.

Joven, rodea tu cuello
Con aqueste ceñidor,
Que todavía conserva
De Venus todo el ardor.

207.—EL MISMO ASUNTO.

Recibe este ceñidor
 En el néctar impregnado
 De Citeres, que hasta á Jove
 En otro tiempo ha quemado.

208.—EL TAQUÍGRAFO.

Aunque las palabras corran,
 Más veloz vuela la mano;
 La lengua no ha concluido,
 Cuando la pluma ha acabado.

209.—LA CONCHA.

Pule el papiro egipciaco
 Con una concha de mar,
 Y sin obstáculo alguno,
 Tu cálamo correrá.

210.—EL LOCO.

Su estupidez no es fingida:
 No hay en él arte ni engaño.
 Quien no sabe con exceso,
 Ese, en verdad, es el sabio.

211.—LA CABEZA DE CARNERO.

Has cortado la cabeza
 De aqueste corcel de Frixo:
 ¿Lo merecía el que tantas
 Veces te había vestido?

212.—EL ENANO.

Si sólo ves la cabeza,
 Un Héctor le creerías;
 Pero no es más que Astianax,
 Si todo el cuerpo le miras.

213.—EL BROQUEL.

Este broquel tantas veces
 Vencido, mas rara vez
 Victorioso, fuera escudo
 Para un enano, pardiez.

214.—LOS NIÑOS CÓMICOS.

Entre ellos no se halla uno,
 Que *misoumeno* pudiera
 Ser, pero *diseaxapothos*
 Lo pudiera ser cualquiera (66).

215.—LA HEBILLA (67).

¿Me dirás con franqueza,
 Para qué sirva
 A lristas y cómicos
 Aquesta hebilla?
 Para más caro
 Llevar por sus amantes
 Dulces halagos.

216.—EL GAVILÁN.

Cazador en otro tiempo
 De pájaros, es ahora
 Criado del pajarero.

A las aves siempre acosa,
Y el no cazar para sí
Es lo que más le desola.

217.—EL FONDISTA.

Decidme cuántos vos sois (68)
Y de qué precio queréis
La comida: basta, basta;
Pronto servidos seréis.

218.—LAS VARETAS DE LIGA.

No sólo el ave se engaña
Con las varetas de liga,
Sino también con el canto,
Cuando la mano maligna
Del pajarero la pérfida
Caña con dulzura arrima.

219.—EL CORAZÓN DE BUEY.

Pobre abogado, haces versos
Que ni un céntimo te valen:
Recibe este corazón,
Que es al tuyo semejante.

220.—EL COCINERO.

El arte sólo no basta
Al cocinero; no quiero
Tener paladar esclavo:
Todo cocinero diestro
Deberá tener el gusto
Refinado de su dueño.

221.—LAS PARRILLAS Y EL ASADOR.

Tuesta la delgada lonja
De tocino en las corvadas
Parrillas, y al jabalí
En el largo asador asa.

222.—EL PASTELERO.

Esta mano va á formar
Mil variadas golosinas;
Para ella sola trabaja
La melosa abeja activa.

223.—LOS ALMUERZOS.

¡Arriba! Ya el pastelero
Vende á los niños almuerzos,
Y los gallos por doquiera
Cantan que la luz ha vuelto.

FIN DEL LIBRO XIV.

EPIGRAMAS ATRIBUIDOS Á MARCIAL.

1.—ACERCA DE LA MEDIANÍA.

No quiero que la fortuna
Me ponga en el primer puesto,
Ni en el último tampoco,
Pero sí en un justo medio.
Los grandes son envidiados
Y ultrajados los pequeños.
¡Dichoso el hombre que vive
Libre de estos dos extremos!

2.—Á ESCÉVOLA.

Comes en casa de todos,
Y nadie come en tu casa:
Bebes botellas ajenas,
Mas nadie las tuyas vácia:
Paga en la misma moneda,
Ó á invitaciones no vayas;
Porque tomar siempre y nunca
Devolver, es gran infamia.

3.—Á AUCTO.

Nos exiges amistad,
 Que á ninguno, Aucto, profesas;
 Nos exiges confianza,
 Y á nadie tú la dispensas;
 Nos exiges miramientos,
 É indigno de ellos te muestras:
 ¡Oh, cómo asombra que intentes
 Recibir lo que nos niegas!

4.—ACERCA DE FILO.

Filo lleva mantos; tiene
 En los dedos joyas de oro,
 Y, sin embargo, Filo es
 El más misero de todos.
 Posee clámides de púrpura,
 Mobiliario suntuoso,
 Y clientes, mas, no obstante,
 Es el más pobre de todos.
 Disfruta hermosos palacios
 De regio lujo y adornos,
 Y, sin embargo, no hay nadie
 Como él tan menesteroso.
 Filo padece hambre y sed
 En medio de su tesoro
 De piedras y copas áureas,
 Y sufre tal incomodo,
 Aunque se vista una ciclada.
 La palidez de su rostro
 Y su delgadez, acusan
 Que de hambre se vuelve loco;
 Pero bien lo disimula
 Su joyel de bolas de oro.
 El misero, como esclavo

Se vendiera por un poco
 De pan, si no lo vedara
 Su joyel de bolas de oro.
 Cuando importuna á cualquiera
 Con sus suplicantes votos,
 La seda, de que se viste
 Es causa de su desdoro.
 Por lo tanto, si no quiere
 Morir, siendo poderoso,
 Que se haga pobre, porque
 Sólo así tendrá tesoros.

5.—Á AULO.

Ni tu cuna ni belleza,
 Ni el censo de que blasonas,
 Ni tus severas costumbres
 Te valdrán una bicoca.
 Aulo, siempre serás pobre,
 Porque eres pobre persona:
 ¿Qué digo? siempre serás
 La más misera de todas.

6.—Á RÉGULO.

Dice Hermágoras que no
 Se ha de agradar á cualquiera.
 Elige en la turba, Régulo,
 Al que agradar más deseas.

7.—Á AULICO.

Tú me regalas mucho,
 Pero me temo
 Que mucho has de pedirme
 En algún tiempo.
 No me des nada,

Aulico, si me quieres
Pedir mañana.

8.—Á GERMÁNICO.

Germánico, al abogar
Gritas tan desaforado,
Que la furia de tus voces
Refleja la de tu ánimo.

9.—Á BASO.

Todo amigo ama; mas todo
El que ama no es un amigo.
Mas tú, Baso, sé por fin
Amigo de tu querido.

10.—CONTRA TURGIDO.

Tú prolongas en la noche
Tus comidas y tus cenas,
Turgido, y á cualquier hora,
Como una esponja, te llenas.
Cuando te cuidas la piel,
No es porque casarte quieras;
No, no quieres, porque dices:
Me gusta la continencia.
La continencia no es eso:
Vamos, Turgido, no mientas.
¿Quieres te diga lo que es?
Moderación y manera.

11.—CONTRA CLOE.

Lascivo Ganymede cales; te quilibet intrat;
Hippolytos etiam reddis amore graves.
Plurimus interea tibi limen servat adulter;

Exposita es cuivis: quam populare sapis!
Demophilén cuperem te dicerem, te nisi mater
Esse Chloen vellet: non sapat atque sapat.

12.—CONTRA LAIS.

Formosissima Lai feminarum,
Dum noctis pretium tibi requiro,
Magnum continuo petis talaitum:
Tanti non emo, Lai, pœnitere.

13.—CONTRA MACRINO.

Macrino, decías:
Los hongos no matan;
No obstante, fué un hongo
De tu muerte causa.

FIN.

LAS
FÁBULAS DE FEDRO

LIBERTO DE AUGUSTO

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL LATÍN

POR

D. VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA

PRÓLOGO Á LAS FÁBULAS DE FEDRO.

Fedro no pertenece por completo ni á la época de Virgilio, ni á la de Lucano, pues es un poeta de transición. Nacido en tiempo de Augusto, muerto en los comienzos del reinado de Nerón, su compendio de fábulas es el único monumento literario de tres cuartas partes de siglo, que median entre la edad de oro de la literatura latina y la de su decadencia.

Ningún crítico ni poeta de Roma, excepto Marcial (1) y Aviano (2), han mencionado á Fedro: Quintiliano no dice de él una palabra, y Séneca, más próximo á la época de Fedro, á quien debía haber leído, ó por lo menos de quien debía haber oído hablar, excita á Polibio, liberto del emperador Claudio, á escribir fábulas á manera de Esopo, género literario no ensayado aún por el genio romano (3).

Nada, por tanto, se puede saber acerca de Fedro, ni se puede escribir su biografía, sino por medio de su libro de fábulas y con versos sueltos, que nos indican su patria, su estado, sus desgracias, su dolorosa vejez, su reputación disputada, y aun esto con ayuda de la conjetura, autoridad no muy firme.

Nació Fedro en Macedonia; ignórase en qué año del

reinado de Augusto. El mismo indica con bastante precisión el lugar de su nacimiento:

Ego quem Pierio mater enixa est jago.

¿Es el monte Pierio? ¿Es un monte de la Pieria? ¿Es la Pieria tracia ó la macedónica? ¿Antes ó después de la reunión de esta provincia á la República romana?

Tales cuestiones han agitado los comentadores, pero se puede afirmar con toda seguridad que Fedro era macedónico y no tracio, y que había nacido en la Pieria macedónica.

Fué liberto del emperador Augusto, según el mismo título de sus fábulas, en el que se califica de liberto de Augusto, *Augusti liberti*; pero acerca de esto también los comentadores que convierten en montañas los granos de arena, han emborronado muchas páginas. Antes de ser liberto ha debido ser esclavo. ¿Esclavo de guerra ó de paz? De guerra, porque era extranjero. ¿Pero en qué guerra? ¿Había en días de Augusto que conquistar una Macedonia? ¿Era Fedro de la Macedonia propiamente dicha, ó de otra especial? Dificultades y por ende discusiones.

Ahora, si *libertus Augusti* se refiriese á Tiberio Augusto y no á Augusto, habría motivo para nuevo comentario. ¿Por qué Tiberio, enemigo de las letras, había de haber dado á Fedro la libertad?

Nada seguro se sabe acerca de la libertad de nuestro fabulista, ni por qué motivo fué á Roma; lo que más importa conocer es el tiempo en que vivió, lo que no ofrece ninguna dificultad. Refiriendo Fedro una anécdota en que es actor el emperador Augusto, dice:

Lo que ha pasado en mis días
Os referiré en su abono (4).

En otra parte (5) habla de las persecuciones de Seyano, y le nombra con todas sus letras.

Debemos, pues, deducir, contra la crítica más escrupu-

losa, que Fedro es joven en tiempo de Augusto; hombre maduro en días de Seyano, y que será viejo bajo Claudio, porque sus dos últimos libros están dedicados á Particulón y á Fileto, dos libertos de este príncipe.

¿Qué persecución sufrió Fedro por parte de Seyano, *acusador, testigo y juez*, según el procedimiento de entonces? ¿Qué éxito tuvo? ¿Cuáles son los males tan grandes de que habla? ¿La prisión? ¿La confiscación? ¿Un destierro temporal? Se ignora, á pesar de la balumba de comentarios. Fedro indica con bastante claridad la causa de esta persecución en el párrafo en que habla del origen de la fábula esópica, y del cuidado que tomó, bajo el velo de la ficción, de defenderse de calumniosas interpretaciones (6). En otro lugar (7) confiesa que es difícil contenerse cuando el hombre se siente oprimido por la insolencia de los malvados. De donde debemos deducir que á Fedro le gustaba dirigir alusiones satíricas á los vicios de los poderosos, y que Seyano se vengó brutalmente de algún epigrama demasiado transparente.

Dos fábulas se consideran como dirigidas contra Seyano y Tiberio: *El Sol y las Ranas* del lib. I, y *Las Ranas pidiendo rey*, del mismo libro. Alude la primera al ambicioso matrimonio que intentó Seyano con Livia, hija de Germánico, y casada primero con Cayo, nieto de Augusto, y luego con Druso, hijo de Tiberio; proyecto que había excitado el odio de los patricios, y aminorado ante el Emperador la influencia de su favorito. En esta alusión, verdadera ó falsa, el sol, desecando todos los lagos, sería Seyano agotando todas las fortunas de Roma; las ranas serían todas las familias de Roma; Júpiter, sería Tiberio. Además de poder ser el sol, podía también Seyano ser el ladrón vecino de Esopo, que motivó esta fábula, en cuyo caso había razón para incomodarse, aunque no para castigar á su autor. Pero entonces, cuando el silencio se vengaba con la muerte, no era raro vengarse de una alusión con la tortura ó la cárcel.

En la fábula *Las Ranas pidiendo rey*, la vigueta sobre la que al principio salta la croante turba para ensuciarla después, sería Tiberio retirado en Caprea, lejos de los negocios, que abandonaba á la funesta actividad de Seyano. « Tanto así, dice Tácito, hablando de este retiro obstinado de Tiberio en la escueta roca de Caprea, que se hicieron denigrantes burlas acerca de su ociosidad », y Fulcinio Trío, uno de aquellos delatores desvergonzados, de quienes se libraba Tiberio, después de haber agotado toda su bajeza, le calificaba en su testamento de « viejo imbecil, cuyo interminable retiro era un destierro » (8).

Hay más: Tiberio, representado al principio en un leño, sería, poco después, la serpiente que Júpiter envía á las ranas para triturarlas. Esta doble alusión comprenderá á la vez los momentos de letargia de Tiberio y sus terribles explosiones de crueldad. Con estas dos piezas justificativas, verdaderos cuerpos del delito, aun en tiempos menos peligrosos y de justicia menos preventiva, Seyano hubiera corroborado la injuria hecha al ministro con el ataque al Emperador, y hubiera acusado á Fedro de *crimen* de lesa majestad, crimen que los poetas cometen más á menudo con vulgares lisonjas, que con alusiones valerosas: además hubiera depuesto contra él como testigo y le hubiera condenado como juez, de cuya sentencia tuvo Fedro el valor de quejarse. Pero es lástima que toda esta historia no descansa más que en dos versos lacónicos, que refieren el juicio sin sus considerandos, y la condena, sin indicar el castigo; y que ningún escritor de los reinados siguientes haya mencionado este hecho tan honroso para Fedro y tan raro en la historia de los poetas, cuando han elogiado á otros héroes de la pluma condenados á morir por haber alabado á muertos. Lo cierto es que debemos suponer que Fedro ha sido maltratado por sus alusiones contra Tiberio y Seyano, y admitir lo que se disputa, hasta no poseer pruebas más fehacientes.

Además tuvo el poeta otros enemigos, pues se queja de nuevas persecuciones que turbaron su vejez bajo los reinados de Calígula y Claudio; pero sus nombres no se encuentran en sus fábulas. Es de suponer, ó que sus alusiones eran muy discretas, ó que los dardos que nos parecen dirigidos contra vicios generales y de todos los tiempos, herían á personajes contemporáneos, ó, en fin, que Fedro refrenaba más su pluma que su lengua. En el Epílogo del lib. III, dice á Eutico:

Mientras me durare el seso
Tendre presente un refrán
Que lei en mi albor primero,
A saber: *Oh! gran peligro
Corre el misero plebeyo,
Si se atreviere, ante el público,
A proferir sus lamentos.*

Y un poco antes le dice:

¿Que quién son mis enemigos?
Descubrirálos el tiempo.

Este Eutico era, al parecer, patrono de Fedro, y además juez en un proceso formado á Fedro. ¿ Por qué? Se dice inocente. Pero ¿ de qué? Y pide á Eutico todo el favor compatible con su cargo. Mas todo este asunto ha quedado y quedará siempre obscuro. Lo que parece muy posible es que Fedro exagerase sus enemigos políticos, como exageraba sus enemigos literarios, á aquéllos por el recuerdo de Seyano, y á éstos por su excesiva vanidad, de que luego nos ocuparemos.

El crítico más sagaz se cansaría en vano buscando en las fábulas de Fedro las costumbres de sus contemporáneos. Dos clases de moralidades hay en la colección de sus fábulas: una que se aplica á ciertos vicios ó extravíos del hombre, comunes á todos los estados de la sociedad, y que, por consiguiente, podían ser tan ciertos en el tiempo en que vivía Fedro como en otro cualquiera.

Estas no han podido perjudicarle ni en su libertad ni en sus bienes, á no suponer que verdades ciertas en todo tiempo y lugar, y aplicables á todos los hombres, pudiesen tener, en días de Fedro, alguna aplicación brillante en la persona de gentes muy en boga, y que con cualquier pretexto publicase Fedro una fábula para que no se perdiese la lección, y sobre todo fuese más fuerte y más amarga hallándose más próxima al suceso. Pero tal suposición daría á Fedro inmensa importancia, que ni ha tenido ni podido tener; porque ¿cómo explicar que fabulista tan austero, tan vigilante de la moral á tanto riesgo; que un poeta tan mezclado con los hombres y negocios de su tiempo, hubiese permanecido profundamente ignorado, hasta el extremo de que no se acuerde de él ninguna historia política ó literaria de su época?

La segunda clase de moralidades puede aplicarse más directamente á sucesos ó á vicios contemporáneos del poeta, y hay algunas fábulas que debían ser alusiones transparentes.

En días de Fedro, y después, veíase á hombres enriquecidos por la confiscación bajo un emperador, devolver, bajo otro, los bienes confiscados, y los de que eran dueños, con la vida además ó la libertad, como intereses de las sumas recibidas. Bajo Tiberio, muchos hombres engrasados por Seyano con los despojos de sus enemigos, fueron entregados después por el mismo Seyano á Tiberio, que codiciaba sus bienes y su vida. Los delatores y los grandes se arrojaban sobre aquellos despojos; gentes estúpidas como las sanguijuelas, que no ven que morirán chupando la sangre ajena. El sabio, por el contrario, temía tocarlos, previendo el mañana, y porque veía todos los días que acababan miserablemente aquellos propietarios hechos por el emperador ó su ministro, los cuales no tenían más que un derecho de posesión precario, otorgado y revocado por el favor, cuando las arcas del primer ministro se hallaban vacías, ó convenía al príncipe comprar nuevas amistades con los restos de

otras usadas ó demasiado comprometedoras para poder ser útiles. La fábula *Un Hombre y un Asno* (9) es una alusión enérgica á estas fortunas peligrosas, creadas y destruidas por el mismo sople: Fedro la ha inventado, como casi todas sus mejores, y Tácito no ha escrito nada tan sencillo ni vigoroso. Tal fábula se eleva á la grandeza de la historia, y sus alusiones transparentes debían calmar la codicia de quienes quisieran comer la cebada del inmolado puerco.

La fábula *Unos machos y unos ladrones* (10) puede considerarse como corolario de la anterior, y no es menos sensata, y está escrita en estilo tan enérgico como la precedente.

Habiendo presenciado Fedro dos ó tres cambios de gobierno, debió convencerse de lo poco que ganan las masas populares al cambiar de amos. La plebe se moría de hambre en la Roma imperial como en la republicana, con la diferencia que ésta daba al populacho derechos de sufragio en vez de pan; aquélla le propuso cambiar por pan y por juegos su derecho de sufragio, y la plebe aceptó el cambio. Se le dispensaba la caridad como á un mendigo; pero siendo la caridad, no hija de Dios como en el cristianismo, sino del capricho, especialmente en la decrepitud del paganismo, el mendigo se halló á menudo sin pan y sin derechos. La fábula *Un Asno muy sesudo* (11) es la historia de los pobres bajo todo gobierno.

Otra fábula (12) denota gran experiencia de la actitud y sentimientos de los aduladores.—Los magnates de Atenas se apresuran á hacer la corte á Demetrio de Falera, tirano de su patria:

Besan la mano opresora,
Aunque gimiendo en secreto
Por su miserable suerte.
Y, finalmente, hasta aquellos
Que nada significaban
Y que pasaban el tiempo
Ociosos, vienen después

De los demás, y rastreros
 A las plantas del tirano
 Se arrojan pronto, temiendo
 Ser acusados por no
 Tributarle tal respeto.

Los trozos citados no son solamente alusiones, sino historia contemporánea, y hay otras más en las fábulas de Fedro, pero de aplicación menos directa y que honran menos al valeroso poeta, que expió con tan grandes males, *tantis malis*, como dice á Eutico, su imprudente franqueza. Pero no debemos exagerar su valor, que no era de resistencia continua, ni acusaba un varón magnánimo. Tanto lamenta su franqueza, tan bien demuestra el peligro á que se expone, que se podría creer que sus protestas no son más que indiscreciones, y que tenía mucho miedo á lo que había dicho. Ciertamente que en tales indiscreciones solamente incurren gentes honradas, y por ende al apreciar en su justo valor á Fedro no intentamos despreciarle. Le ha quedado, al parecer, de su querrela con Seyano, una especie de temblor que á veces es poco filosófico. Nuestro poeta era un literato poco avezado á la lucha, insistiendo en hacer creer que no alude á nadie (13), aunque algunas veces falte á su deseo; pero de hecho, más preocupado de limar sus versos que de combatir á otros más fuertes que él, y mucho más ganoso de vencer á Esopo, que de hacer frente á Seyano.

Hombre honrado, talento serio y decoroso, tenía la vivacidad del primer movimiento, que impele á decir más de lo que se quisiera; pero pasada tal vivacidad, se espantaba de su atrevimiento, y sin desaprobando sus dichos, los sostenía poco y pedía excusas, no aplausos. Repetimos que era poeta valeroso, porque valor se necesita hasta para no ser más que indiscreto; aun de más alientos que aquellos que, teniendo odios más vigorosos, los tenían más prudentes, y que protestaban más á menudo, pero *sotto voce*; hombre virtuoso, pero tímido, poco apasionado, que más gusta del bien, que aborrece á los malva-

dos, y que se admira de haberse enojado con los hombres, cuando sólo pensaba en hacer inofensivas reservas en pro de la virtud: tal era Fedro el fabulista.

La principal mira de Fedro fué siempre la reputación literaria. Pocos poetas han amado más la gloria, y con gusto hubiera sufrido la muerte de Sócrates á cambio de su fama (14). Pocos también han tenido más vanidad. El nombre de Esopo le perturbaba mucho. Le elevaba ó rebajaba según necesitaba apoyarse en él para aumentar su crédito, ó confiaba lo bastante en sí para atreverse á prescindir de él. A los que demostraban dudas acerca de la inmensa importancia de sus fábulas, oponía el nombre de Esopo y la gloria del apólogo que le debe Grecia; ante los que le alentaban y elogiaban, prescindía de aquel nombre y aquella gloria, diciendo atrevidamente que había inventado más que Esopo (15) y reduciendo á nada lo que había tomado de él. En una parte no es más que un artista (16) que perfecciona lo que ha inventado Esopo (17); en otra es más que su continuador, no se atreve á decir su maestro; no ha tomado de Esopo más que su género para aplicarle á nuevos asuntos (18). Casi tiene deseos de hablar mal de él, pero no se atreve. ¿Qué se diría de un poeta latino que negase que imita á los Griegos?

Al parecer, no ha habido literato más acosado de envidiosos que Fedro. Pero ¿no habrá exagerado el número de sus envidiosos, como ha exagerado el de sus enemigos políticos? Es muy verosímil. Por lo demás, á éstos opone el poeta cierta resignación filosófica; á aquéllos su imperturbable certidumbre de pasar á la posteridad, que además promete á sus amigos (19). Si sus coetáneos le desdennan, ¿qué importa? Los siglos futuros le reintegrarán (20). Se le debe gloria solemne, porque ha pasado por la tierra para recoger una inmensa (21). Abunda en la noble confianza de los poetas del siglo de Augusto; pero no arde, como éstos, de viva admiración por los modelos, ni le acosa el temor de haberse quedado

inferior á ellos. Horacio y Virgilio confiesan paladinamente que han imitado á los Griegos, *noche y día hojeados*; creen en la gloria, no tanto confiados en sus propias fuerzas, sino porque les parece que han resentido las obras maestras de sus modelos, y que han sido sus más inteligentes imitadores; y no se prometen *gloria solenne*, como dice Fedro, sino otra más modesta. Respecto á vanidad, Fedro no pertenece ya al siglo de Augusto, sino al de la decadencia, donde se hallan las vanidades más monstruosas.

Al parecer se le molestaba acerca de la poca importancia de su género; á lo que responde colocando las fábulas al nivel de todos los géneros y presentando un modelo de tragedia, con lo que tira á indicar con bastante claridad que podría elevarse á la poesía épica ó heroica, si quisiese, aunque no lo prueba (22).

Entre tales preocupaciones é inquietudes, y disputando su reposo y su libertad á sus enemigos políticos, y su reputación á sus enemigos literarios, llegó Fedro á edad avanzada, y al parecer sin enfermedad alguna. Sin pruebas auténticas, se podría concluir de su excesiva vanidad, ó que se ocuparon mucho de él en su tiempo, ó que nadie habló de él; porque la vanidad de los autores despreciados es tan grande como la de los en moda. Pero no se puede creer que Fedro haya sido un poeta ignorado; no hubiese hablado tanto de sus envidiosos á Particulón y á Fileto, libertos de Claudio, y primeros personajes del palacio después del Emperador, si éstos no hubiesen conocido y visto algo. Tampoco se puede creer que tuviese mucha fama, porque un poeta que tanto espera de la posteridad probablemente está poco mimado de sus contemporáneos. Lo cierto es que Fedro mereció sus envidiosos, y no tuvo todos los admiradores que debía tener; é hizo bien en esperar en la posteridad, porque es uno de los pocos autores antiguos que todavía se leen y de cabo á rabo.

¿En qué año murió? No teniendo dato alguno posi-

tivo, debemos suponer que, ya muy viejo, murió en los comienzos del reinado de Nerón, y así le evitaremos el doble pesar de ver crímenes inauditos y glorias poéticas nuevas.

Fedro, contemporáneo de Augusto, educado en las letras griegas bajo la influencia fecunda que inspiraba á Horacio, Virgilio, Tibulo y otros, vino á encontrarse en una época en que todos los puestos estaban tomados, todos los géneros tratados, y con un representante casi oficial en Roma, traductor de genio, ó por lo menos de talento. Comprendiendo, pues, el género de literatura de que se podía dotar á Roma, la fábula, que nadie había tocado, se apoderó de ella, eligiéndola más por gusto de literato que por instinto de fabulista. Era la única migaja que quedaba de la mesa de los Griegos, y la recogió, no pudiendo hacer heroídas ó elegías, de que se habían apoderado otros poetas de alto vuelo. ¿Por qué es fabulista y no elegiaco? Él mismo nos lo dice en el epílogo del libro II.

Que si la Italia
A mis trabajos
Favoreciese,
Tendrá otros tantos
Que poner frente
A egregios áticos.

Pero tal producto no agradó á Roma, que no tenía deseos de segundo Esopo. Fedro, al presentarse como tal, no obtuvo más que comparaciones humillantes, y hasta disgustos reales y aun más imaginarios.

Hasta que quiso
Su sino malo
Avergonzarse
De tal agravio (23).

Tal reparación solamente se cumplió después de quince siglos. Habiendo unos protestantes saqueado la biblioteca de una abadía católica en 1562, el prior pudo salvar

del favor de los bandidos algunos manuscritos preciosos, entre ellos el de Fedro. Francisco Pithou compró ó recibió del prior como regalo el valioso manuscrito, y se lo dió á su hermano Pedro Pithou, que salvó á Fedro del olvido en que para siempre se hubiera hundido si á los salteadores de la abadía se les hubiese ocurrido calentarse con la biblioteca (24).

Fedro no tenía el genio del apólogo, que consiste en la imaginación y en una gran delicadeza bajo una extrema sencillez. Pero á Fedro le falta imaginación, y en vez de unir la finura á la sencillez, es, ó delicado sin ser sencillo, ó sencillo sin ser fino. No es un genio naturalmente cerrado y enigmático, como Esopo, sino un literato que artificialmente se rodea de sombras, y encuentra alguna vez un enigma, al buscar un apólogo. Su sencillez es involuntaria, y podría llamarse falta de talento. Cuando la busca, descubre el esfuerzo más en las palabras que en las cosas. Esopo es el fabulista; Fedro el literato fabulista: en Esopo la sencillez oculta la delicadeza, arma defensiva que maneja admirablemente, y si acaso llega á desagradar, quiere que se diga: «¡Oh, no tiene malicia!» Pero Fedro es sencillo en el sentido de ingenuo, porque no se pueden calificar más que de ingenuidades ciertas fábulas de una moral demasiado indecisa y de un argumento muy pueril (25). Tampoco se hallan en ellas la observación exacta de las costumbres de los animales, ni se ven sus movimientos, su fisonomía, sus hábitos, pues sólo aparecen como personajes filosóficos en forma de bestias. Se conoce que no los ha contemplado nunca, y que calca sus trabajos en el modelo del apólogo griego. No los ama, ni conoce sus costumbres, ni ha hecho de ellos los amigos de su soledad. Además, aunque muy hábil en la descripción, jamás los describe; los indica y á veces con tal vaguedad que no se sabe si se trata de hombres ó de animales. Ni siquiera es siempre muy exacto en sus caracteres generales; atribuye al uno un papel que convendría más al otro, según

sus instintos. De aquí el poco interés que inspiran los personajes de sus fábulas: la imaginación no los descubre, ni puede hacer seres vivos de bosquejos tan borrosos; solamente agrada en ellos su cualidad de hombre.

Fedro carece de la imaginación, que inventa y que halla asuntos; que para cada moralidad sugiere al poeta cuadros felices y personajes vivientes, aunque tiene mucho de la especie de ciencia que la suple. Esopo no tiene los conocimientos de Fedro, pero tiene imaginación, de que éste carece. En sus fabulillas, tan cortas, tan desnudas, el asunto se ajusta siempre á la moralidad, y la moralidad al asunto, y los animales son tan verdaderos como animales y como hombres, que nada más se desea. Parece que el pensamiento de Esopo y su fábula han salido simultáneamente de su cerebro; que su cabeza está henchida de bestias ruminantes, balantes, mugientes, relinchantes, croantes, rugientes, en lugar de estar poblada de metáforas é imágenes, como otras cabezas dotadas de otra clase de imaginación. Fedro, primero filósofo, luego fabulista, concibe al principio una abstracción de moral, un aforismo; y después, ya se aplique á todos los tiempos, ya contenga una alusión á su siglo, busca su apólogo, lo ensaya y rechaza muchos antes de elegir; en una palabra, procede en literatura por crítica y por eliminación, y sus invenciones, aun las más ingeniosas, revelan trabajo y largas vigiliass; no se halla en él el hábito tan natural en Esopo, de dirigirlo todo al apólogo, de pensar por medio de animales, como otros piensan por medio de abstracciones. El talento de Fedro es un talento fácil, inteligente, propio para toda especie de trabajo literario; que se ha dirigido al apólogo, no por instinto, sino porque habiéndose tratado poco el género, creyó más fácil conquistarse con él un nombre.

Pero si tiene poca imaginación de fabulista, posee todos los secretos del arte y del estudio, que la suplen. Dispone hábilmente sus personajes; sabe hacerles hablar oportuna y mesuradamente; entiende bien el diálogo; su

réplica es breve y feliz; suple al calor por la conveniencia; á la invención por el gusto; si no tiene todo lo preciso, nada por lo menos abunda de superfluo; si interesa poco, no choca; si no sabe hacer sonreír al espíritu por medio de escenas animadas y costumbres picantes, no le disgusta con vulgaridades ni costumbres forzadas. Es un poeta grave que se ha esponjado, creyéndose un chistoso que *divierte el ánimo* (26); también es algunas veces cómico, pero nunca alegre. Sus versos dejan al lector en aquel estado dulce, tranquilo, sin arrebatos, pero sin enojo, único que pueden pretender los mejores escritores de segundo orden, dotados en gran modo de ciencia, gusto, mesura, armonía y estilo, pero desprovistos de genio. Además, prueba que Fedro no se siente á gusto en la fábula el afán que tiene en contar historietas, que á la vez le proporcionaban asuntos, personajes y moralidad.

El estilo de Fedro es sabio y agradable, y tan claro, que no ha sido superado por ningún escritor latino; severo, y sin embargo fácil; trabajado, pero sencillo, realizando admirablemente el precepto de hacer difícilmente versos fáciles. Raras son las imágenes, y por lo mismo más notables; Fedro las emplea con sobriedad, como escritor más sencillo que brillante, que al principio no tiene que defenderse de su abundancia, y que, además, sabe que, aun cuando proceden naturalmente de gran riqueza de genio, se les da más valor prodigándolas menos. Las metáforas también son raras y justas. Su brevedad tan elogiada, es grave, pero no seca, y aleja de su discurso lo que lo prolonga sin ilustrarlo. Fedro tiene el epíteto feliz, variado, sustancial; sus descripciones son á menudo de un solo verso, ó de dos; las más largas de tres; pero no se podría decir más en menos palabras, y esta concisión, aunque sabia, no es violenta. Sus versos no están rellenos, si así puede decirse, como algunos de Persio, donde las palabras, por contener muchas cosas, estallan y dejan escapar el sentido por todas partes. Tal exceso

de brevedad produce la vaguedad; quien quiere decir mucho á la vez, nada dice.

El estilo de Fedro, aunque conciso, severo en la propiedad de las palabras, sobrio de epítetos, tiene, no obstante, variedad; es rico, aunque muy exacto, y tal riqueza no perjudica ni á la lengua ni al buen sentido; es sencillo, pero no vulgar; descúbrese en él el mérito de la dificultad vencida, las delicadezas de la elección, los escrúpulos del gusto, al par que una vena feliz; da idea de lo que puede el hombre de talento ayudado del trabajo, y que desea conquistar nombre por vías difíciles; muy diferente de aquellos estilos de vagabundo que huyen del trabajo y de las penas de la elección, y que prueban ó un feliz instinto adulterado por la moda, ó una vocación mediocre, que quiere llamar la atención por medio del escándalo de sus defectos.

Hase comparado el estilo de Fedro con el de Terencio; y además del parecido en la medida y la armonía entre los yambos de los dos poetas, existen pruebas de que el fabulista había estudiado profundamente el estilo del poeta cómico. Concisión, variedad, elegancia son propias de Fedro como de Terencio, pero en éste en mayor grado y con un dulce calor que falta al fabulista.

En verdad Fedro nada ha añadido á la lengua latina; ha usado de lo que en ella ya existía, y cuando le ha impuesto un giro de su cosecha, ha consultado á los maestros, é interrogado las analogías; ha escrito admirablemente, pero en un lenguaje más estudiado que original. Se acuerda más que imagina; recibe la lengua, no la crea. Sea lo que fuere, Fedro es uno de los más raros ejemplos de lo que el estudio inteligente de una gran literatura puede comunicar de fuerte y de extenso á una leve inspiración poética. Todas las cualidades de Fedro, naturales ó adquiridas, no equivaldrán nunca á un poco de genio; pero, en detalle, se encontrarán en él cosas tan profundas y sustanciales como en los genios más hermosos (27).

LIBRO PRIMERO.

PRÓLOGO.

Apliqué la lima
En verso senario (1)
A aquella materia (2)
Que había inventado
El autor Esopo (3).
El libro dotado
Se halla de dos dotes:
Divertir el ánimo,
Y dar á la vida
Consejos muy sanos.
Mas si alguien quisiere
Censurar osado
El que aquí introduzca
A bestias hablando
Y también los árboles,
Recuerde buscarlos
Con estas ficciones (4)
Diversión al ánimo.

FÁBULA PRIMERA.

Al que quiere hacer daño, nunca faltan pretextos.

EL LOBO Y EL CORDERO.

Un lobo y un corderuelo,
 Acosados de la sed,
 Habían á un mismo arroyo
 Llegado para beber;
 El lobo estaba agua arriba,
 Y el cordero lejos de él.
 Entonces el rapaz lobo,
 Movido de hambre cruel,
 Urdió el siguiente pretexto
 De riña. Dicele: «¿A qué
 El agua me has enturbiado
 Cuando mataba la sed?»
 El cordero le contesta,
 Temblando á más no poder:
 «¿Cómo, te suplico, lobo,
 He podido yo eso hacer?
 El agua viene corriendo
 De donde te hallas hasta el
 Lugar en que bebo.» El lobo,
 Vencido por el poder
 De tal razón, le contesta:
 «Pues hace seis meses que
 Has murmurado de mí.
 —En verdad, no puede ser,
 Que entonces yo no naciera.

—Pues entonces, por mi fe,
 Tu padre fué el insolente»,
 Dijo el lobo; y sin más ver,
 Cogiéndole arrebatado
 Le despedaza cruel.

Esta fábula se ha escrito
 Para aquellos hombres que,
 Con fantásticos pretextos,
 Oprimen la candidez.

FÁBULA II.

Del mal el menos.

LAS RANAS PIDIENDO REY.

Floreciendo Atenas
 Por sus leyes justas (5),
 Libertad osada
 La ciudad perturba,
 Y el antiguo freno
 Rompen disolutas
 Costumbres. Por esto,
 Divisas las turbas
 En varias pandillas,
 El castillo ocupa
 Tirano Pisistrato (6).
 Su triste coyunda
 Los Aticos lloran
 Con lágrimas muchas,
 No porque el tirano
 Sea de muy dura
 Condición, mas porque
 Molesta é importuna
 Toda carga, á quienes
 Libertad disfrutan.
 Exhalan sus quejas
 Con gran iracundia,
 Y Esopo esta fábula
 Les contó, oportuna:
 Las ranas vagueaban

Libres por lagunas;
 A Júpiter piden,
 Con gran baraúnda,
 Un rey que refrene
 Sus costumbres pútridas.
 Sonrióse el Tonante,
 Y les dió menuda
 Vigüeta, que súbito,
 Cayendo con mucha
 Rapidez y estrépito,
 Aterra á la turba.
 Como esta vigüeta,
 Por muy larga dura
 Se hallase clavada
 En ciénaga inmunda,
 Una de las ranas
 Sacó por fortuna
 La sien, poco á poco,
 De aquella laguna,
 Y al rey observando,
 Ladina y astuta,
 A sus compañeras
 Les dice que acudan.
 Las ranas, sin miedo,
 Se acercan con mucha
 Porfia nadando,
 Y la osada chusma
 Sobre el leño salta;
 Después que le inunda
 De mil inmundicias,
 Mandan nuevas súplicas
 De otro rey á Jove,
 Diciendo que es mucha,
 Del que antes les diera,
 La torpeza é incuria.
 Envióles entonces
 Serpiente muy dura,

Que empezó á morderlas
 Con rabiosa furia.
 En vano las miserables
 Emprenden la fuga
 Huyendo la muerte;
 El miedo las turba
 La voz. A Mercurio (7)
 Por tanto diputan
 En secreto, para
 Que Jove dé ayuda
 A las afligidas.
 «¡Oh! no: eso nunca,
 El dios les contesta;
 Vosotras, tozudas,
 El bien repugnasteis;
 Sufrid, pues, las duras
 Desgracias y penas
 Que ahora os torturan.»
 «También, ciudadanos,
 Esopo en voz última
 Dijo, con paciencia
 Sufrid las angustias,
 No sea que os lluevan
 Mayores penurias.»

FÁBULA III.

Contentate con tu suerte.

EL GRAJO SOBERBIO Y EL PAVO REAL.

Para que nadie
 Tenga el antojo
 De lucir cosas
 Que son del prójimo,
 Y vivir cuide
 De su haber propio,
 Este ejemplito
 Propuso Esopo:
 Un grajo hinchado (8)
 De orgullo loco,
 Cogió las plumas
 De pavo hermoso,
 Y de ellas hizo
 ¡Necio! su adorno.
 Luego á los suyos
 Ve desdeñoso,
 Y en la grey bella
 Metióse orondo.
 Los pavos reales
 Acosan torvos
 Al imprudente,
 Y las del robo
 Plumas le arrancan,
 Y alejan pronto
 A picotazos.

El grajo estólido,
 Muy mal herido,
 Vuelve á su propio
 Gremio muy triste;
 Llenos de enojo
 Los de su especie,
 Huyen del tonto,
 Que sufrir tuvo
 Grave desdoro.
 Entonces uno
 De los que, en otro
 Tiempo, mirara
 Con desdén loco,
 Así le dijo:
 « Si entre nosotros
 Vivido hubieras,
 Y con lo poco
 Que dió natura,
 Aquel oprobio
 No sufrirías,
 Y ni tampoco,
 En tu ansia aguda,
 Nuestro sonrojo. »

FABULA IV.

Quien todo lo quiere, todo lo pierde.

EL PERRO NADANDO CON UN PEDAZO DE CARNE.

Un perro, llevando á nado
 Por el río una tajada
 De carne, vió que su imagen
 Se reflejaba en las aguas;
 Y, pensando que otro can
 Nueva presa se llevaba,
 Arrebatársela quiso;
 Mas ¡oh codicia engañada!
 ¡Soltó la presa que había,
 Y no logró la que ansiaba!

FABULA V.

No te acompañes del poderoso.

UNA VACA, UNA CABRA, UNA OVEJA Y UN LEÓN.

Nunca es fiel la compañía
 Del poderoso: esta fábula
 Breve mi aserto confirma.
 Una vaca y una cabra,
 Y una oveja muy paciente,
 Se encontraron en compañía
 De un león en una selva.
 Como entre todos cazaran
 Un gran ciervo, hechas las partes,
 El león estas palabras
 Les dijo: « A mi la primera
 Parte daréis, pues me llaman
 León; también la segunda,
 Porque soy de más pujanza.
 Respecto á la tercer parte,
 A mí se vendrá rodada,
 Y muy mal lo pasará
 Quien se atreviere á la cuarta.»
 De este modo la violencia
 Se alzó con toda la caza.

FABULA VI.

De mal padre malos hijos.

LAS RANAS CONTRA EL SOL.

Las célebres bodas
 De un ladrón vecino
 Vió Esopo, y al punto
 Contó el cuentecillo
 Siguiente: Otro tiempo,
 —Era tiempo antiguo—
 El sol pretendía
 Casarse, y el grito
 Las ranas alzaron
 Hasta el cielo mismo.
 Soberano Júpiter,
 Del clamor movido,
 De tal baraúnda
 Pregunta el motivo.
 Una rana entonces
 A Jove así dijo:
 «Si el sol, siendo ahora
 Único, exclusivo,
 Abrasa y deseca
 Lagunas y ríos,
 Y á nosotras, miseras,
 Nos condena, impío,
 A muerte horrorosa
 En seco retiro,
 ¿Qué sucedería
 Si llega á haber hijos?»

FABULA VII.

Los honores no honran á los necios.

UNA ZORRA Á UNA MÁSCARA.

Por acaso
A una máscara
Vió la zorra,
Y así clama:
«¡Bello rostro,
Mas le falta
Grave seso!»
Esto habla
Con personas
Que voltaria
La fortuna
Da honra y fama:
Mas de juicio
Ni migaja.

FABULA VIII.

Es peligroso hacer bien á los malos.

EL LOBO Y LA GRULLA.

Yerra por dos modos
El que á los perversos
Sirve, y recompensa
Quiere obtener de ellos,
Ya por dar ayuda
A los que no han méritos,
Ya porque no puede
Librarse sin riesgo.
Un lobo en las fauces
A través un hueso,
Que engullera, habia:
Rendido al tormento,
Hace mil ofertas
A todos, pidiendo
Que le extraigan pronto
El maldito hueso.
Al cabo la grulla
Rindióse á sus ruegos,
Fiada ¡qué crédula!
En su juramento.
Del lobo en las fauces
Mete el largo cuello,
Y al punto le cura
Con muy grave riesgo.
Mas como pudiese

El tratado precio:
 «Eres una ingrata,
 La dijo el perverso,
 Pues has de mi boca
 Sacado el pescuezo
 Sin daño ninguno,
 Y aun me pides premio.»

FABULA IX.

No insultes al afligido.

UN GORRIÓN Y UNA LIEBRE.

En ligeros versos
 Vamos á mostrar,
 Que es grave torpeza
 Por sí no mirar,
 Y nuestros consejos
 Dar á los demás.
 Una pobre liebre,
 De águila rapaz
 Presa, deploraba
 Su suerte fatal,
 Recibiendo insultos
 De gorrión procaz.
 «¿Do está, le decía,
 Tu rápido andar
 De todos tan noto?
 ¿Por qué no andas ya?»
 Mientras así habla,
 Fiero gavilán
 Le coge al descuido,
 Y muerte le da,
 Sin que le sirviera
 Su agudo chillar.
 La liebre ya exánime
 Por se consolar

De su muerte, dijo:
 «¡Oh tú, que poco ha
 Seguro reías
 De mi grave afan!
 ¿Ves cuán presto ayeas,
 Como yo, en tu mal?»

FABULA X.

Al mentiroso nadie le creer, aun cuando diga la verdad.

UN LOBO Y UNA ZORRA, SIENDO JUEZ UN MONO.

A aquel que cogido
 Ha sido una vez
 En mentira clara,
 No se le da fe,
 Aun cuando verdades
 Dijere á granel.
 De Esopo esta fábula
 Lo demuestra fiel.
 Un lobo acusaba
 A zorra de que
 Le hurtara una cosa:
 Negaba ella ser
 Capaz de tal crimen:
 Un mono fué el juez.
 Habiendo las partes
 Defendido el
 Derecho que habían,
 Se refiere que
 Sentenció el mono,
 Como se va á ver:
 «Oh lobo, no consta
 De que tú perder
 Pudieras, cual pides:
 Y creo también
 Que, oh zorra, tú has sido
 Ladrona, pardiéz,
 De aquello que astuta
 Niegas poseer.»

FABULA XI.

Cobarde y fanfarrón, digno de risa.

UN BORRICO Y UN LEÓN CAZANDO.

El cobarde fanfarrón
 Deslumbra siempre á los que
 No le conocen, y es befa
 De los que saben quién es.
 En compañía de un asnillo
 Queriendo león cruel
 Cazar, le oculta entre matas,
 Y le previene á la vez
 Que lance fuerte rebuzno,
 Para el espanto poner
 En las fieras, y al encuentro,
 Al huir, salirles él.
 El orejudo de súbito
 Rebuzna á más no poder,
 Y con estruendo tan nuevo
 Asusta á las bestias, que,
 Por veredas conocidas
 Huyendo con timidez,
 En garras y horrendo impetu
 Del león van á caer.
 Este, después de cansado
 De tanta sangre verter,
 Llama al jumento y le ordena
 Que callarse tenga á bien.
 Entonces él, engreído,

Le dice: «¿Qué te parez
 Del socorro de mi voz?
 —Muy admirable es á fe;
 Tanto, que si no supiera
 Quién eras tú y tu grey,
 Los pies en polvorosa
 Hubiese puesto también.»



FABULA XII.

Muchas veces se desprecia lo más útil.

UN CIERVO JUNTO A UNA FUENTE.

Este cuento muestra
 Que á veces objetos
 Que más se desprecian
 Son de más provecho
 Que los alabados.
 Después que hubo un ciervo
 En fuente bebido,
 Se paró contento
 Cabe ella, mirando
 Su gallardo cuerpo.
 Mientras admirado
 Alaba sus cuernos
 Ramosos, y odia
 Sus delgados remos,
 De súbito vese
 Henchido de miedo,
 Con de cazadores
 Las voces y estrépito;
 Huye por el campo,
 ¡Qué pie tan ligero!
 Dejando en su curso
 Burlados los perros.
 Métese en un bosque,
 En donde, suspenso,
 Por haber quedado

Preso por los cuernos,
 Fué despedazado
 Por los canes fieros.
 Estando ya próximo
 Al último aliento,
 Prorrumpió—lo dicen—
 En tales acentos:
 «¡Ay me! ¡desdichado!
 ¡Cuán tarde comprendo,
 Cuánto me sirviera
 Lo que en vilipendio
 Hube, y qué de daños
 Me causa mi aprecio!»

FABULA XIII.

El que te adula te vende.

UNA ZORRA Y UN CUERVO.

El que gusta
Que le aplaudan
Con de engaño
Mil palabras,
Casi siempre
Sufre y paga
Con vergüenza
Su gran falta.

Quiso un cuervo,
Que se hallaba
En alto árbol,
Saciar su ansia
En un queso
Que robara,
Colocado
En ventana.
La raposa
Le ve, y habla
De esta guisa:
«¡Qué galanas
Son tus plumas,
Y qué candidas,
Lindo cuervo!
¡Cuánta, cuánta,
La hermosura

De tu cara,
De tu cuerpo!
Si igualara
La voz tuya
Beldad tanta,
A toda ave
Superáras.»
Necio el cuervo,
Quiso gala
De su cántico
Hacer clara;
Suelta el queso
Que robara,
Y al instante
Se lo atrapa
Zorra astuta
Con sus garras,
Y al momento
Se lo traga.
Cuervo tonto
Vierte lágrimas
Comprendiendo
La añagaza.

Este caso
Nos declara
Del ingenio
La importancia,
Y que siempre
Más que airada
Fuerza, vale
La artimaña.

FABULA XIV.

Es muy falible la opinión del vulgo.

UN ZAPATERO MÉDICO.

Zapatero torpe
 De pobreza lleno,
 Habiendo empezado
 A echarlas de médico
 En lugar extraño,
 Y á vender pretensó
 Antídoto, logra
 Conseguir muy presto
 Con pomposas frases (9)
 Fama de alto precio.
 De aquella comarca
 El Rey se halló enfermo,
 Postrado con grave
 Dolencia en el lecho.
 Manda que le traigan
 Al famoso médico,
 Y á fin de saber
 Si era gran maestro,
 Pidió un vaso; echa
 Agua en él, fingiendo
 Que mezclaba tósigo
 Al contraveneno;
 Le ordena que al punto
 Lo beba, ofreciendo,
 Si así lo cumplía,

Riquísimo premio.
 El doctor entonces,
 La muerte temiendo,
 Confesó de plano
 Que se hiciera médico
 De muy grande fama,
 No por ser experto
 En la Medicina,
 Sino por creerlo
 Así el vulgo tonto.
 El Rey llama al pueblo
 Entonces, y dicele:
 «¿Qué error es el vuestro?
 ¡Cuánto de locura
 Tenéis en cerebro,
 Pues fiáis la vida
 En un zapatero,
 A quien su calzado
 Nadie encarga cuerdo?»
 Yo, en verdad, diría
 Que este breve cuento
 Habla con personas,
 Cuyo pobre seso
 Charlatán explota
 Y arranca el dinero.

FABULA XV.

Muda el pobre de dueño, pero no de condición.

UN ASNO MUY SESUDO.

De gobernantes
 En la mudanza,
 El pobre á veces
 No es el que cambia,
 Sí sólo el nombre
 Del que le manda.
 Verdad que prueba
 Siguiete fábula:
 Timido anciano
 Apacentaba
 Un borriquillo:
 Súbita alarma
 —Había guerra—
 De terror pasma
 Al pobre abuelo,
 Que al asno manda
 Que corra listo,
 Para de garras
 De los soldados
 Librar sus canas.
 Mas el borrico
 Con torpe planta
 Se mueve, y dícele:
 «Dí, por tu ánima,
 ¿Juzgas acaso

Que dos albardas
 Pondrá el triunfante
 Sobre mi espalda?
 —No, dijo el viejo.
 —Pues si eso pasa,
 Concluye el asno,
 ¿Qué más se gana
 Sirviendo á éste
 Ó á aquél que manda?
 Al fin y al cabo
 Llevaré albarda.»

FABULA XVI.

Guárdate del fiador infiel.

UNA OVEJA Y UN CIERVO.

Cuando un tramposo
 Pide prestado,
 Y da en fianza
 Otro tan malo
 Como él, no quiere
 Pagar lo dado,
 Mas sólo anhela
 Huir el pago,
 Y de la deuda
 No dar un cuarto.
 A oveja un ciervo
 Rogaba blando
 Que le prestase
 —Se hallaba escaso—
 Un celemin
 De trigo, dando
 Como garante
 De aquel contrato
 Al fiero lobo.
 Mas ella engaño
 Temiendo cauta,
 Dijo al taimado:
 «El lobo suele

Robar, y rápido
 Huir al monte;
 Tú en selva y llano
 Desapareces
 Como un relámpago.
 Llegado el término,
 ¿Dónde buscaros?»

FABULA XVII.

El calumniador al fin la paga.

UNA OVEJA, UN PERRO Y UN LOBO.

Suelen á veces
 Falsos testigos
 Pagar la pena
 De sus delitos.
 Pidiendo un perro,
 Con mal designio,
 Un pan, que hubiera
 Prestado el mismo
 A cierta oveja,
 Como testigo
 A un lobo llama,
 Que al punto dijo:
 «No uno te debe,
 Sí diez cumplidos.»
 La oveja misera,
 Por tan indigno
 Vil testimonio,
 Fué al punto mismo
 Ligada al pago
 De lo indebido.
 Pasados días,
 Y habiendo visto
 Al lobo en trampa
 Yacer prendido,
 Dice: «Este premio
 Dan los justísimos
 Dioses á infames
 Falsos testigos.»

FABULA XVIII.

Gato escaldado del agua fría huye.

UNA MUJER DE PARTO.

Nemo libenter recolit, qui læsit, locum.
 Instante partu, mulier, actis mensibus,
 Humo jacebat, febiles gemitus ciens.
 Vir est hortatus, corpus lecto reciperet,
 Onus naturæ melius quo deponeret.
 Minime, inquit, illo posse confido loco
 Malum finiri, quo conceptum est initio.

FABULA XIX.

Cierra toda entrada á los perversos.

UNA PERRA DE PARTO.

Las caricias de los malos
Tienen mucho de asechanza;
Y estos versos nos avisan
Para poder evitarlas.

Habiendo una perra, que
En horas de parto estaba,
Pedido á otra (10) permiso
Para poner la camada
En su cubil, alcanzólo
Sin reparo ni tardanza.
Después, pidiendo la otra
Que le volviese su casa,
La rogó, solicitando
Que un poco más la dejara,
Hasta que sus cachorrillos
Pudieran acompañarla.
Pasó también este plazo;
Vuelve á rogar con más ansias
Para que deje su albergue;
Pero la perra malvada
La dijo: «Si tú te atreves
Conmigo y con mi camada,
Me he de salir al momento
Del cubil, que me reclamas.»

FABULA XX.

La necesidad suele costar la vida.

UNOS PERROS HAMBRIENTOS.

Con una idea
Descabellada,
Jamás se logra
Conseguir nada,
Y á más, conduce
A su desgracia
A los incautos
De raza humana.
Algunos canes
Vieron en agua
Hundido un cuero;
Su hambre se inflama,
Y por comerle
Con más holganza,
Ya puesto en seco,
Van y con ansia
Del río intentan
Beber el agua;
Mas, reventando,
La vida lanzan,
Sin que lograsen
Lo que anhelaban.

FABULA XXI.

Al caído todos se le atreven.

UN LEÓN VIEJO, UN JABALÍ, UN TORO Y UN ASNO.

Cualquier caído
De antiguo estado
Llega á juguete
De los más malos.
Yacía en lecho
León postrado,
Ya consumido
Por muchos años:
Falto de fuerzas
Y ya expirando,
Con centellantes
Dientes insanos
Jabalí fiero
Le ataca airado,
De esta manera
Se vindicando
De cierta injuria
De luengos años.
Después un toro
Arrebatado
Taladra el cuerpo
De su adversario.
El asno, viendo
Los torpes tratos
De que, sin riesgo,

León es blanco,
La frente á coces
Le muele osado.
León entonces,
Casi expirando,
Dijo: « He sufrido
Con fiero ánimo
Las insolencias
De los más bravos;
Hora que á insultos
Me hallo obligado
De ti, el oprobio
De lo creado,
Morir dos veces (11)
Creo rabiando.»

FABULA XXII.

El bien hecho por interés propio, no se debe contar como gracia.

UNA COMADREJA Y UN HOMBRE.

Una comadreja,
Cogida en el lazo
Por un hombre, ansiaba
Poder evitarlo,
Porque ya la muerte
La estaba apretando.
Entonces le dijo:
«Te ruego que blando
Perdones mi vida,
Pues ves el cuidado
Con que, de ratones
Que te causan daño,
Limpio tu morada.
— Si para mi agrado,
Le contesta el hombre,
Lo hicieras, yo grato
Contigo sería,
Y el perdón, que tanto
Me pides, te diera;
Mas yo tu trabajo
Veo y tus afanes,
Por conseguir cuanto
De roer habían
Los molestos ratos,
Y hasta por comerlos

A ellos; por tanto,
No quieras venderme
Beneficios vanos.»
Y a questo diciendo,
Mata al bicho insano.

El cuento se apliquen
Aquellos humanos,
Que en interés propio
Trabajan, y á incautos
Venden sus servicios
Sólo imaginarios.

FABULA XXIII.

Los beneficios de los malos son sospechosos.

EL PERRO FIEL.

El que de repente
 Liberal se muestra,
 Se atrae á los necios;
 Pero en vano intenta
 Que en sus añagazas
 Caiga gente cuerda.
 Un ladrón nocturno
 Pan á un perro diera,
 Por si con tal cebo
 Ganarle pudiera.
 «¡Hola! dijo el perro,
 Si con tal merienda
 Taparme la boca,
 Malvado, tú intentas,
 Para que no ladre
 En pró de la hacienda
 De mi dueño, mucho
 Te engañas, porque esa
 Tan súbita dádiva
 Me obliga al alerta,
 Para que no robes,
 Por mi negligencia.»

FABULA XXIV.

No se las apuestes al poderoso.

UNA RANA QUE REVENTÓ Y UN BUEY.

Los pequeñuelos
 Percen, cuando
 Competir quieren
 Con los más altos.
 Vió una rana
 A un buey en prado,
 Y envidia al punto
 Le roe el ánimo,
 Tal corpulencia
 Del buey mirando.
 Por igualarle
 Infló el rugado
 Pellejo, y luego
 Dijo á sus vástagos:
 «¿Más que el buey tengo
 Hora el tamaño?»
 «No», le responden.
 Con más conato
 Vuelve á ensancharse,
 Les preguntando:
 «¿Quién mayor cuerpo
 Tiene de entre ambos?»
 Ellos dijeron:
 «El buey.» Al cabo,

Llena de cólera,
 Y mientras tanto,
 Por más hincharse,
 Que brega en vano,
 Revienta, y lanza
 Su débil ánimo (12).

FABULA XXV.

No hay red para el gavilán.

UN PERRO Y UN COCODRILO.

Los que dan buenos consejos
 A hombres cuerdos, en vano
 Trabajan, y son de befa
 Y de burlerías blanco.

Es tradición que los perros
 Cuando el Nilo van pasando,
 Beben sin pararse, porque
 Temen ser arrebatados
 De los fieros cocodrilos (13).
 Habiendo, pues, comenzado
 Un perro á beber con prisa,
 Un cocodrilo malvado
 Le habló del tenor siguiente:
 —¡Oh! bebe con calma cuanto
 Quisieres; llega y acércate;
 No, no temas que haya engaño.
 «Ciertamente así lo haría,
 El perro le dice cauto,
 Si no supiera que estás
 Por engullirme alampando.»

FABULA XXVI.

Donde las dan las toman.

UNA ZORRA Y UNA CIGÜEÑA.

A nadie se ha de hacer mal;
 Pero si alguno lo hiciere,
 Esta fábula le indica
 Que ha de sufrir igual suerte.
 Una zorra convidó
 Primero, según refieren,
 A cenar á una cigüeña,
 Y le puso solamente
 Caldo en su plato, del cual,
 Por más que así lo pretende,
 No pudo gustar ni pizca
 La hambrienta cigüeña. En breve
 Esta le ha correspondido,
 Y á la astuta zorra ofrece
 De jigote una redoma,
 En la cual su pico mete,
 Y come á satisfacción,
 En tanto que de hambre muere
 Su convidada; y como ésta
 De la vasija lamiese,
 Pero en vano, el largo cuello,
 La cigüeña de esta suerte
 Dicen que habló: «Con paciencia
 Cada cual tolerar debe
 Que se le trate como él
 Ha tratado á otros siempre.»

FABULA XXVII.

El avaro es verdugo de si mismo.

UN PERRO, UN TESORO Y UN BUITRE.

Puede este caso
 Ser conveniente
 A los avaros,
 Y á los que hubiesen
 Nacido pobres,
 Pero pretenden
 Que se les tenga
 Por rica gente.
 Buscando un perro
 Muy diligente
 Huesos humanos (14),
 Halló ¡qué suerte!
 Rico tesoro;
 Mas, porque aleve
 Faltó al respeto
 Que á muertos débese,
 Sufrió el castigo
 De que haya siempre
 Sed de riquezas,
 Para que pene
 Su sacrilegio.
 Y así el pobrete,
 Mientras del oro
 Guardián se vuelve,
 Comer olvida

Y de hambre muere.
 Dicen que un buitre
 Para comerle
 Sobre él estando:
 «Muy justamente,
 Exclamó, oh perro,
 Sufriste muerte,
 Porque tú, siendo
 Concebido entre
 Las calles públicas,
 Y estando siempre
 Entre inmundicias,
 Has, de repente,
 Querido cuanto
 Oro un rey tiene.»

FABULA XXVIII.

El grande no desprecie al pequeñuelo.

UNA ZORRA Y UNA ÁGUILA.

Aunque los hombres
 Se encuentren altos,
 Siempre haber deben
 Miedo á los bajos;
 Que la venganza
 Se halla en la mano
 De los que tienen
 Industria y ánimo.
 Rapiñó una águila,
 En otros años,
 De una raposa
 Los tiernos vástagos,
 A su alto nido
 Rauda llevándolos,
 De sus polluelos
 Para el abasto.
 La zorra siguiela
 Con gran conato,
 Y le suplica
 No cause tanto
 Dolor á madre
 Misera. Caso
 No hizo el águila,
 Porque en tan alto
 Lugar creíase

Hallarse á salvo;
 Pero la zorra,
 De altar sagrado (15),
 Cogió una tea
 É incendió el árbol
 Por todas partes,
 Así mezclando
 De su enemiga
 El dolor rábido,
 Con de sus hijos
 La pena y daño.
 Entonce el águila,
 Librar ansiando
 Sus aguiluchos
 Del desdichado
 Trance de muerte,
 Ya, y suplicando,
 Volvió á la zorra
 Sus hijos salvos.

FABULA XXIX.

Quien mal habla se expone á graves peligros.

EL ASNO BURLÁNDOSE DEL JABALÍ.

Plerumque stulti risum dum captant levem,
 Gravi distringunt alios contumelia,
 Et sibi nocivum concitant periculum.

Asellus Apro quum fuisset obvius,
 Salve, inquit, Frater. Ille indignans repudiat
 Officium, et quærit, cur sic mentiri velit?
 Asinus, demisso pene: Similem si negas
 Tibi me esse, certe simile est hoc rostro tuo.
 Aper quum vellet facere generosum impetum
 Repressit iram; et: Facilis vindicta est mihi:
 Sed inquinari nolo ignavo sanguine.

FABULA XXX.

Los males públicos recaen sobre la plebe.

UNA RANA TEMEROSA DEL COMBATE DE DOS TOROS.

Los pobres peligran
 Si contienda airada
 Mediare entre ricos.
 Mirando una rana,
 Desde su laguna,
 La lucha trabada
 De unos fuertes toros,
 Al punto así clama:
 «¡Ay! y cuánto daño,
 Qué inmensa desgracia
 Está amenazando!»
 De otra preguntada
 Por qué esto decía,
 Cuando la batalla
 Era sobre el mando
 De aquella vacada,
 Y además los toros
 Lejos se encontraban,
 Respondió: «Es cierto
 Que su dehesa se halla
 Lejos de nosotras,
 Y que son de raza
 Diferente; pero
 El vencido que haya
 Perdido el imperio

De selva y torada,
 Vendrá á los ocultos
 Senos de esta charca,
 Y habrá de aplastarnos
 Con su grave planta;
 Por eso su furia
 A nos amenaza.»

FABULA XXXI.

Mira de quién fias.

UN MILANO Y UNAS PALOMAS.

El que se pone
 Bajo el amparo
 De algún perverso,
 Halla su daño
 Donde buscaba
 Socorro válido.

Ya de las garras
 Del vil milano
 Muy á menudo
 Han escapado
 Dulces palomas,
 Así evitando
 Su triste muerte
 Con vuelo raudo.
 La rapaz ave,
 Dejando á un lado
 Otros recursos,
 Acude á un lazo,
 Y las seduce
 Con este amaño:
 «¡Por qué, les dice,
 Queréis más daros
 Amarga vida
 Que á mí por amo
 Vuestro elegirme,

Antes pactando
 Que yo os defienda
 De todo agravio?»
 Ellas, muy crédulas,
 Danse al milano,
 El cual, rey siendo,
 Comenzó airado
 A devorarlas,
 É inhumano,
 Con garra fiera,
 A ejercer mando.
 Una de pocas
 Que habían quedado,
 Exclamó entonces:
 «¡Bien empleado!»

LIBRO SEGUNDO.

PRÓLOGO.

Es el estilo de Esopo
Adoctrinar con ejemplos;
Y por medio de estas fábulas
No se pretende otro objeto,
Que corregir de los hombres
Los errores y defectos,
Y avivar la diligencia
De la mano y del ingenio.
Y así, como quier que fuere,
De narración el gracejo,
Con tal que adule al oído
Y sirva al blanco propuesto,
Es por sí recomendable,
No por su autor verdadero.
Yo, á la verdad, seguiré,
Con sumo cuidado y celo,
El estilo del anciano;
Pero si para mi intento
Me pareciere mejor
Ingerir algo de nuevo,
Para que la variedad

Deleite el pecho, te ruego,
 Lector, que á mal no lo lleves.
 De esta manera á tu obsequio
 Habré de corresponder
 Breve y lacónico siendo;
 Y á fin de que este mi encargo
 No sea largo en extremo,
 Escucha el por qué tú debes
 Negar á los pedigüeños
 Lo que pidan, y ofrecer
 Lo aun no pedido, á modestos.

FABULA PRIMERA.

La virtud siempre halla su recompensa.

UN BECERRO, UN LEÓN Y UN LADRÓN.

Sobre un becerro
 León estaba,
 Al cual cruelmente
 Ya derribára;
 Ladrón se acerca,
 Parte demanda
 De aquella presa:
 «De buena gana,
 León le dice,
 Te la donára,
 Si por ti mismo
 No acostumbráras
 Tú á cogértela.»
 Y en hora mala
 Despide al pillo.
 Fortuna rara
 Al mismo sitio
 Lleva la planta
 De un viajero,
 Persona honrada,
 Quien, divisando
 La fiera brava,
 Atrás se vuelve.
 León, en calma,
 Le dice entonces:

«Temor no hayas;
Toma sin susto
Buena tajada,
Que á tu modestia
Se debe en gracia.»
Luego al novillo
En parte raja,
Y ligero huye
A las montañas,
Para que el hombre
Coja á mansalva.
¡Qué gran ejemplo
Digno de fama!
Mas la codicia
Será siempre harta,
Y la vergüenza
Siempre habrá falta.

FABULA II.

La impunidad es atractivo para el delito.

UN HOMBRE Y UN PERRO.

Un hombre mordido
De perro rabioso
A su agresor lanza
De pan grande trozo,
Teñido en su sangre,
Porque poderoso
—Pues así lo oyera—
Era el tal socorro,
Para tal herida.
Lo vió el viejo Esopo,
Y entonces le dijo:
«No obres de ese modo
Ante muchos perros,
Que quizá á nosotros
Nos devoren vivos,
Si son noticiosos
De que á tanto crimen
Se da premio honroso.»
Del malo el buen éxito
Espolea á otros.

FABULA III.

Un chismoso es seminario de males.

UNA ÁGUILA, UNA GATA Y UNA JABALINA.

En la cumbre de una encina
 Había anidado una águila;
 Y en medio del tronco, habiendo
 Hallado un hueco una gata,
 Dió á luz allí sus gatitos:
 También al pie de aquella alta
 Robusta encina pusiera
 Javalina su camada.
 Mas fué el caso que muy presto
 Aquella gata malvada,
 Con embustes y malicia,
 Deshizo tal mezclanza
 Casual, de esta manera:
 Súbese al nido del águila
 Diciéndole: «Mira que
 Gran daño se te prepara,
 Y acaso también á mí,
 Pobre gata desdichada;
 Porque esto de socavar
 La tierra, como reparas
 Que lo hace todos los días
 Esa cerdosa malvada,
 Es sin duda porque quiere
 Que la encina al suelo caiga,
 A fin de coger más fácil

En llano á nuestra camada.»
 Habiendo de esta manera
 Llenado de miedo al águila
 Y turbádole el sentido,
 Al punto á la cueva baja
 De la cerdosa, y le dice:
 «A tus hijos amenaza
 Grave riesgo, pues rapante
 Águila dispuesta se halla
 A rapiñar los cerditos,
 En el momento en que salgas
 Con tu tierna cría al pasto.»
 Después que sembró la alarma
 En este cubil, segura
 A su guarida se marcha
 La embustera. Por la noche
 Se salía de callada,
 Y después de henchirse bien
 Ella y su cría, se estaba,
 Fingiendo tener gran miedo,
 Todito el día de guardia.
 El águila, temerosa
 Del daño, se está en las ramas:
 La cerdosa jabalina
 No sale de su covacha,
 Para evitar la rapiña.
 Pero ¡á qué fin más palabras?
 Las dos consumidas de hambre
 Dieron pasto en abundancia
 Con sus hijos ternezuelos
 A los de traidora gata.
 De aquí puede comprender
 La credulidad ignara,
 Cuánto de mal y perjuicios
 Un hombre doblado causa.

FABULA IV.

Nada demasiado.

TIBERIO Á UN ESCLAVO DEL PALACIO.

Existe en Roma una especie
 De hombres bulliciosos, que andan
 De aquí para allí afanosos,
 Trabajando en no hacer nada,
 Azorados sin motivo,
 En todo metiendo baza,
 Sin hacer pizca, molestos
 Para sí, y á las honradas
 Personas enfadosísimos (1).
 A gentes de tal calaña
 Quiero corregir, si puedo,
 Con una muy cierta fábula (2).
 Prestadme vuestra atención,
 Que el asunto la reclama.

Habiendo Tiberio César,
 Que á Nápoles caminaba,
 Llegado á Miseno, en donde
 Tenía su hermosa casa
 De campo, que alzara Lúculo
 En cumbre de una montaña (3),
 Y de la cual se descubren
 De Sicilia y de Toscana
 Los dos mares; un esclavo
 De los que en el atrio andaban
 Aldas en cinta (4), y traía

La túnica de Damiata (5)
 Arregazada del hombro
 Á la cintura, con randas
 Pendientes, al tiempo que
 El soberano paseaba
 Por sus amenos jardines,
 Empezó á regar la cálida
 Tierra con un cubo hecho
 De unos pedazos de tabla,
 Jactándose de su obsequio;
 Mas de él se burló el monarca (6).
 Después, tomando las vueltas
 Conocidas, se adelanta
 (A fin de matar el polvo)
 En otra calle á echar agua.
 El César reconocióle
 Y el pensamiento le cala.
 Y cuando haber hecho un grande
 Negocio el necio pensaba,
 El soberano le dice:
 «Oye, ven»; volando marcha
 El tonto, alentado con
 La espera de alguna dádiva.
 Entonces la majestad
 De tan excelso monarca
 Se burló de él de este modo:
 «Es lo que hiciste, nonada;
 Y empleaste tus afanes
 En vano, porque más caras
 Acostumbro yo vender
 Las que aplico bofetadas» (7).

FABULA V.

Si al poder se junta la malicia, nadie escapa.

UNA ÁGUILA, UNA CORNEJA Y UN GALÁPAGO.

Nadie lo bastante
Se halla pertrechado
Contra los insultos
Del fuerte; mas cuando
A éste se le agrega
Consejero malo,
La fuerza y malicia
Arruinan de cuajo
Todo cuanto baten.

Una águila en alto
Levantó á tortuga,
La cual, con gran tacto,
Recogió en sus conchas
Su cuerpo, pensando
Que de ningún modo
Se hallaría á salvo,
Si allí no lo guarda;
Mas vino volando (8)
Chismosa corneja:
«Cierto que has robado,
Al águila dice,
Enorme galápago;
Mas si no te enseño
El modo más llano
De comerlo, carga

Llevarás en vano.
El águila ofrécele
Darle un buen pedazo;
La corneja, entonces,
Le advierte (9) que, de alto,
Estrelle la dura
Concha en un peñasco,
A fin de que rota
Quede en muchos cachos,
Y pueda á su gusto
Comer el guardado
Cuerpo de tortuga (10).
Seducido el ánimo,
El águila cumple
Consejo tan llano,
Y á la vez divide
Con pródiga mano
Con su consejera
El sabroso pasto.
De aquesta manera
El pobre galápago,
Que, por la natura,
Se encontraba á salvo,
Luchar no pudiendo
Con dos adversarios,
A perecer vino
Con fin desgracido.

FABULA VI.

Los ricos tienen mucho por qué temer.

UNOS MACHOS Y UNOS LADRONES.

Cargadas dos acémilas
 Con sus tercios marchaban.
 Los dineros la una
 Del público llevaba,
 Y la otra costales
 Henchidos de cebada.
 La primera corría
 Soberbia con su carga,
 Levantando el pescuezo,
 Y agitando muy vana
 La alegre campanilla;
 Su compañera marcha
 A paso dulce y lento.
 De súbito se lanzan,
 Corriendo de sus antros,
 Ladrones que maltratan,
 Durante la refriega,
 La acémila cargada
 Con sacos de dinero,
 Que roban; la cebada
 Por pobre y vil desprecian.
 Como la despojada
 Acémila llorase
 Su mala venturanza,
 Dijo la otra: «¡Oh cuánto

Gozo me llena el alma!
 Sufri, sí, los desprecios,
 Mas no he perdido nada,
 Ni fui tampoco herida.»

Se infiere de está fábula
 Que marcha la pobreza
 Segura, y que se hallan
 Las riquezas cuantiosas
 Expuestas á desgracias.

FABULA VII.

Plate más de tus ojos que de los ajenos.

UN CIERVO Y UNOS BUEYES.

Un ciervo, ojeado
De entre escondrijos
De bosque umbroso,
Con el designio
De huir la muerte,
Cuyo cuchillo
Le amenazaba
Por puño impío
De cazadores,
Corrió á un cortijo,
Y entre los bueyes
Se esconde listo,
Que más á mano
No encontró sitio.
Allí un buey díjole
Al fugitivo:
«¿En qué has pensado,
¡Oh ciervo mísero!
Que por tu planta
Haste venido
Al matadero,
Fiando tímido
Tu vida en hombres?»
A esto le dijo
Humilde el ciervo:

«Por este mismo
Momento, ¡oh bueyes!
Guardad sigilo,
Que yo cuanto antes
Saldréme listo.»
Se apagó el día,
La noche vino:
Trae el boyero
Ramaje umbrío
Para los bueyes,
Y al fugitivo
Ni ve ni siente:
Van, vienen listos,
Muy á menudo,
Los demás chicos,
Pero ninguno
Le ve. Solícito
Cachicán entra,
Mas sin sentirlo.
Gozoso el ciervo
Da muy rendido
Gracias á aquellos
Bueyes pacíficos,
Porque en su caso
Le han dado asilo.
Mas uno de ellos
Así le dijo:
«Todos queremos
Sin el más mínimo
Daño que huyas;
Mas si aquí mismo
El de cien ojos (11)
Viene solícito,
Habrás la vida
En gran peligro.»
Al decir esto,
Hete venido,

Después de cena,
 Al amo listo;
 Y, porque antes
 Hubiera visto
 Estar los bueyes
 Muy desmarridos,
 Va á los pesebres.
 «¿Por qué motivo,
 Dice, las bestias
 Tienen tan limpio
 De hoja el pesebre?
 A más, diviso
 Que las mullidas
 Faltan del sitio.
 ¿Tanto trabajo
 Hubiera sido
 De telarañas
 Dejarlo limpio?»
 Todo el establo
 Registra nimio;
 Y al par los cuernos
 Altos del misero
 Ciervo descubre
 Al cual, venidos
 Todos los suyos,
 Degüella impío
 Y se lo apropia
 Cual botín rico.
 Aquesta fábula
 Es claro indicio
 De que su hacienda
 Tan sólo el mismo
 Dueño, y no otro,
 Cuida solícito.

EPÍLOGO.

La envidia sigue y persigue á la virtud.

Los Atenienses
 A Esopo alzaron
 Excelsa estatua (12),
 Y aunque fué esclavo,
 En base eterna
 Le colocaron,
 Porque se sepa
 Que á todo humano
 Se halla el camino
 Del honor franco,
 Y que la gloria
 Se debe al ánimo
 Que es virtuoso,
 No al de alto rango.
 Ya, pues, que Esopo
 Se ha adelantado
 De tal manera,
 A mí quitando
 El primer puesto,
 He trabajado
 Porque no sea
 Único, cuando
 Esto an sólo
 Hame dejado.
 ¡Oh! No es envidia,
 Sí noble acto,
 Con que me esfuerzo

En igualarlo.
Que si la Italia
A mis trabajos
Favoreciese,
Tendrá otros tantos
Que poner frente
A egregios Aticos.
Mas si la envidia,
Con gran conato,
En el descrédito
De mis trabajos
Suda y se afana,
No alcanza tanto
Que el gozo priveme
—Que ocupa el ánimo—
De hacerme digno
De algún aplauso.
Si á ti estas fábulas,
Frutopreciado
De mis estudios,
Llegan acaso,
Y ves el arte
De estos fantásticos
Cuentos, tal dicha
Me hará, que raudo
Olvide toda
Queja y agravio.
Mas si esta obra,
Por el contrario,
A poder llega
De quien criado
Fue por natura
Con triste hado,
Y que tan sólo
Sabe reparos
Poner á aquellos
Que son más sabios,

Mi mala estrella
Sufriré impávido,
Hasta que quiera
Mi sino malo
Avergonzarse
De tal agravio.

LIBRO TERCERO.

PRÓLOGO (1).

A EUTICO.

Si tú deseas, Eutico,
Leer libritos de Fedro,
Precisas desocuparte,
Para que el ánimo suelto
Pueda percibir la fuerza
Y energía de los versos.
Mas ya escucho que me dices:
«No es tu ingenio tan excelso,
Que, por él, de faltar haya
A mi cargo ni un momento.»
Según eso, no hay razón
Para que toquen tus dedos
Lo que no se ha hecho para
Oídos muy poco atentos.
Tal vez me dirás: «Vendrán
Días feriados de asueto,
Que me llamen á ese estudio,
Mi pecho libre teniendo.»
Mas qué, ¿leerás entonces
Estos despreciables versos (2),
Antes que atender tu casa,



Pagar visitas á aquellos,
 Que sean amigos tuyos,
 Hablar con tu esposa, el pecho
 Espaciar, y dar descanso
 A tu desmarrido cuerpo,
 Para volver con más brio
 A cumplir tu ministerio?
 Tienes que mudar de idea
 Y de vida, si tu anhelo
 Es penetrar de las musas
 En el consagrado templo.
 Yo, á quien mi madre dió á luz
 En sacro monte Pierio (3),
 Do la ninfa Mnemosine
 Ha dado á Jove supremo
 El coro de nueve musas,
 Aunque hube mi nacimiento
 Casi en esta misma escuela,
 Y he arrancado por completo
 De mi pecho la codicia,
 Y he emprendido con empeño
 Y con gloria estas tareas,
 No obstante con poco aprecio
 Soy entre ellas recibido (4).
 ¿Y cuál piensas será el éxito
 Del que se desvela, ansiando
 Amontonar el dinero,
 Prefiriendo el dulce lucro
 Al estudio grave y serio?
 Pero sea lo que fuere (5)
 (Como dijo Sinón (6), siendo
 Presentado al Rey de Troya),
 He de escribir mi tercero
 Libro, en estilo de Esopo,
 Dedicándole á tus méritos
 Y nombre. Si le leyeres,
 Holgaréme mucho de ello ;

Y si no, tendrán en él,
 Al menos los venideros,
 Un recreo. Mas ahora
 Expresaré en breve tiempo,
 La razón de introducirse
 De las fábulas el género.
 Opresa la esclavitud,
 No atreviéndose, sin veio,
 A decir lo que sentía,
 Disfrazó de sus afectos
 La expresión en estas fábulas,
 Y así dejó por completo
 Burlada la vil calumnia
 Con tales alegres cuentos.
 Por esta senda de Esopo
 Se abrió camino; y yo presto
 Empecé á pensar en cuantos
 De Esopo quedaban restos,
 Apropiando á mi desgracia
 Algunas cosas. Que habiendo
 Yo un otro acusador
 Y otro testigo diverso,
 Y, en fin, otro juez que no
 Fuese Seyano soberbio (7),
 Por digno de tantos males
 Me tendría desde luego,
 Y mi dolor no aliviara
 Con lenitivos como éstos.
 Si alguno, por su sospecha,
 Cayere en error grosero,
 Y entendiere de sí sólo
 Lo que á todos diré presto,
 Descubrirá neciamente
 Que se halla de culpa lleno.
 No obstante, quisiera que éste
 Admitiese mis pretextos;
 Porque no tengo intención

De tildar á algún sujeto,
 Sino descubrir el modo
 Común de vivir perfecto,
 Y costumbres de los hombres.
 Alguno dirá que he puesto
 Mi afán en muy ardua empresa;
 Mas si pudo Esopo, siendo
 De nacion frigio (8); si pudo
 Anacarsis (9), que del pueblo
 Escita era, adquirir
 Fama eterna con su ingenio,
 Yo, que me hallo más cercano
 A los grandes sabios griegos,
 ¿Por qué habré de abandonar,
 Por inerte y torpe sueño,
 La gloria á que me estimula
 Mi patria? Además de aquesto,
 Cuando Tracia cuenta tales
 Autores suyos egregios;
 Que ha sido padre de Lino (10),
 No menos que Apolo excelso,
 Y que ha tenido una Musa,
 Madre del divino Orfeo (11),
 El cual, con su canto dulce,
 Movió peñascosos cerros,
 Amansó las alimañas,
 Y dulcemente suspenso
 Mantuvo el rápido curso
 Del impetuoso Hebro (12).
 Véte, pues, envidia, véte
 De aquí, no ladres al cielo,
 Que á mi también es debida
 Gloria de muy alto precio (13).
 Yo te he inducido á leer
 Este libro: ahora te ruego
 Que, con el candor que sueles,
 Me des tu juicio sincero.

FABULA PRIMERA.

De lo bueno aun el rastro deleita.

UNA VIEJA Á UN CÁNTARO.

Descubrió una vieja,
 Tirado en el suelo,
 Un cántaro vacuo;
 Heces del Falerno,
 Que en el fondo estaban
 Del cántaro, lejos
 Aun lanzaban rico
 Aroma soberbio.
 Después que la abuela
 Lo hubo largo tiempo
 Olido y reolido
 Con vivo deseo,
 Dijo: «¡Oh licor suave,
 Alma de este viejo
 Cántaro vacío!
 Antes ¡qué de bueno
 Debes de haber sido,
 Siendo tal tu deho!»
 ¿A quien se refiere
 Este leve cuento?
 Dígalo el que haya
 Conocido á Fedro.

FABULA II.

Hacer bien nunca se pierde.

UNA ONZA Y UNOS PASTORES.

Acostumbran agraviados
 Pagar en igual moneda.
 Cayóse en cierta ocasión
 Inadvertida pantera
 En una trampa. Unos rústicos
 La vieron, y dan sobre ella,
 Unos moliéndola á palos,
 Otros tirándole piedras.
 Algunos, por el contrario,
 Compasivos, porque piensan
 Que allí había de morir,
 Aun cuando nadie la hiriera
 De nuevo, pan le arrojaron
 Para que su vida extienda.
 Llegó la noche, y se marchan
 En seguridad completa,
 Como si al siguiente día
 Hubiesen de hallarla muerta.
 Mas la onza, luego que
 Reparó sus flacas fuerzas,
 Con un brinco velocísimo
 Se echó de la hoya fuera,
 Y se marchó presurosa
 En dirección á su cueva.
 Pasados algunos días

Sale volando cual flecha,
 Hace riza en el ganado,
 A los pastores degüella,
 Y destruyéndolo todo,
 Con gran furia se ensangrienta.
 Entonces, aun aterrados,
 Los que se apiadaran de ella,
 No se quejan de los daños,
 Sólo la vida le ruegan.
 Mas les dice: «¡Oh! bien acuerdo
 De quiénes tiraron piedras,
 Y de quiénes pan me han dado:
 No temáis; porque colérica
 Sólo vengo contra aquellos
 Que me han hecho tanta ofensa.»

FABULA III.

ESOPO Y UN PAISANO.

Usus peritus hariolo velocior
 Vulgo esse fertur; causa sed non dicitur,
 Notescet quæ nunc primum fabella mea.
 Habenti cuidam pecora pepererunt oves
 Agnos humano capite. Monstro extreritrus,
 Ad consulendos currit mærens hariolos.
 Hic pertinere ad domini respondet caput,
 Et avertendum victima periculum.
 Ille autem affirmat, conjugem esse adulteram,
 Et insitivos significari liberos;
 Sed expiari posse majori hostia.
 Quid multa? variis dissident sententiis,
 Hominisque curam cura majore aggravant.
 Æsopus ibi stans, naris emunctæ senex,
 Natura nunquam verba cui potuit dare:
 Si procurare vis ostentum, Rustice,
 Uxores, inquit, da tuis pastoribus.

FABULA IV.

Virtudes vencen señales.

LA CABEZA DE UN MONO.

Un hombre en casa
 De un carnicero
 Vió que colgaba
 Un mono feo,
 Entre otras piezas
 Y otros objetos,
 Que en venta había.
 «¿A qué sabe eso?»
 Pregunta al punto.
 El carnicero,
 Burla burlando,
 Contesta luego:
 «¿Ves la cabeza?
 Así sabe esto.»
 Lo cual se ha dicho,
 Según yo pienso,
 Más por burleta,
 Que en tono serio;
 Pues muchas veces
 Hallé sujetos
 Que eran hermosos,
 Pero perversos;
 Y he conocido
 Otros de aspecto
 Ruin (14), y no obstante
 Eran muy buenos.

FABULA V.

El atrevido al cabo la paga.

ESOPPO Y UN INSOLENTÉ.

Un buen suceso
 Con gran frecuencia
 Conduce á muchos
 A grave pérdida.
 Un insolente
 Tiró una piedra
 A Esopo, y díjole
 Este: «¡Oh! ¡qué buena
 Acción!» y al punto
 Un as le entrega;
 Pero le añade:
 «Otra moneda
 En mí no tengo;
 Más la manera
 He de enseñarte
 Con que tú puedas
 Conseguir otras.
 ¿No ves se acerca
 Un hombre rico
 Y de influencia?
 También á ése
 Tirale piedras,
 Y verás luego
 Cómo te premia.»
 Creyólo el otro;

Sigue á la letra
 El tal consejo;
 Pero la espera
 Del impudente
 Salióle huera,
 Pues al momento
 La garra le echan,
 Y en una hora
 Pagó la pena.

FABULA VI.

Son dignas de risa las fanfarronadas.

UNA MOSCA Y UNA MULA.

En el timón de un carro
 Una mosca sentada,
 A la mula reñía,
 Diciendo: «¡Oh buena maula,
 Y qué ronquera te haces!
 ¿Con más prisa no andas?
 Cuida que no te punce
 El cuello con mi espada.»
 La mula respondióle:
 «No me hacen tus palabras
 Ninguna mella: temo
 Tan sólo al que se halla
 Sentado en delantera (15),
 Y que rige la lanza
 Con correoso látigo,
 Con las riendas me manda
 Y el freno tascar me hace
 Lleno de espumas blancas.
 Por tanto, deja frivolas
 Necias baladronadas,
 Pues sé cuándo conviene
 Parar, ó correr rauda.»
 Con esta fabulilla
 Se puede hacer gran vaya
 De quienes, siendo flacos,
 Grandes bravatas lanzan.

FABULA VII.

El pobre libre es más feliz que el esclavo rico.

UN PERRO Y UN LOBO.

He de decir brevemente
 De libertad las dulzuras.
 Un lobo transido de hambre
 Casualmente hallóse en una
 Senda á un perro bien cebado.
 Mutuamente se saludan,
 Y parándose, así el lobo
 Le dijo: «¿Por qué ventura
 Te encuentras tú tan lucido?
 ¿Qué comes, que tal gordura
 Te da, cuando yo, más fuerte
 Que tú, muero de gazuza?»
 El perro, con sencillez,
 Le respondió: «Igual fortuna
 Puedes lograr, si te atreves
 A mi amo dar ayuda.
 —¿En qué? el lobo le replica.
 —En ser guardián y con mucha
 Vigilancia de la puerta,
 Y en defender de gentuza
 Nuestra casa por la noche.
 —¡Pues sea! que ya me apura
 Andar como ando ahora
 Expuesto á nieves y llovias,
 Pasando vida agitada

Por montañas y espesuras.
 ¡Cuánta más cuenta me tiene
 Vivir á la sombra obscura
 De tejado, y comer bien
 Sin hacer cosa ninguna!
 —Pues entonces ven conmigo»,
 Dijo el perro. Yendo juntas
 Las dos bestias, vió el lobo
 Que, al peso de la importuna
 Cadena, el cuello del perro
 No tenía cerda alguna,
 Y díjole: «¿De qué es esto,
 Amigo?—Nada es en suma.
 —Mas dímelo por favor.
 —Como por vivo me juzgan,
 Me atan de día, y descanso,
 Y velo en la noche obscura:
 Al ser noche, me desatan,
 Y entonces vago en soltura.
 Me traen pan sin pedirlo;
 El amo de su fecunda
 Mesa me alarga los huesos;
 La familia otras minucias
 Me arroja, y todos el guiso (16)
 Que les fastidia ó no gustan.
 Y así se llena la panza,
 Sin sufrir fatiga alguna.
 —Bien; pero si tú quisieres
 Tender planta vagabunda,
 ¿Te darán permiso?—¡Oh! eso,
 Le respondió el perro, nunca!
 —Pues si no, concluyó el lobo,
 A tus anchas tú disfruta
 De bienes que tanto alabas,
 Porque mi gusto renuncia
 Hasta reinar en lugares
 Donde libertad no se usa.»

FABULA VIII.

La virtud es la verdadera hermosura.

UN HERMANO Y SU HERMANA.

Adoctrinado
 Con este aviso,
 Muy á menudo
 Mira á tí mismo.
 Tenía un hombre
 Una hija é hijo;
 Era la niña
 Fea, y el chico
 De bello rostro
 Y garbo lindo.
 Los dos jugando,
 Como hacen niños,
 Vieron su cara,
 (Caso fortuito)
 En un espejo,
 Que, por olvido,
 Su madre en silla
 Hubiera sito.
 El chico engríese
 De ser muy lindo;
 La niña enójase,
 Levanta el grito
 Por las burletas
 De su hermanito
 Vanaglorioso,

Y á desdén livido
 Todas las toma
 Con mucho mimo.
 Hacia su padre
 Se va de un brinco,
 Para vengarse
 De su hermanito,
 A quien acusa
 Del gran delito
 De que, siendo hombre,
 Echó muy listo
 Mano al espejo,
 Que es utensilio
 A las mujeres
 Sólo debido.
 El padre abraza
 A sus dos hijos;
 Mil besos dales
 Con gran cariño,
 Y repartiendo
 Entre ellos mimos:
 «Yo quiero que ambos
 Uséis, les dijo,
 Todos los días,
 Del espejito,
 Porque no manches
 Tú, hijo mío,
 Tu beldad pura
 Con feos vicios;
 Y tú, hija mía,
 Para que el brillo
 De tus costumbres
 Y actos purísimos,
 Del rostro feo
 Cubra lo ríspido.»

FABULA IX.

¿Dónde se hallará un amigo fiel?

SÓCRATES Á SUS AMIGOS.

El nombre de amigo
 Es harto vulgar;
 Pero fiel, es raro
 Que se pueda hallar.
 Sócrates (17) (y quiero
 Como él acabar,
 Si la misma gloria
 He de conquistar,
 Y consiento en triunfos
 De envidia mordaz
 Siempre que justicia
 Me hayan de otorgar
 Cuando muera); Sócrates
 Mandó levantar
 Casa reducida.
 Alguien, al pasar,
 Según es costumbre,
 Le habló en modo tal:
 «¡Oh Sócrates! ¿Cómo
 Tú, tan principal,
 Casa tan pequeña
 Te atreves á alzar?»
 Sócrates responde:
 «Vecino, ¡ojalá
 Que de amigos fieles
 La pueda llenar!»

FABULA X.

No creas de ligero, y menos al que murmura.

EL POETA SOBRE CREER Y NO CREER.

Ofrece iguales peligros
 El prestar crédito á todo,
 Y el no dar crédito á nada.
 Brevemente de uno y otro
 Expondré varios ejemplos.
 La muerte ha sufrido Hipólito (18),
 Por creerse á su madrastra,
 Y por no creer en todo
 A Casandra (19), fué asolada
 Troya. Por tanto, en gran modo
 Se ha de explorar la verdad,
 Antes que un consejo pronto
 Nos arroje á un desacierto;
 Pero temiendo que al propio
 Interés de esta verdad
 Pueda causar un oprobio,
 Con relato de antiguallas
 Y de cuentos fabulosos (20),
 Lo que ha pasado en mis días
 Os referiré en su abono.

Un hombre que á su mujer
 Amaba muy cariñoso,
 Tenía un hijo, á quien iba
 La toga xiril (21) dar pronto.
 Un liberto esperanzado

De ser su heredero próximo,
 Aparte le llamó un día,
 Y le refirió mañoso
 Mil mentiras, referentes
 A la conducta del mozo,
 Y aun más, á graves desórdenes
 De su mujer, buena en todo;
 Y, comprendiendo muy bien
 Que nada más doloroso
 Habría para un marido
 Con su mujer amoroso,
 Acabó por referirle
 Que un amante cauteloso
 La visitaba, y que tal
 Comercio de tanto oprobio
 Su morada deshonoraba.
 Con tan falso testimonio
 Irritado el buen marido,
 Finge tener un negocio
 En una quinta, mas quedase
 Oculto en lugar recóndito.
 Luego, en mitad de la noche,
 Abre su puerta de pronto,
 Y se encamina derecho
 De su esposa al dormitorio.
 La madre había querido
 Que durmiese su retoño
 Junto á ella, redoblando
 Sus cuidados con un mozo
 De tan breves años. Mientras
 Buscan luz, y presurosos
 Los esclavos van y vienen,
 El marido impetuoso,
 No pudiendo dominar
 Los transportes de su enojo,
 Al lecho marcha, y á tientas
 Topa una sien. Por los cortos (22)

Cabellos reconociendo
 Un hombre, le hunde rabioso
 Su espada dentro del pecho,
 Así vengando su enojo.
 Traida luz, y al instante
 Que descubrió con asombro
 A su hijo y casta esposa,
 Dormida en su dormitorio,
 La cual nada había sentido,
 Sumergida en sueño hondo,
 Se anticipó á sufrir
 De su crimen horroroso
 La pena (23), y sobre la espada
 Que desenvainara loco,
 Se arrojó ciego. Al momento
 Acusadores al foro
 Llevan á la casta esposa,
 Obligándola sañosos
 A ir á los centunviros (24).
 Sin culpa estaba; mas como
 Iba á entrar en posesión
 De los bienes de su esposo,
 Malignidad calumniosa
 Le hace blanco de sus odios.
 Sus abogados al punto
 La defienden, en abono
 De su inocencia alegando
 De razones mucho acopio.
 Entonces al divo (25) Augusto
 Los jueces piden apoyo,
 A fin de que no violen
 De la religión el voto,
 Declarándose impedidos
 Ante aquel caso dudoso.
 El César, después de haber
 Disipado el tenebroso
 Asunto de la calumnia,

Y de descubrir el propio
 Origen de tal misterio:
 «¡Que sufra, dijo, horroroso
 Castigo el liberto infame,
 Que es el origen de todo!
 Que á la mujer ya sin hijo,
 Y además sin dulce esposo,
 La juzgo digna de lástima
 Más que de pena y oprobio.
 Que si el padre de familia
 Hubiera pensado á fondo
 En tan graves delaciones,
 Y si hubiera el testimonio
 Falso percatado bien,
 Penetrando en lo más hondo,
 No arruinaría su casa
 Con su tan funesto arrojo.»
 Nada desprecie el oído,
 Mas nada crea de pronto;
 Porque hay gentes pecadoras,
 En quienes de ningún modo
 Pensarás, y hay inocentes
 Manchadas de mil oprobios.
 También puede amonestar
 A los hombres candorosos,
 Para que no juzguen nada
 Según el dictamen de otros.
 Porque la varia ambición
 Del hombre se deja pronto
 Llevar, ya de su cariño,
 Ya de desamor ú odio.
 ¡Oh! no se conocen gentes
 Que no conozca uno propio.
 Esto he referido más
 A la larga, porque hay prójimos,
 A quienes he disgustado
 Otras veces por lacónico.

FABULA XI.

Cada uno es como Dios lo hizo.

UN COJO Á UN MAL HOMBRE.

Un cojo altercaba
 Con un hombre malo,
 Que sobre llenarle
 De mil dicharachos,
 Y mil insolencias,
 Le zahirió taimado
 Por los desperfectos
 De su cuerpo inválido.
 «Eso es, dice el cojo,
 Lo que á mí más daño
 Me causa; pues veo
 Que incapaz me hallo
 De seguirte, y darte
 Lo que te has ganado.
 Mas ¿por qué reprendes
 En mí, oh insensato,
 Lo que es sólo culpa
 De mí sino bárbaro?
 Al hombre tan sólo
 Le afrenta el pecado.»

FABULA XII.

A veces se desprecia lo mejor.

UN GALLO Á UNA PERLA.

Un gallo, rebuscando
 Comida en muladar,
 Halló una perla, y dijo:
 «¡Qué objeto rico y tan
 Precioso está perdido
 En este vil lugar!
 ¡Oh! si algún ansioso
 De tu gran calidad
 Te hubiese visto, al punto
 Hubieras vuelto ya
 A tu esplendor antiguo;
 Mas yo que casual
 Te hallé, y más aprecio
 Mi comida encontrar,
 Ni puedo á ti ser útil,
 Ni á mí tú servirás.»
 A los que no me entienden
 A questo dicho se ha.

FABULA XIII.

La obra descubre á su autor.

LAS ABEJAS Y ZÁNGANOS, SIENDO JUEZ LA AVISPA.

Habían las abejas
 Labrado sus panales
 En una excelsa encina (26):
 Zánganos holgazanes
 Decían que eran suyos.
 Al punto las dos partes
 Llevan el pleito á estrados,
 Para que sentenciase
 La avispa; ésta, sabiendo
 Quién son los litigantes,
 La condición siguiente
 Propusóles: «Bastante
 Igual es vuestro cuerpo,
 Y en el color iguales
 Vosotros sois; por tanto,
 No es cosa de admirarse
 Que surja gran litigio;
 Mas para que no grave
 Mi conciencia con una
 Resolución infame,
 Entrad en las colmenas,
 Destilad en panales
 De cera la miel, para
 Que puedan apreciarse
 Por su sabor y forma

Quién son los que los hacen.»
 Los zánganos se niegan:
 A las abejas place
 Tal condición sensata.
 La avispa en el instante
 Pronuncia esta sentencia:
 «Por todos ya se sabe
 Quién son los que han podido,
 Quién no, formar panales.
 Y así, en pro de abejas,
 Es justo que yo falle,
 Su fruto devolviéndoles.»
 ¡Oh! si los holgazanes
 Hubiesen aceptado
 Partido semejante,
 Tal vez aquesta fábula
 En silencio pasase (27).

FABULA XIV.

Huelga para trabajar.

ESOPO JUGANDO Á LAS NUECES.

Vió un ateniense
 Jugar á Esopo
 A nueces (28), entre
 De niños corro:
 Paróse al punto,
 Riendo, como
 Si Esopo fuera
 Un viejo chocho.
 Lo advierte el viejo,
 Muy más idóneo
 A hacer burletas
 De cualquier prójimo,
 Que á recibirlas
 De ningún otro;
 Y en el camino
 Coloca un flojo
 Arco, y le dijo:
 «Oye, sabihondo,
 Dime, ¿qué vale
 Lo que tus ojos
 Han visto que hice?»
 Un numeroso
 Público acude:
 Fatiga el otro
 Por largo rato

Su ingenio romo,
 Mas no resuelve
 Tan misterioso
 Enigma: al cabo
 Confiesa el tonto
 Que está vencido.
 Luego el filósofo
 Triunfante, dijole:
 «Romperás pronto
 El arco, habiéndole
 Siempre en gran modo
 Tirante, pero
 Estando flojo,
 Podrás usarle
 A tu acomodo.»
 De esta manera,
 De un tiempo á otro,
 Se debe al ánimo
 Un desahogo,
 Para que estudie
 Con más arrojo.

FABULA XV.

Más debe llamarse padre el que cuida de la educación que el que lo fué.

UN PERRO Á UN CORDERO.

Un perro dijo á un cordero
Que balaba entre las cabras:
«Bobo, aquí no está tu madre;
Por lo tanto, perdido andas.»
Y le mostraba á lo lejos
Las ovejas separadas.
«Yo, respondióle el cordero,
No dirijo mis pisadas
Tras de aquella que concibe
Cuando así le da la gana,
Y después por unos meses
Trae en su seno la carga,
Que no conoce, y al cabo
Deja que en el suelo caiga;
Sino á aquella que me nutre
Con su leche, y la da escasa
A sus hijos, con objeto
De que á mí no me haga falta.
—Sin embargo, debes más
A aquella que te engendrara.
—No tal: ¿sabía tan sólo
Si mi piel sería blanca
Ó negra? Y aun cuando hembra
Me quisiera, ¿qué lograra

Yo, pues he nacido macho?
Y por lo mismo, ¿qué dádiva
Me ha dado con darme á luz,
Si á cada instante me aguarda
El sangriento carnicero?
Pues ¿por qué la que, mi alma
Al crear, no tuvo arbitrio,
Ha de serme más amada
Que aquella que compasiva
Ha tenido de mí lástima,
Y de buen grado me muestra
Su cariño y dulce gracia?
La bondad hace á los padres,
No natura, ciega é incauta.»

Con estos versos mostrar
Quiso el autor de la fábula
Que el hombre á la ley resiste,
Más las bondades le enlazan.

FABULA XVI.

Lo mejor y más seguro es tratar bien á todos.

UNA CIGARRA Y UNA LECHUZA.

El que no sabe
 Ser obsequioso,
 Paga á menudo
 Su orgullo loco.
 Una cigarra,
 Con su eco ronco,
 A una lechuza
 Causaba enojos,
 Acostumbrada
 A, en tenebroso
 Tiempo nocturno,
 Buscar su acopio,
 Y dormir luego,
 Durante todo
 El día, en árbol
 Do hiciera un hoyo.
 Lechuza ruégale
 Que calle pronto;
 Mas ella chirria
 Con más arrojo.
 Insta de nuevo;
 Mas dobla el bronco
 Chirriar lechuza.
 Viendo no hay otro
 Medio, y que estima

Su ruego en poco,
 Contra la gárrula,
 De artificioso
 Ardid se vale:
 «Ya que no hay modo,
 Dice, que callen
 Esos sonoros
 Cantos, que fueran
 Dignos de Apolo,
 Que no me dejan
 Cerrar los ojos,
 Deseo ahora
 Gustar un poco
 De néctar rico,
 Don delicioso (29)
 Que diosa Palas
 Me ha dado el otro
 Día (30). ¿Te gusta?
 Pues vente pronto
 A, en mi compañía,
 Beberlo todo.»
 Ella, que ardía
 De sed cual horno,
 Luego que escucha
 Tales elogios
 De su voz, vuela
 Allá con gozo.
 Lechuza entonces
 Deja su hoyo,
 Sigue á la misera,
 Y mata pronto.
 De esta manera
 Con su fin hórrido,
 Cuanto viviendo
 Negara, diólo.

FABULA XVII.

Se debe estimar el árbol por el fruto, no por las hojas.

LOS ÁRBOLES ESCOGIDOS POR LOS DIOSES.

Antiguamente los dioses
 Los árboles escogieron
 Que querían proteger.
 La encina (31) á Jove supremo
 Agradó; el mirto (32) á Venus;
 El laurel (33) á blondo Febo;
 El pino (34) á Cibeles; Hércules
 Placióse en álamo excelso (35).
 De esto admirada Minerva,
 Preguntó por qué á aquellos
 Árboles sin fruto alguno
 Escogían. Jove presto
 Dió la razón: «Porque no
 Crea alguno que vendemos
 El fruto por los honores,
 Que se nos rinden en ellos.
 —En verdad que cada uno
 Podrá hablar á su deseo;
 Mas por su fruto al olivo (36)
 Tengo yo en mayor aprecio.»
 Entonces Júpiter, padre
 De dioses y autor supremo
 Del hombre, habló de este modo:
 «Hija mía, con derecho

Todos te llaman la sabia;
 Porque si aquello que hacemos
 No fuere útil, es muy vana
 Nuestra gloria.» Aqueste cuento
 Nos enseña á no hacer cosa
 Que no sea de provecho.

FABULA XVIII.

Contento con lo tuyo, no codicias lo ajeno.

EL PAVO REAL Á JUNO.

Un día á diosa Juno (37)
 El pavo real se acerca,
 Lamentando no haberle
 Dado la voz amena
 Del ruiseñor, que á todos
 Cuantos la oían era
 Asombro, mas al punto
 Que él á cantar comienza,
 Su graznido estridente
 A todos era befa.
 Por consolarle entonces
 Le habló de esta manera
 La diosa: «Mas le excedes
 En beldad y grandeza:
 Los brillos de esmeralda
 En tu cuello reflejan,
 Y con las matizadas
 Plumas de cola espléndida
 Parece que despliegas
 Una rueda de perlas.
 —¿De qué, replica el pavo,
 Me sirve esa belleza
 Muda, si en voz me excede?
 —Las partes fueron hechas
 Entre todos vosotros

Por ley del hado excelsa.
 A tí hermosura dióte,
 Al águila las fuerzas,
 Al ruiseñor el eco
 De dulce cantilena,
 Al cuervo el buen auspicio,
 El malo á la corneja,
 Y todos satisfechos
 Con su suerte se encuentran.»
 ¡Oh! lo que no te han dado,
 Lector, jamás pretendas,
 Para que tu esperanza
 Burlada no se vea,
 Y al cabo se reduzca
 A miserable queja.

FABULA XIX.

Hombres hay que lo parecen y no lo son.

ESOPO Á UN HABLADOR.

Siendo Esopo sólo
 El único esclavo,
 Que su dueño había,
 Recibió el mandato
 De que dispusiese
 Mucho más temprano
 La comida. Entonces
 Esopo, buscando
 Lumbre, corre á algunas
 Casas, y halla al cabo
 Do encender su lámpara.
 A casa tornando
 Acortó el camino,
 Pues rodeara un tanto,
 Y la plaza pública
 Va átravesar rápido:
 Entonce al encuentro,
 De entre el populacho,
 Hablador le sale
 Y dijo al anciano:
 «¿Con tal luz qué buscas
 En sol meridiano?
 —Un hombre», replica
 Esopo; y de un salto
 Se metió en su casa.

Si aquel mamarracho
 Rumió tal sentencia,
 Debió ver muy claro,
 Que al viejo como hombre
 No era reputado,
 Pues que buscó chanzas,
 Sin venir al caso,
 Con el que corría
 A casa ocupado.

EPILOGO.

Quien da presto da dos veces.

A EUTICO.

Tengo mucho que escribir,
 Pero de industria lo dejo:
 Primeramente, porque
 Deseo no ser molesto,
 A quien tienen impedido
 Tantos negocios diversos;
 Además, porque si alguno
 Quisiere tratar indéntico
 Asunto, pueda tener
 Materia á su docto empleo,
 Aunque es ésta tan copiosa,
 Que habrá de faltar más presto
 Artifice á esta labor,
 Que no labor al maestro.
 Lo que te suplico es que
 Des á mi brevedad premio
 Ofrecido. La palabra
 Que me diste, cumple luego;
 Que cada día la vida
 Está más cercana al término
 De la muerte, y holgaréme
 De tu favor tanto menos
 Tiempo, cuanto más tardare
 El beneficio que espero.
 Si tal merced en seguida

Me hicieres, más largo empleo
 Haré de ella; gozaréla
 Más cuanto venga más presto.
 Mientras me quedan algunos
 Días de vital aliento,
 Que ya empieza á decaer,
 El socorro viene á pelo:
 Que en vano se esforzará
 Tu piedad en mi consuelo,
 Cuando por fin me encontrare
 Caduco de puro viejo,
 Y será tu don inútil
 Cuando la muerte, que veo
 Cercana, lo suyo pida.
 Tenme, si quieres, por necio
 Al importunarte, cuando
 Estas súplicas te expreso,
 Siendo tu benignidad
 De suyo inclinada á premios.
 Muchas veces el culpable,
 Que se ha confesado reo,
 Consiguió el perdón: ¡con cuánta
 Mayor razón y derecho
 Debe darse al inocente?
 A ti te toca el comienzo (38),
 Que después todos los otros
 Tus huellas seguirán luego,
 Y harán todos lo que deben
 Cuando les llegare el término.
 Juzga según tu conciencia
 Y según tu juramento,
 Mas de modo que tu fallo
 Me deje de gozo lleno.
 Ya traspasa mi intención
 La raya y lindes propuestos;
 Mas apenas se reprime
 El ánimo satisfecho

De su inocencia, al sentirse
 De insolencias vil objeto.
 Que ¿quién son mis enemigos?
 Descubrirálos el tiempo.
 En lo que á mí pertenece,
 Mientras me durare el seso,
 Tendré presente el refrán,
 Que leí en mi albor primero,
 A saber: *¡Oh! gran peligro*
Corre el mísero plebeyo,
Si se atreviere, ante el público,
A proferir sus lamentos (39).

LIBRO CUARTO.

PRÓLOGO.

FEDRO Á PARTICULON.

Habien-lo resuelto aquí
 Poner fin á esta obra,
 Con objeto de que hubiesen
 Otros materia copiosa
 Para proseguirla, luego,
 Mi idea conmigo á solas
 Revolviendo, desistí;
 Porque aun cuando otra persona
 El mismo asunto prosiga,
 ¿Cómo sabrá lo que ahora
 Yo omití, con el deseo
 De que él lo diese á la trompa
 De la fama? ¿No tenemos
 Cada uno nuestra propia
 Inspiración y manera
 De concebir cada cosa?
 No ha sido, pues, ligereza,
 Sino razón, y muy sólida,
 La que me ofrece motivo
 De continuar esta obra.

Y así, oh Particulón,
 Ya que á tu gusto acomodan
 Las fábulas que yo llamo,
 No de Esopo, mas sí Esópicas,
 Porque las que él inventó
 En verdad han sido pocas,
 Algunas más compondré,
 Ateniéndome á la forma
 Antigua, pero adaptándola
 A asuntos y nuevas cosas.
 He aquí, pues, un cuarto libro
 Que leerás en hora ociosa (1).
 Si la envidia le maltrata,
 Me resigno, si no logra,
 Aunque lo intente, imitarlo.
 Yo he adquirido mucha gloria
 Con que tú y otros iguales
 Trasadéis á vuestras obras
 Mis frases, y me halléis digno
 De haber inmortal memoria:
 Respecto á gentes palurdas,
 No ambiciono, no, su loa.

FABULA PRIMERA.

Es muy infeliz el que siendo desgraciado en vida, aun lo es más después de muerto.

UN ASNO Y LOS SACERDOTES DE CIBELES.

Quien ha nacido mísero,
 No sólo pasa vida
 Triste, sino que aun muerto,
 Su estrella infelicísima,
 Sin cesar un instante,
 Le azota y le fatiga.
 Ministros de Cibeles (2),
 Andando en correrías
 Por su provecho, un asno
 Traer siempre solían,
 Para llevar las cargas.
 Habiendo muerto un día
 A golpes y trabajos,
 El pellejo le quitan
 Y de él hacen tambores.
 Pregúntales un quidam
 Qué hicieran del borrico,
 Y al momento replican:
 «Pensaba que, en muriendo,
 De palos estaría
 Libre, pero, aun muerto,
 Ya ves cuántos le arriman.»

FABULA II.

A otro perro con ese hueso.

LA COMADREJA Y LOS RATONES.

Hallarás sin duda
 Que yo me bromeo;
 Y en verdad, aquestas
 Fábulas son cuentos
 Ligeros, con cuales,
 A falta de serios
 Asuntos, mi pluma
 Se está divirtiendo.
 No obstante, si miras
 Un poquito atento
 Estas bagatelas,
 ¡Cuánto de provecho
 Hallarás debajo
 De su obscuro velo!
 Las cosas no siempre
 Son lo que en su aspecto
 Representan: muchos
 Juzgan mal, creyendo
 En las apariencias;
 Y pocos talentos
 Descubrir consiguen
 Lo que se halla envuelto,
 De caso pensado,
 En hondos secretos.
 Porque no me acusen

De que aquí no he puesto
 Más que dichos áridos,
 Voy á contar luego
 De la comadreja
 Y ratos un cuento.
 Una comadreja,
 Débil en extremo
 Por años y achaques,
 Pescar no pudiendo
 Ratones que huían
 Con pie muy ligero,
 Se cubrió de harina,
 Y, desdén fingiendo,
 En rincón obscuro,
 Extendió su cuerpo.
 Un ratón, buscando
 Comida, y creyendo
 Que allí la hallaría,
 La asaltó muy luego;
 Pero sorprendido,
 Pereció al momento;
 Otro, de igual modo;
 Después un tercero.
 Otros todavía
 La vida perdieron;
 Mas se acercó uno
 Ladino y experto (3)
 Que había burlado
 Mil veces los cepos
 Y las ratoneras;
 Y viendo de lejos
 La red que la astuta
 Bestia había puesto,
 Exclamó: «Así medres,
 Como harina es eso,
 Que en rincón obscuro
 Descubro yaciendo.»

FABULA III.

El soberbio hace que desprecia lo que no puede conseguir.

UNA ZORRA Á UNAS UVAS.

Acosada una zorra
 Del hambre, suspiraba
 Por coger unas uvas
 Que de una excelsa parra (4)
 Colgaban; hacia ellas
 Con toda fuerza salta;
 Mas como no podía
 Ni siquiera tocarlas,
 Al retirarse dijo:
 «Maduras aun no se hallan;
 No quiero, no, cogerlas
 Hallándose aún agrias.»
 Deberán apropiarse
 A sí aquesta fábula,
 Los que desdeñan cuanto
 Excede á su arte y maña.

FABULA IV.

El vengativo se acarrea su daño.

UN CABALLO Y UN JABALÍ.

Un jabalí, revolcándose,
 Enturbió el agua de un vado,
 En donde apagar la sed
 Acostumbraba un caballo.
 De aquí resultó pendencia.
 El sonípede (5), irritado
 Contra el jabalí, llamó
 En su socorro al humano,
 Y, llevándole en su espalda,
 Tornó alegre á su adversario.
 Después que mató el jinete
 Al jabalí con sus dardos,
 Al potro habló de este modo:
 «Me alegro de haberte dado
 Auxilio, según pediste;
 Porque esta presa he logrado,
 Y además he comprendido
 Su utilidad.» Y al caballo
 Obligó inmediatamente,
 A pesar de repugnarlo,
 A tascar un duro freno.
 Él, entonces congojado,
 Exclamó: «¡Necio de mí,
 Que al querer vengar agravio

Pequeño, hallé servidumbre!»
 A quienes son demasiado
 Prontos á montar en cólera,
 Habrá este cuento enseñado,
 Que es mejor dejar impune
 La ofensa, que ser esclavo.

FABULA V.

Más vale un sabio que cien tontos.

TESTAMENTO EXPLICADO POR ESOPPO.

Muchas veces se halla un hombre
 Que vale más por sí solo,
 Que otros muchos hombres juntos.
 Lo probaré con un corto
 Relato á gentes futuras.
 Un quidam cerró los ojos,
 Dejando tres hijas: una
 Bella, que flechaba á todos
 Con sus miradas; la otra,
 Conocedora del modo
 De arreglar bien una casa,
 De tejer de lana copos,
 Y de laborear los campos;
 La tercera hija, de rostro
 Feo, y amante del vino.
 El anciano cauteloso
 A la madre instituyera
 Heredera, mas de modo
 Que, por igual, con sus hijas
 Tendría el goce de todo
 Su caudal, siempre que aquestas
 No pudieran haber propios
 Los bienes, ni el usufructo:
 Además añadió un otro
 Mandato: que cada una

Supliese el cargo oneroso
 De dar á su buena madre
 Cien mil sestercios, tan pronto
 Como cesasen de haber
 La herencia. De otro negocio
 En Atenas no se hablaba.
 La madre con cuidadoso
 Celo consulta á abogados;
 Mas nadie comprende cómo
 Ni ser propietarias, ni
 Usufructuarias tampoco
 Podrán las hijas, y á más,
 De qué arte ó medio ingenioso
 Se valdrian por pagar
 Tal suma, no habiendo un óbolo.
 Pasado ya mucho tiempo
 É ignorando el misterioso
 Sentido del testamento,
 La madre pensó tan sólo
 En ejecutarlo al punto,
 Sin pensar mucho ni poco
 En su letra. A la impudente
 Da los vestidos preciosos,
 Toda la plata del baño,
 Con los eunucos y hermosos
 Esclavos; á la hilandera,
 Las tierras, los numerosos
 Rebaños, los operarios,
 Las bestias de carga, todo
 En fin, lo que se emplea
 Y de los campos es propio;
 A la borracha, una cueva
 Hinchida de viejos mostos,
 Casa con rico mueblaje
 Y jardines deliciosos.
 Así divisas las partes,
 Se disponía su fondo

Dar á cada una, con
 Aplauso del pueblo todo,
 Que conocía muy bien
 A las tres, cuando de pronto
 Vieron que á la muchedumbre
 Se dirige el viejo Esopo.
 «¡Oh! Si el padre hoy sepultado,
 Exclamó, abriera los ojos,
 Qué descontento estaria,
 Viendo que su último voto
 No han comprendido los Aticos!»
 Ruega el pueblo presuroso
 Que se explique, y lo que fuera
 A todos dificultoso,
 Fué explicado al fin por él.
 «Dad, dice, casa y lujosos
 Muebles y amenos jardines,
 Y también los viejos mostos,
 A la que tan sólo anhela
 Trabajar de lana copos,
 Y laborear los barbechos;
 Que los vestidos preciosos,
 Perlas, esclavos, y todo
 Ese lote, en fin, se entregue
 A la que vive sin modo;
 Tenga la impúdica campos,
 Viñas, rebaños y mozos
 Que los guardan. No querrá
 Ninguna conservar fondos
 Tan ajenos á sus gustos:
 La que es de tan feo rostro
 Venderá todas sus prendas
 Para hacer licor sabroso,
 Y la impúdica sus tierras
 Para atender á su adorno;
 La que gusta de rebaños
 Y de obras de lana, á otros

Entregará á cualquier precio
 Su domicilio lujoso.
 Así ninguna tendrá
 Su porción, y con el oro
 De la venta, satisfecha
 Quedará su madre en todo.»

De tal manera sagaz
 Adivinó un hombre sólo
 Aquel complicado enigma
 Difícil á tantos otros.

FABULA VI.

Los rayos caen en los montes altos.

BATALLA DE RATONES Y COMADREJAS.

Vencidos por las tropas
 De fieras comadrejas
 (Pintada está esta historia
 En muros de tabernas),
 Los ratones habían
 Huído con gran priesa.
 Apíñanse á la entrada
 De su guarida estrecha,
 Y con grandes esfuerzos
 Al fin en ella entran,
 Logrando de este modo
 Huir de muerte horrenda.
 Sus jefes, que adornaran
 Con cuernos (6) su cabeza,
 Para que los soldados
 Tuviesen una seña
 Visible fácilmente
 En medio á la pelea,
 Se hallaron impedidos
 Ante las mismas puertas,
 Y de sus enemigos
 Se vieron triste presa.
 El vencedor al punto
 A muerte los condena
 Con diente encarnizado,



Y en lóbrega caverna
De su profundo vientre
En un tris los encierra.

Siempre que una desgracia
A un pueblo sobrevenga,
Los grandes, por su misma
Elevación egregia,
Expuestos á mil riesgos
Se encuentran con frecuencia;
Que la gente menuda
Se salva sin molestia.

FABULA VII.

El necio piensa que él solo lo acierta.

FEDRO Á LOS CENSORES DE SUS FÁBULAS.

Tú, maligno, que censuras
Mis escritos, y desdías
Leer cuentos de esta laya,
Ten un poco de paciencia
Con este librito, en tanto
Que desarrugo tu austera
Frente; el coturno (7) ya calza
Esopo por vez primera.
¡Ojalá que nunca (8) pinos
De Tesalia se rindieran
Al hacha en el monte Pélion;
Que jamás Argos, por senda
Audaz lanzado á la muerte,
Con auxilio de Minerva,
El navio fabricara
Que, por desgracia de Grecia
Y de bárbaros (9), entró
El primero en las riberas
Cruelles del Ponto Euxino!
En efecto, del noble Eta
La casa fué sumergida
En el duelo; de Medea
El crimen ha desolado
Todos los reinos de Pelias;
Medea, hábil en rodear

De misterios sus tremendas
 Venganzas, en una parte,
 Por escapar libre, siembra
 Por los caminos los miembros
 De un hermano; aquí, rojea
 Con la sangre paternal
 La mano de hijas de Pelias.
 —¿Qué te parece este estilo?
 —Eso también, me contestas,
 Me parece insulso y falso;
 Porque antes que Argos viviera,
 El rey Minos, con su escuadra,
 La mar sendereara Egea,
 Deteniendo las maldades
 Con brillantes justas penas (10).—

Lector Catón, ¿qué recurso
 Para agradarte me resta,
 Si ni tragedias ni apólogos
 Ante tí gracia no encuentran?
 No quieras, pues, ser pesado
 A los varones de letras,
 Porque puede suceder
 Que te causen más molestias.

Esto se dirige á aquellos
 Que, sin talento, nausean
 De todo, y á trueque de
 Ser tenidos por discretas.
 Personas, al cielo mismo
 Dirigen censura acerba

FABULA VIII.

Quien mal habla, peor escucha.

UNA VÍBORA Y UNA LIMA DE ACERO.

El que con diente
 Maligno ataca
 A otro que fuere
 De más pujanza,
 Su efigie mire
 En esta fábula.
 Víbora fiera
 Entró en la casa
 De un cerrajero;
 Busca con ansia
 Por todas partes
 Que comer, y halla
 Lima, en que al punto
 Sus dientes clava.
 Esta, muy dura,
 Le dijo: «Fatua!
 ¿Cómo pretendes
 Que en mi mella hagan
 Tus dientes, cuando
 Metal no hallas,
 Que, siempre, en polvo
 Yo no deshaga?»

FABULA IX.

Los malignos, por no perecer ellos, pierden á otros.

UNA ZORRA Y UN CHIVO.

Un hombre astuto
Que está en peligro,
A costa de otros
Procura huirlo.

Cayó una zorra
(Fué de improviso)
En hondo pozo
Que había erguido
Brocal. Sediento
Llegó allí un chivo,
Y preguntóla:
«¿Es ese líquido
Dulce y copioso?
—Es tal, amigo
(Ya preparábale
Un armadijo),
Que no me sacio
A mi albedrío:
Baja.» El barbado
Salta de un brinco;
Después la zorra,
Teniendo fijos

Los pies en altos
Cuernos del chivo,
Salió del pozo,
Donde metido,
Y aun atollado,
Dejó al cabrito.

FABULA X

El ciego amor de sí mismo engaña á todos.

LOS VICIOS DE LOS HOMBRES.

Júpiter nos ha dado
 Dos alforjas (11); en nuestra
 Espalda colocónos
 La una, que está llena
 De nuestros propios vicios;
 La otra, muy repleta
 De vicios de los otros,
 De nuestro pecho cuelga.
 Así nunca podemos
 Mirar las culpas nuestras;
 Mas si cometen otros
 La falta más ligera,
 Al punto dirigimos
 Censuras muy acerbas.

FABULA XI.

A Dios nunca se le esconde el malhechor.

UN LADRÓN ROBANDO UN ALTAR.

Encendió un ladrón su lámpara
 Del gran Jove en el altar,
 Y, con tal luz alumbrándose,
 Fué su templo á despojar.
 Ya con el hurto sacrilego
 Se disponía á marchar,
 Cuando el dios excelso al punto
 Así comenzóle á hablar:
 «Aunque esos dones procedan
 De gente mala y audaz,
 Y en razón de tan odioso
 Origen, no lleve á mal
 Que me los robes, no obstante,
 Miserable, pagarás
 Tu crimen con tu cabeza,
 Cuando llegare el fatal
 Momento de tu castigo.
 Mas para que de mi altar
 La lumbre á servir no vuelva
 El crimen á iluminar,
 Prohibo que, en adelante,
 El fuego, que la piedad
 Alimenta, honrando á dioses,
 Se vuelva ya á dedicar
 A estos préstamos profanos.»

Por razón tan principal
 Hoy (12) no es lícito encender
 Luz en el sagrado hogar,
 Ni servirse de una lámpara
 Para arder la del altar.

Cuanto de útiles lecciones

En esta fábula se há,
 Nadie más que su inventor
 Lo acertaría á explicar.
 Enseña primeramente
 Que aquellos á quienes das
 Alimento, muchas veces
 Se convierten en los más
 Violentos enemigos;
 Demuestra también asaz
 Que se castigan los crímenes,
 No por cólera voraz
 De los dioses, sí en la hora
 Que fijó el hado fatal;
 En fin, prohíbe que el bueno
 Pueda en nada comerciar
 Con aquel que acostumbrado
 Está siempre á causar mal.

FABULA XII.

Las riquezas son incentivo de delitos.

HÉRCULES Y PLUTÓN.

Con razón el hombre
 De pecho esforzado
 Odia las riquezas;
 Que un cofre muy hartó,
 A la gloria justa
 Siempre pone obstáculo.
 Cuando recibido
 Por su heroico ánimo
 En el cielo (13) Hércules
 Hubo saludado
 Los dioses, que plácemes
 Le iban prodigando,
 Volvió la cabeza,
 Al mirar que el vástago
 De Fortuna, Pluto,
 Estaba cercano.
 Su padre (14) preguntale
 Por qué tal ha obrado.
 «A ese numen odio,
 Respondió el magnánimo,
 Porque es el amigo
 De todos los malos,
 Y en su afán de lucro,
 A todo hace daño.»

FABULA XIII.

La sinceridad siempre es loable.

UN LEÓN REY.

Nada más útil al hombre
Que hablar según la verdad,
Máxima que todo el mundo
Deberá al punto aprobar;
Mas también mucha franqueza
A veces nos lleva al mal.

Un león habiéndose hecho
Rey de fieras aclamar,
Y queriendo adquirir fama
De justicia y de equidad,
De sus antiguas costumbres
A bien tuvo se apartar.
Mezclándose á sus vasallos,
Sólo tomando frugal
Comida, las santas leyes
Obligaba á respetar
Con justicia incorruptible.
Cansada su majestad
Al poco tiempo..... (15).

FABULA XIV.

La embriaguez causa de vicios monstruosos.

PROMETEO.

Affrictione veretri linguam mulieris;
Affinitatem traxit inde obscenitas—
(Idem.)—Rogavit alter, tribadas et molles mares,
Quæ ratio procreasset? Exposuit senex.
Idem Prometheus, auctor vulgi fictilis,
Qui simul offendit ad fortunam, frangitur,
Naturæ partes, veste quas celat pudor,
Quum separatim toto finisset die,
Aptare mox ut posset corporibus suis,
Ad cænam est invitatus subito á Libero.
Ubi irrigatus multo venas nectare,
Sero domum est reversus titubanti pede.
Tum semisomno corde, et errore ebrio,
Applicuit virginale generi masculino,
Et masculina membra applicuit feminis.
Ita nunc libido pravo fruitur gaudio.

FABULA XV.

No el traje, sino la virtud hace á los hombres iguales.

UNAS CABRAS Y UNOS CHIVOS.

Habiendo de Júpiter
 Las cabras logrado
 Tener también barba,
 Los chivos con ánimo
 Triste murmuraban
 De verse igualados
 Por sus propias hembras
 En honor tan alto (16).
 «Dejadlas, dejadlas,
 Dijo el soberano
 Júpiter, que gocen
 De ese honor liviano,
 Y que usen de adorno
 A vosotros dado:
 Basta que no tengan
 Jamás vuestro brazo.»
 Advierte esta fábula
 Que no hallemos malo
 Que ciertas personas
 De mérito extraño
 Al nuestro, se igualen
 A nos en el hábito.

FABULA XVI.

En las prosperidades teme, en las adversidades espera.

UN PILOTO Y UNOS MARINEROS.

Quejándose un hombre
 De su triste suerte,
 Para consolarle,
 Contó la siguiente
 Fabulilla Esopo.
 Tormenta muy fuerte
 A un buque azotaba;
 Mucho lloro vierten
 Los que en él caminan,
 Temiendo á la muerte;
 Mas de pronto el cielo
 Sereno se vuelve,
 Y el barco ya libre
 De peligro, emprende
 Su ruta al impulso
 De vientos alegres.
 ¡Qué júbilo inmenso
 A todos enciende!
 Entonce el piloto,
 A quien muy prudente
 Hiciera el peligro,
 Habló de esta suerte:
 «Debemos gozarnos
 Moderadamente,

Y exhalar las quejas
 Con medida breve,
 Porque no es la vida
 Mas que eterna serie,
 En que gozos, penas
 Van mezclados siempre.»

FABULA XVII.

De tal vicio, tal costumbre.

EMBAJADA ENVIADA POR LOS PERROS Á JÚPITER.

Una embajada al gran Jove,
 Un día, enviaron los perros,
 Suplicándole les diese
 Vida de mayor provecho,
 Y que de hombres insolentes
 Les sustrajese al respeto,
 Pues dándoles solamente
 De salvado pan grosero,
 Les obligaban, por hambre,
 A saciarse en excrementos
 Impuros. La ruta emprenden
 Los enviados, no con presto
 Pie, pues están ocupados
 En oler estercoleros,
 Por ver si algo de comida
 Logran encontrar en ellos.
 A la embajada convocan;
 Nadie acude al llamamiento.
 Por fin, apenas Mercurio
 Consigue encontrar los perros,
 Que, algo turbados, conduce.
 Mas, al instante que vieron
 La faz augusta de Jove,
 Tal fué su espanto tremendo,
 Que manchan todo el palacio

Con sus torpes excrementos.
 A estacazos perseguidos
 Toman las de Villadiego;
 Mas el gran Júpiter manda
 Que se queden allí presos.
 Entretanto, los demás
 Canes, viendo que no han vuelto
 Los otros embajadores,
 Y suponiendo que aquestos
 Hicieran una torpeza,
 Ordenan, al poco tiempo,
 Que se les agreguen otros;
 La fama corriera presto
 La desdichada aventura
 De los que fueron primero.
 Temiendo que igual desgracia
 Vuelva á producirse en éstos,
 Su ano, en gran cantidad,
 De perfumes embutieron.
 A tales enviados dan
 Sus instrucciones: corriendo
 Marchan; piden una audiencia,
 Que consiguen al momento.
 El Soberano de dioses
 En su trono toma asiento,
 Y agita el trueno, al que tiembla
 Conmovido el universo.
 Los canes, muy espantados
 De este inesperado estrépito,
 Los perfumes é inmundicias
 De súbito desprendieron.
 Todos los dioses exclaman
 Que tal falta de respeto
 No debe quedar impune.
 Antes de penar los perros,
 Pronuncia Jove estas frases:
 «No es propio de rey excelso

Retener á embajadores;
 Mas no es difícil empeño
 Imponer castigo á quienes
 Tamaña ofensa me hicieron.
 No; en lugar de uua condena,
 De mí lograrán un premio.
 No me opongo á que se marchen:
 Solamente les ordeno
 Que se hallen atormentados
 Por el hambre, con objeto
 De que puedan fácilmente
 Ser de su vientre los dueños.
 En cuanto á los que me enviaron
 Diputados tan zopencos,
 Siempre tendrán que sufrir
 De los hombres los desprecios.»
 Por esta razón los canes,
 Como aun en este tiempo
 Aguardan sus diputados,
 Luego que ven á otro perro
 Que les es desconocido,
 Le van á oler el trasero.

FABULA XVIII.

El que hace bien al malo, le hace peor.

UN HOMBRE Y UNA CULEBRA.

El que á los malos
Auxilio presta,
Al poco tiempo
Siempre le pesa.
Levantó un hombre
A una culebra,
Que se encontraba
De frío yerta,
Y con su mismo
Pecho caliente;
Piedad que háiale
De ser funesta,
Porque al momento
Que la tal bestia
Refocilóse,
Infame, pérfida,
Dió muerte al hombre.
Otra culebra
Pregunta el móvil
De acción tan fea:
«Para que nadie,
Responde aquélla,
Hacer á viles
Un bien aprenda.»

FABULA XIX.

El avaro es guarda y no dueño de su oro.

UNA ZORRA Y UN DRAGÓN.

Una zorra se cavaba
Su madriguera: entre tanto
Que trabajaba en su mina,
Y después de hacer en varios
Lugares profundos hoyos,
Llegó á lo último del antro
De un dragón, que custodiaba
Gran tesoro sepultado.
Luego que le vió la zorra
Le dijo con eco blando:
«Te suplico que perdones
Mi pecado involuntario;
Además, como ya ves
Por el modo con que paso
La vida, el oro no busco;
Respóndeme de buen grado.
¿Qué ganas en tan penoso
Empleo? ¿qué suma al cabo
Recibes para privarte
De dormir, y todo el año
Vivir en tinieblas?—Nada
Recibo; mas soberano
Júpiter que guardase
El tesoro me ha mandado.
—¿Y nada puedes tomar

Del para tí ó para extraños?
 —Así lo ordena el destino.
 —Oh! no te ofendas si te hablo
 Con franqueza; pero creo
 Que ha nacido condenado
 Por los dioses todo aquel
 Que semejante á tí hallo.
 ¿No debes tú dirigirte
 Do tus padres han marchado?
 ¿Por qué, pues, atormentar
 Con un afecto insensato
 Tu miserable existencia?
 A tí me dirijo, avaro;
 A tí, que eres la alegría
 De tu heredero; á tí, ingrato,
 Que incienso á los dioses niegas
 Y hasta el pan á tí has quitado;
 A tí, que te pones triste
 Al oír el timbre blando
 De la lira, y que padeces
 De la flauta al eco grato;
 A tí, á quien cuesta suspiros
 Lo que en comer has gastado;
 Que para acrecer tu hacienda
 Con algunos pocos cuartos,
 Con repugnantes perjurios
 Al cielo estás fatigando;
 A tí, que siempre cercenas
 De tu funeral los gastos,
 Porque siempre estás temiendo
 Que Libitina (17) gane algo.

FABULA XX.

Digno es de alabanza perfeccionar lo que otro inventó.

FEDRO ACERCA DE SUS FÁBULAS.

El juicio que la envidia
 Se apresta á pronunciar
 Acerca de mi obra,
 Conozco cuál será,
 Por más que todavía
 Preténdase ocultar.
 Cuanto juzgare digno
 De la posteridad,
 De Esopo al gran ingenio
 Lo habrá de adjudicar:
 Si algunas partes halla
 Más torpes, sostendrá
 En contra de cualquiera
 Que soy su autor. De hoy más
 Deseo con mi réplica
 Sus chismes refutar:
 Que sea despreciable
 O digna de alabar
 Esta obra, el mismo Esopo
 La ha logrado inventar,
 Y yo, yo he conseguido
 Mejor forma le dar.
 Mas la tarea impuesta
 Debemos continuar.

FABULA XXI.

Nadie puede robarnos las verdaderas riquezas.

EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES (18).

El hombre que es sabio
 En sí mismo lleva
 Siempre su fortuna.
 Excelso poeta
 Lírico Simónides,
 Para de pobreza
 Mitigar las ansias,
 A correr empieza
 Las grandes ciudades
 Del Asia, y celebra,
 Mediante un salario,
 A aquellos atletas,
 Que adquirían premios
 En noble palestra.
 Con este comercio
 Logró la riqueza,
 Y rever su patria,
 (Que era, según cuentan,
 La isla de Ceo)
 Al momento piensa,
 Por el mar undoso.
 Se embarca; tormenta
 Terrible á la nave
 Azota; á más era
 Barca muy vetusta,

Y en medio, deshecha
 Quedó, de las aguas.
 El uno, con priesa,
 Recoge su bolsa,
 El otro sus prendas
 Y efectos preciosos
 Para su existencia.
 Uno, el más curioso
 De aquella caterva,
 Exclamó: «Simónides,
 ¿Y tú no te llevas
 Algo de lo tuyo?
 —Todas mis riquezas,
 Respondió, conmigo
 Van por donde quiera.»
 No obstante unos pocos
 La vida libertan
 A nado; otros muchos,
 Por carga que llevan
 Muy pesada, mueren.
 Ladrones se acercan,
 Y á náufragos roban
 Todas cuantas prendas
 Habían salvado;
 Desnudos los dejan,
 Y desaparecen.
 Por fortuna, cerca
 Clazomene (19) estaba,
 Ciudad de fecha
 Muy antigua, en donde
 Los náufragos entran.
 En ella vivía
 Un hombre que á letras
 Era aficionado,
 Y que, con frecuencia,
 Del vate Simónides
 Los versos leyera,

Y á quien admiraba
 En grande manera,
 Aun cuando en su vida
 Ni una vez le viera.
 Este reconócele
 Por su voz discreta,
 Y al punto en su casa
 Cariñoso hospeda,
 Y dale vestidos,
 Siervos y monedas.
 Los demás se marchan
 Con tabla que cuelga
 Del cuello (20), y que triste
 Naufragio presenta,
 Pidiendo limosna
 Porque vivir puedan.
 Los halla Simónides
 Por acaso, y de esta
 Manera les dijo:
 «¿A vos no dijera
 Que conmigo estaban
 Todas mis riquezas?
 De cuanto os llevasteis
 Hoy nada ya os queda.»

FABULA XXII.

No blasones de cosas grandes, sino ejecútalas.

UN MONTE EN ADEMÁN DE PARIR.

Estaba un monte
 Cercano al parto,
 Fieros gemidos
 En su ansia dando;
 El mundo todo
 Tal espectáculo
 Miraba lleno
 De asombro: al cabo
 Tan grande monte
 Dió á luz un rato.
 Esto se ha dicho
 Por tí, que tanto
 Hacer blasonas,
 Y sin embargo,
 Tú no haces cosa
 Que valga un cuarto.

FABULA XXIII.

El mérito se ha de apreciar por las obras.

UNA HORMIGA Y UNA MOSCA.

Había gran debate
 Entre una hormiga y mosca,
 Acerca de cuál de ellas
 Valía más que otra.
 La mosca así empezaba:
 «¡Qué! ¿Comparar tú osas
 Tu fortuna á la mía?
 Si víctima se inmola,
 Yo, la primera, gusto
 Las vísceras sabrosas
 A dioses destinadas;
 Cuanto á mí me acomoda
 Me quedo en los altares;
 Voy corriendo por todas
 Las casas de los dioses;
 Si tal á mí se antoja,
 Me siento en sien de reyes;
 Tomo besos de boca
 Púdica de las jóvenes
 Y de excelsas matronas;
 Yo no trabajo nunca,
 Y sin embargo, goza
 De lo mejor mi labio.

¿Que sabes tú de todas
 Estas dulzuras, rústica?
 —Sin duda, grande gloria
 Asiste al que en banquetes
 De dioses parte toma;
 Pero esto solamente
 Cuando ellos te convocan,
 Mas no cuando te evitan;
 Los altares tú acosas,
 Mas, cuando te presentas,
 A tí de ellos te arrojan;
 Hablas de reyes, besos
 Tomados á matronas;
 ¡Y llegas á engreírte
 De todas cuantas cosas
 Callar el pudor debe!
 Te encuentro siempre ociosa,
 Y así no tienes medios
 De la miseria en horas.
 Mientras que para invierno
 Recojo yo afanosa
 Los granos, te contemplo
 Que llevas á tu boca
 Impuros excrementos,
 Que á las paredes tocan.
 Cuando el verano viene,
 Osada me provocas;
 Cuando el invierno llega,
 Callas tu voz incómoda;
 Y en tanto el frío te hace
 Morir hecha pelota,
 Yo dél me burlo en medio
 De mi troje copiosa.
 Mas dije lo bastante
 A confundir tu loca
 Soberbia.» Aquesta fábula
 Nos amonesta docta

A distinguir dos clases
 Diversas de personas;
 Las que á sí se prodigan
 Elogios de ruin monta,
 Y las, á quien su mérito
 Concede gloria sólida.

FABULA XXIV.

El que sirve á Dios, seguro tiene su premio.

SIMÓNIDES PRESERVADO POR LOS DIOSES.

Dije más arriba en cuánto
 Eran tenidas las letras
 Por los hombres: diré ahora
 Cuánta honra les hicieran
 Los mismos dioses. Simónides,
 Aquel egregio poeta
 De quien he hablado, se había
 Comprometido, por cierta
 Suma, á escribir el elogio
 De un atleta, que obtuviera
 El lauro en el pugilato (21).
 A la soledad se entrega.
 Como sentia su genio
 Oprimido en tan estrecha
 Materia, usó, cual se suele,
 De la licencia poética,
 Y cantó en su panegirico
 A los dos hijos de Leda,
 Diciendo que aquella gloria,
 Que lograrian en idéntica
 Palastra, sobre su héroe.
 Radiaba su luz espléndida.
 Aceptada fué la obra;
 Pero al autor no le entregan
 De la suma concertada



Más que la parte tercera.
 Al pedir las otras dos,
 Así le dijo el atleta:
 «Las recibirás de aquellos
 Que han entrado por dos tercias
 En el elogio. Mas para
 Conocer que no te alejas
 Incomodado conmigo,
 Prométeme que á mi cena
 Has de venir: mi familia
 He convidado á mi mesa,
 Y yo á ti te considero
 Como un individuo de ella.»
 Aunque burlado Simónides
 Y herido por tal afrenta,
 Aceptó, pues no quería,
 Cuando á aquel perjurio deja,
 Perder del todo su gracia.
 A la hora indicada llega;
 Toma asiento con los otros.
 El festín, que el vino alegra,
 Era de los más brillantes;
 Toda la casa resuena
 A los ecos estruendosos
 De una magnífica fiesta.
 Dos jóvenes, de repente,
 De más que humana presencia,
 De polvo y sudor cubiertos,
 A un joven esclavo ordenan
 Que, de su parte, á Simónides¹
 Vaya á llamar, y le advierta
 Que si no quiere perder
 La vida, al momento venga.
 Aturdido el siervo llama
 A Simónides. Apenas
 Había aqúeste sentado
 El pie, de la sala fuera,

Cuando se arruina la bóveda
 De repente, y muerte horrenda
 Da á todos: aquellos jóvenes
 No se hallaron á la puerta
 De la casa. Al extenderse
 De este suceso la nueva,
 Todos vieron claramente
 Que los dioses acudieran
 En persona á libertar
 La vida del gran poeta,
 De sus pias alabanzas
 En condigna recompensa.

EPÍLOGO.

Nunca falta que escribir.

Á PARTICULÓN.

Pudiera aún muchas fábulas
 Seguir yo publicando;
 Que á mi ingenio se ofrecen
 Mil asuntos variados;
 Pero las producciones
 Del arte delicado
 Con sobriedad gustadas,
 Ofenden mucho, cuando
 Prodiganse sin modo.
 Y así, oh varón honrado,
 Particulón, que nombre
 Perenne has conquistado
 Por mis escritos, mientras
 Las letras en el Lacio
 Se honoren, si la falta
 De ingenio tu sufragio
 No obtiene, por lo breve
 Yo logre conquistarlo;
 Cualidad de gran precio,
 Puesto que de ordinario
 Los vates á lectores
 Son siempre muy pesados (22).

LIBRO QUINTO.

PRÓLOGO.

Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

EL POETA.

Si en varias partes
 He yo invocado
 De Esopo el nombre,
 A quien, ha largo
 Tiempo, he devuelto
 Lo de él tomado,
 Sabed que ha sido
 Para dar amplio
 Peso á mis fábulas;
 Así han obrado
 Muchos artistas
 Que hallan más caro
 Precio á sus obras,
 Cuando el nombre alto
 De Praxiteles
 Van ostentando
 En sus estatuas
 Nuevas de mármol,

Ó de un Mirón
 Sus cincelados
 Platos argénteos (1).
 ¡De tal aplauso
 Gocen mis fábulas!
 Porque el muy rábido
 Diente de envidia
 Quedará extático,
 De antiguos tiempos
 A objetos falsos,
 Antes que á otros
 Buenos de este año.
 Mas una historia
 Voy á contaros
 Que de esto mismo
 Prueba darános.

FABULA PRIMERA.

El buen nombre sirve más que lo bello exterior.

DEMETRIO Y MENANDRO.

Revestido de poder
 Ilegítimo Demetrio
 De Falera (2), posesión
 Tomara de ático pueblo.
 Según costumbre del vulgo,
 Todos, en tropel corriendo,
 A sus pies se precipitan,
 Aclamándole frenéticos
 Por donde quiera (3). Aun los mismos
 Habitantes más excelsos
 Besan (4) la mano opresora,
 Aunque gimiendo en secreto
 Por su miserable suerte.
 Y finalmente, hasta aquellos
 Que nada significaban
 Y que pasaban el tiempo
 Ociosos, vienen después
 De los demás, y rastreros
 A las plantas del tirano
 Se arrojan pronto, temiendo
 Ser acusados por no
 Tributarle tal respeto.
 Se hallaba entre aquestos últimos
 Menandro, poeta egregio
 Por sus comedias, leídas

Otro tiempo por Demetrio,
 Quien, sin conocer al mismo
 Vate, admirara su genio.
 Menandro se adelantaba,
 De perfumes por completo
 Humedecido, y vestido
 De una túnica, que al viento
 Flotaba; en su andar revela
 Molicie y decaimiento.
 Cuando el tirano le hubo
 Visto en los últimos puestos
 De la turba: «¿Quién es ese
 Afeminado, al momento
 Dijo, que de tal manera
 Aquí se presenta?» Aquellos
 Que se hallaban más cercanos
 A Demetrio, respondieron:
 «Es el poeta Menandr.»
 Al punto se corrigiendo:
 «No se podría, exclamó,
 Hallar hombre más discreto.»

FABULA II.

El valiente de palabra es muy ligero de pies.

UNOS CAMINANTES Y UN LADRÓN.

Un ladrón á dos soldados
 Atacó; la fuga emprende
 Uno de ellos, mas el otro
 Con gran valor le hizo frente,
 Y con poderosa diestra
 Al ladrón le dió la muerte.
 Corrió entonces el cobarde,
 Desenvainando el machete
 Y echando atrás el capote:
 «Enséñame dó está ése,
 Dijo, que quiero que vea
 A qué gentes acomete.»
 Entonces el vencedor
 Le contestó lo siguiente:
 «Quisiera que esas palabras,
 Hace poco, me dijeses;
 Porque, al creerlas sinceras,
 Combatiera más valiente.
 Guarda, por tanto, esa espada
 Y tu acento, que no tiene
 Temple mejor; pues con ellos
 Has de poner miedo á quienes
 No te conozcan. Mas yo,
 Que sé con qué ardor emprendes
 La fuga, sé hasta qué punto
 Contar con tus bríos puédese.»

Esta fabula aplicar
 A aquellos hombres se debe
 Que, mientras todo va bien,
 Se las echan de valientes (5),
 Y cuando llega el peligro
 El campo dejan en breve.

FABULA III.

El que peca de vicio, no merece perdón.

UN CALVO Y UNA MOSCA.

En la cabeza desnuda
 Una mosca picó á un calvo,
 Y queriendo éste matarla,
 Se aplicó fuerte sopapo.
 Entonces ella, riéndose,
 «¡Hola! Le dijo: tú, osado,
 Querías darle la muerte
 A un insecto desdichado,
 Porque te picó; ¿qué harás
 A tí que, con propia mano,
 Acabas de unir la afrenta
 A la injusticia de ese acto?»
 El hombre le respondió:
 «Me perdono de buen grado,
 En lo que á mí pertenece,
 Porque no tenía el ánimo
 De maltratarme á mí mismo;
 Mas á tí, animal malvado,
 Vil criatura, que chupas
 La sangre de todo humano
 Con gusto, á tí yo quisiera
 Hacerte tortilla, aun cuando
 Debiera más daño hacerme,
 Que el que ha poco me he causado.»
 Esta fábula demuestra

Que pueden ser perdonados
 Los que una falta cometen
 Por acaso involuntario;
 Mas aquel que causa el mal
 Con intención de hacer daño,
 Tengo para mí que bien
 Merece ser castigado.

FABULA IV.

Dichoso el que esarmienta en cabeza ajena.

UN HOMBRE Y UN ASNO.

Después que un hombre
 Inmoló un puerco (6)
 Al santo Hércules (7),
 Con el objeto
 De cumplir voto
 Que hiciera enfermo,
 Mandó llevasen
 A su jumento
 De la cebada
 Todos los restos,
 Que no quisiera
 Mísero puerco.
 Mas rehusóse
 Tocar en ellos,
 Así diciéndole:
 «Con gran deseo
 Yo comería
 Lo que me has puesto,
 Si al que lo usaba,
 En otro tiempo,
 Yo no acabase
 De verle muerto.»
 A esta fábula
 Yo siempre atento,
 He renunciado

A todo medio
 De enriquecerme,
 Si hubiere riesgo.
 Pero diránme:
 ¡Oh! el dinero
 Que se ha robado,
 Se guarda luego.
 —¿Si? pues veamos,
 Si así queréislo,
 Los que por hurtos
 Penas sufrieron:
 Veréis entonces
 Que los rateros
 Ajusticiados,
 En todo tiempo,
 En mayor número
 Por siempre fueron.
 La audacia vale
 A algunos; pero
 Es á otros muchos
 Funesto ejemplo.

FABULA V.

Las preocupaciones pervierten el juicio.

UN CHARLATÁN Y UN RÚSTICO (8).

Muy á menudo los hombres
 Juzgan mal, cuando están ciegos
 Por injustas prevenciones;
 Y mientras sostienen tercios
 Sus errores, la evidencia
 Les obliga á que muy luego
 Entonen la palinodia.
 Un noble y muy opulento,
 Celebrar juegos ansiando,
 Anunció, doquier, que un premio
 Daría á quien ofreciese
 Un espectáculo nuevo.
 A disputar tal honor
 Mil artistas acudieron,
 Y entre ellos bufón, famoso
 Por los chistes de su ingenio.
 Dijo que iba á presentar
 Una diversión al pueblo,
 Hasta entonces nunca vista
 En plazuelas ni proscenios.
 Esta noticia se extiende,
 Y pone en gran movimiento
 A la ciudad; el recinto,
 Hacia poco, desierto,
 Para contener al público

No era lo bastante extenso.
 Cuando el bufón aparece
 En el teatro, y le vieron
 Solo, sin arreo alguno,
 Y sin quien le ayude el juego,
 La misma curiosidad
 Impuso á todos silencio.
 Este su cabeza bajo
 Su manto esconde ligero,
 Y el gruñir de un lechoncillo
 Remedó de tan perfecto
 Modo, que todos pretenden
 Que realmente habia un cerdo
 Debajo de sus vestidos;
 Le ordenan que en el momento
 Los sacuda; lo hace, y nada
 Hallaron debajo de ellos:
 El bufón recibe entonces
 Muchos aplausos frenéticos.
 Un paisano, que testigo
 Había sido del juego,
 Exclamó: «¡Por el gran Hércules!
 No será este hombre más diestro
 Que yo.» Y en aquel instante
 Anuncia al absorto pueblo,
 Que él, en el día siguiente,
 Mejor habría de hacerlo.
 Acude mayor gentío:
 Como están ya predisuestos,
 Se preparan á burlarse
 De aquel rústico tan necio,
 Antes de ver cómo sabe
 Imitar mejor al cerdo.
 Los dos rivales parecen:
 El bufón gruñe el primero;
 Le aplauden; exclamaciones
 Surgen de todos extremos.

Entonces finge el paisano,
 En su vestido cubierto,
 Resguardar un marranillo.
 (Y uno tenia, en efecto);
 Mas nadie en ello pensara,
 Que al otro no se lo vieron.
 Tirando, pues, de la oreja
 Al cerdo, en su veste envuelto,
 Le obliga por el dolor
 A que lance los acentos
 Que la natura le diera.
 Exclama en seguida el pueblo
 Que el bufón lo remedara
 De un modo muy más completo,
 Y quiere que á aquel paisano
 Del tablado arrojen luego.
 Éste entonces, de debajo
 De su ropa saca el cerdo,
 Y mostrando de este modo,
 En verdad, bien claro y cierto,
 Cuánto engaño padecieran:
 «Aquí tenéis un sujeto,
 Exclamó, que decir puede
 Si sois juzgadores rectos.»

FABULA VI.

No todo conviene á todos.

DOS CALVOS.

Encontró un calvo,
 Por casualidad,
 Un peine en la calle;
 Se acerca otro tan
 Calvo, que ni un pelo
 Podía mostrar.
 «¡Eh! Para nosotros
 Dos, le dijo el tal,
 Sea lo que acabas
 Hora de encontrar.»
 El otro el hallazgo
 Enseñó á su igual,
 Así le diciendo:
 «Los dioses nos han
 Sido favorables;
 Mas hado fatal
 Ha sido contrario,
 Porque en vez de gran
 Tesoro, carbones,
 Como costumbre hay
 De decir, hallamos.»
 Cuando ve un mortal
 Que sus esperanzas
 Cual humo se van,
 Le es entonces licito
 Sus quejas lanzar.

FABULA VII (9).

La vanidad necia para en irrisión.

EL FLAUTISTA PRÍNCIPE.

Cuando un espíritu vano,
 Mimado por el capricho
 Del público, engríese hasta
 Desconocerse á sí mismo,
 Esta necia fatuidad
 Le expone pronto al ridículo.
 Era Príncipe un flautista
 De bastante fama y brillo,
 De acompañar encargado
 En el teatro á Batilo (10).
 Al danzar un día en juegos
 Dados por un individuo,
 (No sé quién), acaeció
 Que al retirar de su sitio
 Una gran decoración,
 Cayó en tierra mal herido,
 Rompiendo la *tibia* izquierda (11),
 Aunque él hubiera querido
 Mejor del lado derecho
 Haber dos flautas perdido.
 Le levantan y le llevan
 A su casa, dando gritos
 De dolor. Pasaron meses;
 Quedó al fin restablecido.
 No transcurrió mucho tiempo,

Como es uso recibido
 En el teatro entre hombres,
 Que son del placer amigos,
 Sin echar de menos al
 Músico, que con sonidos
 De su flauta, al bailarín
 Mantenía siempre en vilo.
 Personaje linajudo
 Quería ofrecer magníficos
 Juegos: Príncipe empezaba
 Ya á caminar con pie listo;
 A fuerza de oro y de súplicas
 Pudo el noble reducirlo
 A presentarse ante el público,
 Al menos, el día mismo
 De los juegos. Llega el día:
 Del flautista el nombre inclito
 Ocupa el labio de todos
 Los que están en el recinto:
 Quiénes afirman que ha muerto,
 Quiénes que al instante mismo
 Va á presentarse. Levantan
 El telón, se oye el zumbido
 Del trueno (12). Los dioses hablan
 Como tienen por estilo.
 En seguida entona el coro
 Un refrán desconocido
 De Príncipe, por haber
 Éste, ha poco, al teatro ido,
 Y que venía á decir:
 «Roma, alégrate: tú brillo
 Renace, el Príncipe es salvo.»
 Todo el teatro en unísono
 Aplauso se alza frenético.
 El músico agradecido
 Besos á todos envía,
 Porque pensaba el insípido

Recibir en tal momento
 Los plácemes y cumplidos
 Del pueblo. Los caballeros
 Habiéndose apercebido
 De aquel bufonesco error,
 Y riendo á dos carrillos,
 Mandan renovar el canto.
 Segunda vez repetido,
 Nuestro hombre otra vez se inclina
 Cuan largo era, y muy cumplido;
 Los caballeros aplauden
 Y del burlan de lo lindo.
 El pueblo cree que el artista
 La corona le ha pedido.
 Mas al punto que el suceso
 Fué de todos conocido,
 A Príncipe se apresuran,
 De cabezones asido,
 A arrojar del escenario,
 Aunque se encuentra vestido
 Y puesto el calzado blanco,
 Y la pierna envuelta en lino,
 Y á recoger preparado
 Los honores dirigidos
 Tan sólo á la augusta casa
 De los Césares divinos.

FABULA VIII.

Vuela el tiempo y no volver.

EL TIEMPO.

Ese viejo que huye
 Con rápidas alas,
 Que corre por filo
 De aguda navaja (13),
 Calvo y en la frente
 De pelo una mata,
 De cuerpo desnudo,
 Al cual, si lo agarras,
 Sujetar bien debes,
 Porque, si se escapa,
 Ni Júpiter mismo
 Cogerlo lograra;
 El tal es un símbolo
 Que bien os declara
 Que la ocasión pronto,
 Muy pronto se pasa.
 Tales son los rasgos,
 Con que dibujaran
 Antiguos al Tiempo,
 Pues les anunciaba
 Temor de que el hombre,
 Por pereza tarda,
 A sus mismos planes
 No pusiera valla.

FABULA IX.

No des lecciones á quien sabe más que tú.

UN TORO Y UN BECERRO.

Un toro forcejeaba,
 Para entrar en su establo
 De puerta muy estrecha.
 No pudiendo lograrlo,
 Un becerro le quiso
 Enseñar el amaño
 De que usar debería.
 «¡Oh! calla ese tu labio,
 El toro le responde;
 Ya lo sabía antaño,
 Antes de que nacieras.»
 El que, ignorante, á sabios
 Corrige, aqúeste cuento
 Tenga por aplicado.

FABULA X.

Todo se lo lleva el tiempo.

UN CAZADOR Y UN PERRO.

Un perro muy ágil
 Y de mucho esfuerzo
 Contra toda fiera,
 Siempre satisfecho.
 Al amo dejara;
 Mas rendido al peso
 De los muchos años,
 Se volvió muy lerdo.
 Un día, luchando
 Con jabali fiero,
 De cerdas muy ásperas,
 Le apresó violento
 Por la dura oreja;
 Pero, ya teniendo
 Cariados sus dientes,
 Soltóle muy presto.
 Cazador dolido
 Reprendió á su perro
 Con ásperas frases.
 El servidor viejo
 Le dijo en su lengua:
 «No, no ha sido celo
 Lo que me ha faltado,
 Pero sí el esfuerzo.
 Si de mi te quejas

En este momento,
 Percata qué he sido
 Yo en otros tiempos.»
 Tú muy bien penetras,
 Querido Fileto,
 En qué estoy pensando
 Al escribir esto.

FIN DE LAS FÁBULAS DE FEDRO.

NOTAS.

EPIGRAMAS DE MARCO VALERIO MARCIAL.

LIBRO DUODÉCIMO.

(1) Marcial no había escrito nada, después de tres años que había vuelto á su patria. Se justifica de su silencio en esta epístola dirigida á Prisco, que llega de Roma, y á quien dedica este duodécimo libro.

(2) Los antiguos dividían en doce partes iguales los días tanto de estío como de invierno; sucedía, pues, que las horas de invierno eran más cortas que las del verano, porque los días de esta estación eran más largos que los del invierno.

(3) Aldea de la Etruria, cerca del mar.

(4) Este epigrama y el siguiente están dirigidos á Trajano, que se llamó *Nerva Trajano* después que fué adoptado por Nerva.

(5) Versión de Iriarte.

(6) No es ésta una hipóbole: Roma fué puesta en el número de las divinidades, y hoy se ven medallas que la representan sentada sobre un trono, teniendo en su mano izquierda el mundo, y en su derecha una estatua de la Victoria.

(7) Versión de Iriarte.

(8) Montaña de Macedonia, donde decían los poetas que habitaban las Musas, que por eso se llaman también Pimpleidas ó Pimpleas.

(9) Trajano.

(10) A fin de que el sueño no te haga olvidar tus promesas.

- (11) Versión de Iriarte.
 (12) Nombre genérico empleado á menudo por los poetas para designar á un cualquiera, liberto ó esclavo.
 (13) El poeta satírico.
 (14) El monte Aventino, en cuya cumbre estaba el templo de Diana.
 (15) Versión de Iriarte. De esta Silenis ha hablado muchas veces Marcial y siempre en mal sentido.
 (16) Del mismo. También lo ha vertido así:

De pelo y dientes comprados
 Usas, Lella, sin vergüenza.
 Pero ¿qué harás para el ojo?
 Que ojos no se hallan de venta.

- (17) Especie de carro armado de hoces, del que se servían los Galos en el combate. Se supone que los Romanos, que lo habían convertido en coche de placer, habían suprimido las hoces. Le llama *discreto* por la ventaja que ofrecía de ser conducido sin cochero, y por lo tanto, permitir á los viajeros hablar con toda libertad.
 (18) Esta palabra aplicada á un ladrón es supuesta sin duda; pero la ha escogido con mucha oportunidad, puesto que está formada de *Ermes* y *genomai*, como quien dice, hijo de Mercurio. Ahora bien, Mercurio era el dios de los ladrones.
 (19) Nuevo Verres del tiempo de Domiciano.
 (20) Mucho tiempo después de Augusto no se daban todavía servilletas á los convidados, que las llevaban consigo de su casa.
 (21) En Roma, al fin de la república, los ediles cubrían con un telón los anfiteatros durante los juegos. Marcelo, según Plinio, hizo más: mandó, durante su edilidad, cubrir el foro, á fin de que jueces y abogados y partes no fuesen molestados por el sol.
 (22) Se representaba á Isis con un vaso en una mano y un sistro en la otra. La turba que manejaba los sistros eran los sacerdotes de Isis. El sistro en su origen parece haber servido para acompañar cadenciosamente los lúgubres cantos acerca de Osiris. La construcción del sistro era tal, que no se podía sacar de él más que un sonido agudo, que se conformaba bastante bien con estos cantos. Después per-

dióse el verdadero sentido de este uso; y cuando las supersticiones egipcias estuvieron de moda en Roma, las personas que las profesaban sacudían el sistro en horas fijas. Los sistros variaban un poco en la forma; pero las más veces eran óvalos y hechos de una lámina ó plancha de metal sonoro. La circunferencia estaba por cada lado perforada de muchos agujeros opuestos uno á otro; por estos agujeros pasaban muchas varitas de metal, idéntico al del cuerpo del instrumento, cuyo más pequeño diámetro atravesaban; estas varitas terminaban en ganchos en sus extremidades. Un mango adaptado á la parte inferior del sistro servía para agarrarle y agitarle cadenciosamente. Algunas veces la parte superior, en vez de ofrecer una porción de círculo, está dispuesta en forma de triángulo. Algunas veces el sistro no tiene ningún adorno, y otras su parte superior está coronada de figuras, con frecuencia de una flor de loto y de una cabeza de gato, y muchos de estos sistros presentan también una cabeza de gato á cada lado.

- (23) Versión de Iriarte.
 (24) El término de los alquileres en Roma era el 1.º de Julio.
 (25) Véase la nota del ep. 19 del lib. II.
 (26) En un rincón de los puentes, los pobres y los mendigos establecían su vivienda. Véase lib. X, ep. 5.º
 (27) Traducción del anónimo.
 (28) Los á quienes Horacio dedicó su *Arte poética*.
 (29) Alude á Memmio, á quien Lucrecio dedicó su poema.
 (30) Unos quieren que sean dos caballos, otros dos cocheros del circo. Véase lib. VII, ep. 7 y nota.
 (31) Véase lib. I, ep. 4 y nota.
 (32) Versión de Iriarte.
 (33) Infamia demasiado común entre los antiguos. Véase la sátira II de Juvenal.
 (34) Personaje desconocido.
 (34) Versión de Iriarte.
 (35) Del mismo.
 (36) Del mismo. En este epigrama se ha inspirado Crisóstbal de Castillejo para escribir su famosa copla: *Ni contigo ni sin ti*.
 (37) Los antiguos se limpiaban el c.... con una esponja, que estaba unida al extremo de un palo, como se ve por

aquel que condenado á ser desgarrado por las fieras, pidió permiso para exonerar el vientre, y no teniendo medio de matarse, se hundió el palo y la esponja en el estómago y se mató.

(38) Urinarios, que entre los Romanos eran de tierra.

(39) Alusión á la opípara comida que dió Domiciano á Minerva en el monte Albano, durante las Quinquatrias.

(40) El banquete dado en honor de Júpiter Capitolino, y que menciona Valerio Máximo. Los festines de los pontifices eran proverbiales por su magnificencia. Horacio habla de ellos, lib. II, *od.* 4, y Macrobio los describe con muchos detalles, *Satur.*, III, c. 13.

(41) Jóvenes que frecuentaban las escuelas; dejaban crecer y rizaban su cabellera.

(42) Versión de Iriarte.

(43) Sabido es por qué Proserpina amaba á las jóvenes robadas, como también el por qué Venus no amaba á las vírgenes.

(44) Alude á la fábula del vellocino de oro.

(45) Versión de Iriarte.

Rodrigo Caro en sus *Dias geniales ó lúdicos*.—Sevilla, 1884; ha traducido este epigrama del modo siguiente:

Rubio y de color moreno,
Un pie breve, un ojo tuerto,
Una gran cosa harás cierto,
Zoylo, si tu eres bueno.

(46) Del mismo.

(47) Estos sacerdotes se desgarraban el cuerpo á latigazos, creyendo calmar, con la efusión de sangre, á la terrible diosa de los combates.

(48) Los náufragos llevaban suspendido del cuello el cuadro de su naufragio, para excitar la compasión y sacar la limosna del público, sin tener que referir su desgracia al transeunte. Los naufragos que no necesitaban socorros, también representaban su aventura en un cuadro, que consagraban en el templo del dios, al que atribuían su salvación.

(49) Muchos autores antiguos atestiguan tan extraña

ceremonia. Creían los antiguos que los eclipses de Luna eran obra de los mágicos, sobre todo de Tesalia, los cuales, según ellos, tenían el poder, por medio de sus encantos, de traer la Luna á la tierra. Por tal razón se hacía un estrépito horroroso con calderos, sartenes y otros instrumentos para hacer que el astro volviese á su lugar. Los Romanos seguían esta costumbre y encendían antorchas y hogueras para reencender la luz de la eclipsada luna. Los Chinos tienen también esta práctica supersticiosa.

(50) Ciudad de Italia, sobre el Vulturno, célebre por su exquisito aceite de olivo.

(51) Hoy Cervaro, riachuelo que desemboca cerca de la antigua Tarento, colonia lacedemonia.

(52) Con el mismo título que una querida á la que se llama *su señora*.

(53) Los idus eran el 13 ó el 15 de cada mes, que de este modo dividían en dos partes iguales. Se llamaban así de la palabra etrusca *iduate*, que significaba dividir. Los de Marzo, Mayo, Julio y Octubre eran el 15; los demás meses el 13.

(54) Los Romanos se hacían llevar á los baños el lienzo con que se enjugaban. Los ricos llevaban además, en un cuerno de rinoceronte, el aceite precioso con que se frotaban al salir del baño. Iban á las termas para sudar y á los baños para lavarse. Los baños no se abrían al principio antes de las dos ó las tres de la tarde; después se abrieron desde la salida á la puesta del sol.

(55) O, según otros, copas incrustadas de piedras preciosas.

(56) Se llamaba así el lugar donde los Galos fueron asesinados por Camilo, ó diezmados por la peste, cuando sitiaban á Roma. Véase Tito Livio, lib. V, c. 45.

(57) Versión de Iriarte.

(58) Donde estaba el mercado de la loza y pucheros.

(59) Porque todo se lo come y se lo bebe antes de vender su cosecha á tan bajo precio.

(60) Había en Roma letrinas públicas, *foricæ*; por eso se llaman, en derecho, *foricarii*, los que las cerraban. Patroclo era sin duda uno de éstos. Pagaban al fisco un tanto por alquiler, según la ley del Digesto, lib. XII, tit. I.

(61) Atenuamos la crudeza del obsceno verbo *fellare*.

(62) Versión de Iriarte. También hizo la siguiente:

Calistrato alaba a todos,
De alabar dignos huyendo.
Para quien ninguno es malo,
Dime, ¿quién podrá ser bueno?

(63) Juega el poeta aquí con dos palabras que no se pueden traducir, *Alicula* y *alica*. La *alicula* era una especie de capotillo que solamente cubría los hombros. Según Ulpiano, la llevaban sólo los niños, y bastaba para preservar del frío el cuello y las orejas. La *alica* tiene tres significados, porque quiere decir *bebida*, *caldo*, *harina* ó flor de trigo, y á veces el grano con que se hacía pan ó pasteles. Véase lib. XIII, ep. 47 y nota. Se sometía esta harina á la fermentación, y se obtenía una especie de cerveza.

(64) Véase lib. iv, ep. 19 y la nota.

(65) Los antiguos se servían de las heces del vino para limpiarse el cuerpo, ó antes de comer para provocar el vómito y abitarse más de alimentos.

(66) Probablemente se trata aquí de un esclavo manumitido por Marcial. Los esclavos que obtenían la libertad se rasuraban el cabello, que consagraban á algún dios. Algunas veces se lo cortaba su misma esposa, al día siguiente de sus bodas, indicando que en adelante los esclavos ya no servirían más para los placeres del amo.

(67) Véase lib. i, ep. 4 y la nota.

(68) Traducción del anónimo.

(69) Alude á Horacio, nacido en Venusa, en Calabria.

(70) Primer poeta satírico de los Latinos.

(71) Sobrenombre de Baco, de *Bromos*, ruido, estrépito, tumulto de las bacanales.

(72) Traducción del anónimo. (Este epigrama y los dos anteriores faltan en muchas ediciones. Escribieron y Radero pretenden, quizá con un poco de ligereza, que no son de Marcial; lo que pudiera admitirse, si se tratara de un poema épico.)

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

(1) Los epigramas de este libro se llaman en latín *xenia*, porque eran dirigidos ó enviados á huéspedes, *tois xenois*, á amigos. Marcial, epigrama 3 de este libro, nos advierte que

ha puesto á cada uno su título, lo que es de importancia, atendido á que muchas de estas composiciones presentan, según las ediciones y manuscritos, gran diversidad en sus títulos.

En cuanto á la palabra *Apophoreta*, título del lib. XIV, procede también de la voz griega *apoforein*, llevar, y designa los platos ú otros menudos regalillos, que se permitía á los convidados, especialmente en los días de Saturnales, llevarse á su casa. Era la moneda con que Marcial pagaba á sus amigos, porque el poeta era pobre y se veía obligado á mendigar, aunque en términos espirituales y en deliciosos versos. En vez, pues, de dar vasos, vestidos, estatuas, etc., daba dísticos y epigramas; laudable y económica costumbre que debiéramos rehabilitar.

(2) Véase lib. i, epigr. 4, y la nota.

(3) El escudo de plata que aquí menciona el poeta equivalía á 6 reales; por lo tanto, el libro XIII de Marcial se vendía próximamente á 6 pesetas.

(4) Famoso librero. Véase lib. iv, epigr. 72, y nota.

Los particulares que se ocupaban en vender ó encuadernar libros, eran: 1.º, el *librarius*, copista encargado de transcribir por cuenta del *bibliopola* los manuscritos y sacar copias; 2.º, el *bibliopola*; que era el librero propiamente dicho, que compraba las obras antiguas y nuevas, y las vendía; 3.º, el *librariolus*: era un término medio entre el *librarius* y el *bibliopegus*; disponía ó adornaba las bibliotecas, intervenía, ya en su fábrica, ya en la contextura material del libro; era algo más que un encuadernador, y á veces encuadernador; 4.º, el *bibliopegus*: era el encuadernador de oficio; también se le llamaba *librorum concinnator, compactor*; 5.º, *glutinator*: sus funciones eran pegar las hojas de papiro para formar un libro. Véase lib. II, epigr. 8, y la nota.

La tienda del *bibliopola* se llamaba *taberna libraria*, ó simplemente *libraria*. Los almacenes de libros se nombraban *apotheca*; la calle habitada por los bibliopolas, *Argiletus*; las fábricas de papel, *officina chartaria*, y los almacenes donde se vendía, *taberna chartaria*; la mano de papel compuesta de 20 hojas, se llamaba *scapus*. (Plin., I, XIII, capítulo XXIII.)

(5) Emplea Marcial la palabra *alica*, que Festo deriva de *alere*, nutrir. Véase más adelante la nota del epigr. 47, y el 82 del lib. XII y la nota.

(6) Con la harina de Clusium, hoy Chiusi, ciudad de Toscana, se hacía una especie de engrudo, al que se mezclaban alguna vez huevos y miel.

(7) Vasos de arcilla.

(8) Eran célebres las lentejas de Pelusa, ciudad del bajo Egipto.

(9) Las llama *discretas* porque no dirán que se les ha quitado su cebada; pero el dueño lo sospecha y se lo dice al muletero.

(10) Medida de sólidos, de capacidad de 16 sestarios, y equivalía á 2 celemines toledanos. Véase Mariana, *De ponder.*, núm. 76: equivale hoy á 8 litros 82 centilitros.

(11) Ciudad del Lacio, á diez millas de Roma, rodeada de lagunas, donde la madera era húmeda, y por tanto difícil de arder.

(12) Alusión ingeniosa á la pobreza de los primeros Romanos.

(13) Véase Plinio, lib. XIV, cap. III.

(14) Ciudad de Italia, próxima á Aquilea.

(15) Ciudad de los Sabinos, hoy *Norza*.

(16) Las piñas estaban consagradas á Cibele, en memoria de Atys, á quien cambió en pino en el momento en que iba á colgarse, en un acceso de rabia. (Ovidio, *Met.* X.)

(17) Plinio, lib. XV, cap. XXIII, cuenta cuatro especies. La propiedad de este fruto está atestiguada por Dioscorides.

(18) Así llamadas porque proceden de los montes de Damasco.

(19) Ciudad de Etruria, hoy *Porto Venere*, donde se hacían enormes quesos. También pudiera suceder que este queso haya tenido la forma de una luna.

(20) Estos pueblos estaban cercanos al Adriático, junto al río Matrin. Otros Vestinos habitaban la Campania, cerca del mar Tirreno. V. Plinio, lib. XI, cap. XCVII.

(21) Estaba situado en la segunda región de Roma, cerca del monte Aventino. Llamósele así, porque siendo pantanoso este lugar, los que le atravesaban para ir al monte Aventino, pasaban por una barea, pagando al barquero un impuesto que se llamaba *velatura*, de donde por corrupción se dijo *Velabrum*.

(22) Aldea del país de los Sabinos, de donde se traían á Roma quesos secados al fuego ó macerados en agua.

(23) Estos bulbos son los ajos, que se consideraban como muy afrodisiacos.

(24) Hoy Corfú, célebre por los jardines de su rey Alcino. Véase Homero, *Odis.*, VII.

(25) Es decir, calostros.

(26) La misma razón que hizo inmolar á Ceres el puerco, devastador de los trigos, obligó á Baco el macho cabrío, que come los brotes de la viña.

(27) Véase el epigrama 102 de este libro y la nota.

(28) Alude al jabali enviado por Diana para asolar la Etolia, y que fué muerto por Meleagro.

(29) La *alica*, pan inventado en el Piceno: se humedecía durante nueve días; al décimo se la amasaba con jugo de uva seca, y se la cocía en el horno en vasijas de barro, que se rompían fácilmente. Este pan solamente se comía mojado, y de ordinario en vino melado. Véase Plinio, lib. XVIII, capítulo XIII. Véase también acerca de otra especie de *alica* á Marcial, lib. XII, epigr. 82 y la nota.

(30) Acerca de los tordos y las coronas de tordos, véase el epigr. 47 del lib. III, de donde se puede, naturalmente, concluir que estas coronas estaban formadas de una varita redondeada en círculo, en torno de la cual se colgaban los tordos.

(31) Pueblo de España, cerca de los Pirineos.

(32) Tácito, *Hist.*, lib. IV, menciona á los Menapios, que coloca más allá de la Meuse.

(33) Se comprende la analogía entre el capón y el sacerdote de Cibele. La sal del epigrama está también en la significación de la voz *gallus*, que también quiere decir gallo.

(34) Esta ave costaba hasta 50 dracmas, lo que equivale á unas 750 pesetas. Véase más adelante el epigr. 76 de este libro.

(35) Los sacerdotes de Venus no podían comer aves consagradas á esta diosa.

(36) De *foikies*, púrpura, y de *piéron*, ala. Su lengua es de gusto exquisito. (Plinio, lib. X, cap. LXVIII.)

(37) Conocido es este hecho de la historia romana.

(38) Este dios es sencillamente Domiciano, que mandó reconstruir el Capitolio, después de haber sido incendiado.

(39) Unos dicen que forman la Y, otros la A. Véase Cice-

rón, *De Nat. Deorum*, lib. II. Plin., lib. x, cap. xxx, y Marcial, lib. IX, epig. 14.

(40) La grulla se llama ave de Palamedes, porque, según algunos autores antiguos, del extraño vuelo de estos pájaros tomó Palamedes las cuatro letras inventadas por él durante el sitio de Troya.

(41) Versión de Iriarte. Véase el anterior número 65.

(42) Plinio, de ordinario tan crédulo, niega este hecho, lib. x, cap. xxxii.

(43) Este gigante era Porfirión (Horacio, *Od.*, lib. IV). Los Romanos llamaban facciones á las diferentes tropas de combatientes, que corrían en carros en los juegos del Circo. Hemos ya hablado de cuatro que se distinguían por los colores de las casacas que llevaban. Domiciano añadió otras dos, la purpúrea y la dorada.

El sentido del epigrama es: «¿Te admiras de que tan pequeño pájaro tenga el nombre de un gigante? ¿Qué dirás cuando sepas que, aunque rojo, se llama como el primer corredor de la facción verde?»

(44) El río Liris, en Campania, corría cerca de Minturno y á lo largo de un bosque consagrado á la ninfa Marica, esposa del rey Fanno. Respecto á las esquilas, véase á Plinio, lib. IX, cap. I.XVI.

(45) Por su ferocidad se le ha llamado lobo. Véase Plinio, lib. xxxii, cap. v.

(46) Véase Plinio, *loc. cit.*, Macrobio, *Saturn.*, lib. III, capítulo xv, nos dice que Sergio debió su sobrenombre de *Orata* á su pasión exagerada por este pez.

(47) Hermana de Tyrrhida, hija de Tirrheo, de quien habla Virgilio, *Eneida*, lib. VII.

(48) Todos los autores latinos, y Marcial en varios de sus epigramas, hablan de esta famosa salsa, *garum*. Se cree que era una salmuera de boquerones ó escombros. Su nombre de *garum de los aliados* le venía de una sociedad de caballeros romanos que habían establecido una explotación de *garum* en las costas de España, cerca de Cartagena. En tiempo de Plinio, el *garum* de primera calidad se vendía hasta por mil monedas de plata los dos congios: cada congio equivalía á seis litros. Añade, además, que este líquido tan rebuscado, estaba formado de intestinos de peces, que se escabechaban en sal. Marcial veía en esta salsa la misma sangre del escombros.

(49) Hoy Antibes, ciudad de la Galia Narbonense.

(50) Había, en efecto, según Plinio, un vino de Viena, en el Delfinado, que sabía á la pez. Rómulo es quizá el nombre de algún mercader de este vino.

(51) Procedía de las bodegas del monte Albano, que Domiciano visitaba con frecuencia. Lo llama Yulo, del hijo de Eneas, fundador de Alba.

(52) Por lo espeo, grosero y áspero.

(53) Véase lib. III, epigrama 25 y nota, y lib. I, epigrama 27 y nota. El poeta no distingue aquí el Falerno del Masica, aunque Plinio los distingue claramente, y dice que los montes de Masica están más allá de los campos de Setia, de Falerno, etc. Sinuesa, ciudad del Lacio, que algunos han creído haber sido llamada Sinope.

(54) Hoy Sezza, próxima á Terracina, al extremo de las lagunas Pontinas: su vino es hoy poco apreciado, aunque Plinio y Marcial le den el primer puesto.

(55) Todavía hoy producen las viñas de Fondí vinos ordinarios de muy agradable gusto.

(56) Próximo á Cumas.

(57) El territorio de Cécubo no goza hoy de la fama que tenía en la antigüedad. Plinio indica también las lagunas Pontinas como un terreno donde se cosechaba el cécubo, libro XVII, cap. III. V. á Horacio, *Od.* lib. I, 37, y II, 14. Plinio, lib. XIV, cap. VIII.

(58) Ciudad de Italia. Plinio es del mismo parecer que Marcial.

(59) Trátase del vino de Mesina, cuyos habitantes se llamaban Mamertinos.

(60) Los Marsos eran vecinos de los Pelignianos; hoy forman parte del país de los Abruzos.

(61) Versión de Iriarte.

(62) Marcial ya ha mencionado estos vinos en el lib. III, epigrama 82, y X, ep. 36.

(63) Hoy *Cervetere*, en lo que era antes Estados Pontificios.

(64) Versión de Iriarte. Hoy todavía los vinos de Tarento son de buena calidad.

(65) Era efectivamente famosa su lana por el tinte de púrpura que le aplicaban los Tarentinos.

LIBRO DECIMOCUARTO.

- (1) Véase el principio de las notas del libro anterior.
- (2) Se ponía este manto, en latín *synthesis*, en los días de Saturnales: era el vestido consagrado para las diversiones de esta solemnidad, y común á patricios y plebeyos.
- (3) Siempre Domiciano.
- (4) Pasadas las Saturnales, el edil perseguía y castigaba á los jugadores de dados.
- (5) Estas tablillas, de marfil, de limonero ó de otra madera, se componían de hojas pequeñas, de forma cuadrada oblonga, que se enceraban, y se escribía en ellas con el estilo ó punzón. También se hacían de pergamino igualmente encerado. Estas especies de *agenda* se componían de dos, tres y cinco hojas. Largo tiempo se llamaron *códices* ó *caudices*, de *caudex*, palabra con que los antiguos designaban un conjunto de planchas.
- (6) Véase la nota anterior. No se comprende bien el sentido de este epigrama más que suponiendo que se publicasen los senatusconsultos, ó los triunfos, escribiéndolos en estas tablillas, que por su forma y volumen eran muy portátiles.
- (7) Se grababan en estas tablillas, con el estilo, letras en las que se ponía una especie de tinta, á fin de hacer negras las letras y más legibles á ojos débiles.
- (8) Véase lib. II, ep. 6, y nota.
- (9) Versión de Iriarte. Véase, acerca del uso del papel entre los Romanos, la fecha de su origen, su fabricación y sus diferentes especies, á Plinio, lib. XIII, cap. XXI y XXVI.
- (10) Los antiguos, al empezar sus cartas, unían su nombre al de la persona á quien escribían, asociándole el pronombre *suo* ó *suis*: *M. Tullius Cicero, Attico suo*.
- (11) Este juego era poco ruinoso: era uno de los juegos de la infancia. *Nucibus relictis* significaba que ya no era uno niño. El esposo, al casarse, arrojaba nueces, para expresar que renunciaba á los juegos de la infancia, á las locuras de la juventud, para convertirse en grave padre de familia.
- (12) Las piezas del ajedrez se llamaban indistintamente

calculi, latrones y latrumenti. Véase Ovidio, *Arte de amar*, libro II. Eran de vidrio ó piedra transparente.

(13) El estuche, de que aquí se trata, no era más que la misma escribanía acompañada de sus estilos.

(14) Bolas de jabón fabricadas en *Mattiacum*, ciudad de Germania, que, según Ortelio, es hoy *Marpurg*.

(15) Versión de Iriarte.

(16) Ignoraban los Romanos el uso de las plumas de ave para escribir: se servían de una caña llamada *calamus, arnido, fistula* ó *canna*, que se tallaba con el *scalprum* ó *scalpellum*. Plinio dice que las de Egipto eran las mejores.

(17) D. Juan de Iriarte ha traducido así este epigrama:

Si no cuidas de la luz
Que esa madera afianza,
De repente el candelero
Verás convertido en hacha.

(18) Mole de piedra ó de metal que se llevaba con el brazo tendido, y se balanceaba para hacer ejercicio y sudar después del baño.

(19) Se servían de él para cubrir la calva ú ocultar el color de su cabello.

(20) Véase la nota del epigr. 78 del lib. XIII.

(21) Véase Plinio, lib. XII, cap. XLVII.

(22) De *afros*, espuma, y *nitron*, nitro. Véase Plinio, libro XXXI, cap. XLVI.

(23) Virgilio, *Egl.* II, nos dice de qué materia, cuál era la estructura y quién fué el inventor de estas flautas.

(24) No se diferenciaban de las anteriores más que por la forma, y no por la materia.

(25) Aquí hay un juego de palabras, que solamente puede apreciar el oído. La palabra latina *pes*, según la pronunciaban los Romanos, correspondía por su sonido á la palabra griega *pais*, niño ó esclavo. Las dos, al menos, se pronunciaban del mismo modo en tiempo de Marcial.

(26) Versión de Iriarte. Véase Ovid., *Metam.*, lib. VI.

(27) Durante los cinco días de las Saturnales, que eran de completa licencia.

(28) En el hueco de una caña trajo Prometeo á la tierra el fuego robado al cielo.

(29) Se parecía á la sigma mayúscula de los Griegos, que se figura así en las inscripciones, C.

(30) Medida de cinco pies que servía para medir edificios.

(31) Marcial nos dice en el epigr. 74 del lib. XII, que estas tazas desafían la rapacidad del ladrón; que no las daña el agua hirviendo; y que no temen la torpeza de los esclavos. Por esto sin duda las llama *audaces*.

(32) Famoso grabador como Mentor, y del que se ha ocupado en el epigr. 15 del lib. VIII.

(33) Véase Juvenal, *Sat.* v, v. 48.

(34) Eran platos revestidos de oro.

(35) Los Romanos los imitaron de los Bretones, y los usaban mucho.

(36) Verona, patria de Catulo. Acerca del vino de Retia, véase á Virgilio, *Georg.*, lib. II.

(37) Versión de Iriarte.

(38) Los Romanos, aunque fuesen inmensamente ricos, se despojaban de los anillos que llevaban en los dedos para adornar con ellos sus copas, vasos, etc. Véase Plinio, libro xxxvii, y Juvenal, *Sat.* v.

(39) Versión de Iriarte. El P. Interian de Ayala ha parafraseado, con mucha elegancia, este epigrama, del modo siguiente:

Muchacho que con fatal
Susto, que parece enredo,
Solicitado del miedo
Quebras copas de cristal;
Te advierto que en caso tal
Obres menos aturdido:
Porque yo siempre he entendido,
Si es más de lo conveniente,
Que tropiezan igualmente
El cuidado y el descuido.

(40) Véase la nota del epigr. 26 del lib. III.

(41) Nerón fué el primero que ideó hervir el agua, y ponerla después en un vaso para refrescarla con nieve. Véase acerca de este uso á Plinio, lib. XIX, cap. XIX. Juvenal, *Séneca*, y otros autores.

(42) Era la señal que tenían los Romanos para pedir el orinal. Véase lib. III, epigr. 82.

(43) Aulo Gelio define la *ligula*, diciendo que era un *puñal á manera de lengua*: otros pretenden que era una especie de medida. Véase lib. II, epigr. 29; v, epigr. 18 y 19; VIII, epigr. 33 y nota.

(44) Véase lib IV, epigr. 19 y la nota.

(45) Ciudad de la Apulia, hoy *Canola*.

(46) Era un vestido grosero, fabricado en el país de los Santones, pueblo de la Aquitania Gala, hoy la Santonge.

(47) Acerca de estas dos facciones, véase la nota del epigrama 78 del lib. XIII.

(48) Versión de Iriarte.

(49) Perífrasis para expresar el pelo de macho cabrío. El Ciniño era un río de Africa, según unos, de Cilicia, según otros, en cuyas márgenes se hallaban muchos de estos animales. Véase lib. VII, epigr. 95.

(50) Páris, raptor de Elena. Véase Horacio, *Od.*, lib. I.

(51) Se llamaba del Circo, porque según Turnebo, en los juegos del Circo los pobres acostumbraban echarse sobre ella.

(52) Era una campana que llamaba á los baños á los que hacían ejercicios en el gimnasio. Galeno observa que los antiguos acostumbraban tomar un baño caliente después de jugar á la pelota; una campanita les daba la señal, y les advertía que corriesen antes que se cerrasen los baños: los morosos se veían obligados á bañarse en agua fría.

(53) Alude á la desgracia de Jacinto, amado á la vez del Céfiro y de Apolo. Irritado por la preferencia que Jacinto daba á éste, Céfiro desvió el disco que Apolo acababa de lanzar, y causó la muerte de Jacinto. Apolo le cambió en la flor de este nombre. (Ovidio, *Metam.*, lib. X.)

(54) En Plinio, lib. XXXIV, cap. XIX, se lee: «Praxiteles es el autor del Apolo Pubero, llamado Sauroctono (de *sauros*, lagarto, y *kteino*, yo mato), porque se prepara á dar muerte con una flecha al lagarto que se arrastra á sus pies.

(55) Véase la nota anterior del ep. 164. En cuanto al cuadro de que aquí se trata, he aquí lo que de él dice Plinio, lib. XXXV, cap. XL: «Hay de Nicias el Ateniense un Jacinto, cuadro favorito de Augusto, que lo trajo consigo á Roma, después de la toma de Alejandría, y que luego Tiberio colocó en el templo dedicado á su predecesor.»

(56) El padre, Mercurio, en griego *Ermes*; la madre, Venus, en griego *Afrodite*.

(57) Plinio, lib. xxxv, cap. xxxvi, habla del mismo modo de este Hércules de Zeuxis.

(58) Casi todos los intérpretes están acordes en ver en este poemita una tierna alegoría, un homenaje á la memoria de Cicerón, un consejo á Octavio de elevar al gran orador un monumento expiatorio. Véase lib. VIII, epigr. 56.

(59) Versión de Iriarte.

(60) Véase respecto á esto los testimonios de Quintiliano, libs. II y IV, de Séneca y de Tácito.

(61) Este reproche le ha sido muchas veces dirigido. Véase acerca de Lucano los *Etudes de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence*, tom. II, por M. D. Nisard.

(62) Versión de Iriarte.

(63) Del mismo.

(64) Los Griegos y Romanos distinguían, como nosotros, muchas especies de monos: llamaban *pithecoi* á los que no tenían rabo, y *kercopitecoi* á los que lo tenían. Rabo ó cola, en griego, es *kerkos*.

(65) Un comentador piensa verosíblemente que Marcial alude aquí al título de dos comedias de Menandro.

(66) Hemos traducido la palabra *fibula* por hebilla. Véase la nota del epigr. 82 del lib. VII.

(67) Este epigrama recuerda el rasgo de Lúculo, que, rogado por Cicerón y Pompeyo para que les diese un banquete, sin avisar al cocinero, convino con ellos en que nada se prevendría, sino momentos antes de ponerse á la mesa. Llegado el día, Lúculo tan solamente dijo á su mayordomo que comería en la sala de Apolo. Ahora bien, esta sala estaba destinada á los festines delicados y suntuosos, y la precaución de los convidados quedó burlada hasta tal punto, que Cicerón tomó, al parecer, una fuerte indigestión.

FABULAS DE FEDRO.

PRÓLOGO.

(1) Marcial pregunta á su Musa qué hace su amigo Rufo.

«¿Quizá compone apólogos agudos,
Con Fedro el malicioso en competencia?»
An amulatur improbi jocos Phædri. (Lib. III, ep. 20.;

(2) Aviano en una carta á Teodosio, hablando de los autores latinos que han escrito fábulas, dice de Fedro: *Phædrus etiam partem aliquam quinque in libellos resolvit.*

(3) *Æsopæos logos, intentatum Romanis ingeniis opus*, dice Séneca en la *Consolación á Polibio*, si es que esta obra es de Séneca.

(4) Lib. III, fáb. 10.

(5) Prólogo al lib. III.

(6) Prólogo al lib. III.

(7) Epílogo del lib. III.

(8) *Ipsi fluxam senio mentem, et continuo abscessu veluti exilium» objectando.* (*Annales*, VI, 38.)

(9) Lib. V, fáb. 4.

(10) Lib. II, fáb. 7.

(11) Lib. I, fáb. 15.

(12) Lib. V, fáb. 1.^a

(13) Prólogo al lib. III.

(14) Lib. III, fáb. 9.

(15) Prólogos de los libros III y V.

(16) Prólogo del lib. III.

(17) Lib. IV, fáb. 20.

(18) Prólogo del lib. IV.

(19) Epílogo del lib. IV.

(20) Prólogo del lib. III.

(21) Idem.

(22) Lib. IV, fáb. 7.

(23) Epílogo del lib. II.

(24) Quien desee conocer las vicisitudes que ha sufrido en la Edad Media la colección de fábulas de Fedro, y quiénes se las han atribuido, hasta que se encontró el genuino manuscrito de Fedro en la biblioteca abacial, lea la extensa *Noticia* que al frente de la traducción de nuestro fabulista ha insertado M. Heteulot, y que se halla en la colección Nisard.

(25) Tales son *La mujer de parto*, fáb. 18 del lib. I; *El milano y las palomas*, fáb. 31, lib. I; *El perro y el cocodrilo*, fábula 25, lib. I.

(26) Prólogo del lib. I.

(27) Para poder apreciar mejor á Fedro y sus fábulas, consúltese al brillante cuanto imparcial y profundo crítico D. Nisard, tom. I, *Etudes de mœurs et de critique sur les poètes latins de la decadence*, de cuyo trabajo no es este prólogo más que la copia recopilación.

LIBRO PRIMERO.

(1) Verso senario es el verso trimetro acataléctico: como se ve, los Griegos cuentan por *dipodia*, ó reunión de dos pies, y los Latinos por *monopodia*. Así es que estos últimos llamaban *septenarius*, *octonarius*, al tetrametro cataléctico, y al tetrametro acataléctico de los Griegos; sea *yambico*, sea *trocaico*: *senos* (*septenos*, *octonos*) *cum redderet ictus*.

(2) Esta palabra es muy concisa y al parecer contiene dos ideas: no solamente Esopo es inventor del género, sino que además ha referido algunas fábulas, que Fedro intenta referir de nuevo, más poéticamente y en verso.

(3) Era de nación Frigio, de condición esclavo, de cuerpo feo, pero de muy agudo ingenio, como lo acreditan las fábulas que inventó y escribió en griego.

(4) No es superflua esta palabra. *Fábula* es una de aquellas voces que pueden significar cosas verdaderas ó fingidas: Cicerón, *Accus. 3, in Verrem: Non me fugit, Iudices, vetera exempla pro fictis fabulis jam audiri, atque haberi*. Fedro, libro II, fáb. 5, dice: *Vera fabella*.

(5) *Æquis legibus*, dice el texto latino, expresión que

como lo indican las siguientes, no significa aquí leyes equitativas, sino la constitución misma de Atenas, según al principio fué establecida por Tereo, á su regreso de Creta, y renovada después por Solón. *Æquis legibus* no es más que la traducción de las palabras de que usaban los Griegos para designar aquella forma de gobierno en la que todos los ciudadanos, pobres y ricos son iguales entre sí, *isonomia*, *isopolitica*, *isogoria*. Puede consultarse respecto á esto la *Politica* de Aristóteles, y el admirable discurso de Aspasia en el *Menezenes* de Platón. Solamente acerca de estas dos palabras hay una disertación crítica por Andrés Luis Kœnigsman en la *Hamb. vermischten. Bib.*, vol. II parte 4.^a

(6) Descendiente de Codro, último rey de los Atenienses, y pariente de Solón. Cicerón, lib. III de *Orat.*, alaba su elocuencia.

(7) Hijo de Júpiter y de Maya, mensajero de los dioses, que intimaba sus órdenes á los hombres y llevaba los encargos de éstos á los dioses.

(8) Suponen los críticos que bajo esta metáfora ataca Fedro al soberbio Seyano, privado de Tiberio, y perseguidor de nuestro fabulista. De la ambición de Seyano habla Cornelio Tác. *Ann.*, 4.

(9) *Verboſis ſtrophis* dice el texto latino. Discursos enmarañados, frases de charlatán: la palabra griega aquí reproducida en latin, tenía algunas veces este mismo sentido, además del de estrofa, como lo indica un pasaje del *Escoliasta* de Aristófanes. Séneca ha usado este término en una de sus más elocuentes epístolas. (*Ep. ad Lucil.*, xxvi.) *Non timide itaque componor ad illum diem, quo, remotis strophis ac fucis, de me iudicaturus sum, utrum loquar fortia, an sentiam; nunquid simulatio fuerit, et mimus, quidquid contra fortunam iactavi verborum contumaciam*. Plinio también ha escrito, *Ep. I.*, xviii, *ego aliquam stropham inveniam*.

(10) Justino, lib. XLIII, cap. IV, hace mención de esta fábula, con la diferencia de que en lugar de introducir una segunda perra, introduce un pastor. Pone Justino la fábula en boca de un régulo que exhorta á Comano á no dejar crecer el poderio de Marsella.

(11) Y en efecto, es cosa afrentosa para un esforzado caer á golpes de un cobarde: y al contrario, es gloria morir á manos de un valiente: *Æneæ magni dextra cadis. Eneida*, x, v 839, y que un poeta ha traducido:

«¡Miserio joven, en tu adversa suerte
 Consuélete el saber que fué de Eneas
 El noble acero que te dió la muerte!»

(12) Horacio trae esta misma fábula, para aplastar el orgullo de un hombre que, teniendo apenas dos pies de estatura, quería parecer tan alto como el gladiador Turbón; y siendo abatido, portarse con tanto lucimiento como Mecenas. Véase lib. II, sát. III, v. 56.

(13) El cocodrilo es un anfibio de las orillas del Nilo, por miedo al cual los perros nunca se paran á beber en este río; y de aquí es que para explicar que un hombre lo hace todo corriendo, se usa de aquel adagio: *Tanquam canis é Nilo*.

El chiste que se dijo aludiendo á Antonio después de la derrota de Módena, se refería sin duda á este hecho: *Quid agit Antonius? Quod canis in Ægipto: bibit et fugit.*

Respecto al hecho de que aquí se trata, véase á Eliano, *Varie Hist.*, I, 4, y á Plinio, *Hist. Nat.*, VIII, 40.

(14) Se enterraban con los muertos los objetos preciosos que les habian pertenecido; ó bien se ocultaban en las sepulturas tesoros que se quería que estuviesen seguros; por lo cual allí acudían los ladrones á robarlos, sin respetar la santidad de las tumbas. «Sacaré unas veinte minas de esta vieja sepultura, para dárselas al hijo de mi amo», dice el Pseudolo de Plauto. *Acto I, escena IV.*

(15) Acostumbraban los antiguos levantar algunas aras para sacrificar animales; y Esopo dice en esta fábula, que estaban entonces en el campo, sacrificando una cabra.

LIBRO SEGUNDO.

(1) De esta clase de hombres llamados en latin *ardelionez*, véase los epigramas de Marcial, 80, lib. I, y 7.º, lib. II, con las notas correspondientes.

(2) No se puede llamar fábula fingida lo que aquí se relata, puesto que ha sido un suceso verdadero. Véase el prólogo del lib. I.

(3) Es la de que habla Virgilio en el lib. VI, v. 234, donde

Eneas sepultó al trompeta Miseno. El mar de Sicilia designa aquí las aguas que bañan las islas Eolias, la costa septentrional de la Sicilia y el cabo Peloro; pero á menudo, lo que se llamaba Sicilia se extendía más lejos. «Comprende, dice Estrabon, lib. II, el golfo que se halla entre el país de Regio y los Locrios, por una parte; y á Siracusa y á Pachino (Passaro), de otra. Al E. abraza también este mar las extremidades de la Creta, una gran parte del Peloponeso, y llena el golfo de Corinto. En las regiones septentrionales toca al promontorio de Lapigia, la embocadura del golfo Jonio y las partes meridionales del Epiro.» De este lado se elevó una tumba á Nerón. «Tiberio y Nerón se miran» dice madame Stæel en *Corina*.

(4) *Ec alticinctis unus atriensibus*, dice el texto latino. Se llamaban así estos esclavos, porque estaban en el *atrium* y cuidaban de él. El *atrium* seguía inmediatamente al vestibulo. *Illic et epulabantur, et deos colebant: census etiam omnes illic asservabant. Ibi et culina erat, unde ATRIUM dictum est quod atrum erat ex fumo* (Pignorius, *De servis*).

Estos esclavos eran más considerados que los demás, como se ve por Cicerón (*Paradoxes*, lib. V, 2): *In magna familia, sunt alii lautiores servi, ut atrienses: alii inferiore loco ut mediastini*, etc.

(5) Esta túnica parece que era cierta especie de bata sin mangas, que caía desde los hombros hasta más abajo de las rodillas. Atábase á la cintura con una especie de ceñidor. Un pasaje de Suetonio (*In Augusto*, 52) nos da alguna luz acerca de esta vestidura. *Dictaturam magna vi offerente populo, genu nixus, dejecta ab humeris toga, nudo pectore deprecatus est*. Damia era famosa por sus finas telas de lino.

(6) Era Tiberio de genio mofador: *Ludibria seriis permiscere solitus*, dice Tácito (*Annal.*, lib. VI, 2), y Suetonio (*In Tib.*, 52) refiere que siempre andaba ridiculizando los hechos y victorias del gran Germánico.

(7) El esclavo, con el obsequio que habia hecho á Tiberio, esperaba por premio la libertad, que concedían los Romanos dando un bofetón al esclavo favorecido.

(8) Si damos crédito á Eliano (*Anim.*, xv, 22), las cornejas acostumbran volar alrededor de las águilas.

(9) Belón, en la *Historia de las aves*, VI, 1, dice que la corneja es muy aficionada á las nueces, y que las suele cas-

car dejándolas caer de lo alto sobre las piedras, y así aconseja que haga otro tanto con la tortuga.

(10) Observan los naturalistas que el arrojar los galápagos sobre las peñas es propiedad del águila. Según Eliano (*Anim.*, VII, 16), el poeta Esquilo pereció del golpe de una tortuga que una águila dejó caer sobre su calva, teniéndola por un guijarro.

(11) Para significar cuánto se desojan los amos en cuidar de su hacienda, Fedro alude á la fábula de Argos, de quien (*Metamorph.*, lib. 1) dijo Ovidio: *Centum luminibus cinctum caput Argus habebat.*

(12) Un epigrama de la *Antología* de Agathias nos dice que esta estatua había sido hecha por Lisipo, así como las de los siete sabios de Grecia.

LIBRO TERCERO.

(1) Este prólogo de Fedro se suele estimar por los críticos, como modelo perfecto de dedicatorias, pues en él da Fedro razón del plan de su obra en general y en particular, sin omitir cosa alguna de cuantas puedan mover á Eutico á emplearse en la lectura de estas fábulas.

(2) En latín *viles nenas*. Aunque, según Ciceron, lib. II, *De Leg.*, 24, eran las nenas cantos lúgubres, suelen también tomar por canciones en general; y tal sentido le corresponde aquí: así dijo Horacio, lib. I, *Epist. I*, v. 63: *Puerorum nenia.*

(3) El Pierio, llamado también *Pieria*, era una larga cadena de montañas, que se dirigía de Norte á Sur en los confines de la Tesalia y la Macedonia, que dominaba un poco el golfo Thermaico, y que iba á reunirse, prolongándose paralela al mar Egeo, con los montes Cambunianos, Octolofos y el Olimpo.

(4) Fedro quiere decir que apenas se le considera como poeta, aunque escriba en verso.

(5) Alude á las dos palabras que se hallan en el primer verso con que Sinón empezó su discurso: *Cuncta equidem tibi Rex, fuerit quodcumque fatebor* (*Æn.*, II, v. 77).

(6) Sinón, joven griego y mentiroso, que se fingió deser-

tor, y engañó á los Troyanos (*Æn.*, II, v. 57). De aquí nace el adagio *Græca fides*.

(7) Seyano, favorito de Tiberio, de cuya autoridad y genio sombrío abusaba tiránicamente, aborrecía á muchos hombres de bien, y entre ellos á Fedro. Tácito (*Ann.*, lib. I, 69) habla de las maldades de Seyano.

(8) Los Frigios eran tenidos por de vil natural é ingenio mazorrall: á esto aluden aquellos adagios: *Phryx verberatus melior. Sero sapiunt Phryges.*

(9) Insigne filósofo, á quien algunos tienen por uno de los sabios de Grecia.

(10) Lino, poeta de Tebas, hijo, según la fábula, de Apolo y de Terpsicore.

(11) Hijo de la musa Caliope y de Apolo. Su padre le dió una lira, que pulsó con el raro primor que fingien los poetas. (V. Horacio, *De arte poetica*, v. 331.)

(12) Río de Tracia. *Hebrumque libamus* (Virg., *Ecl.*, x, versículo 50, y *Æn.*, x, v. 331).

(13) Gloria semejante á la que todos dan á Orfeo y á Lino, compatriotas de Fedro, como si éste dijera con Virgilio (*Ecl.*, IV, vers. 55 y siguientes): *Non me carminibus vincet, nec Thracius Orpheus,—Nec Linus; huic mater quamvis, atque huic pater adsit,—Orphei Calliopea, Lino formosus Apolo.*

(14) Esopo era muy feo y muy hombre de bien. En este sentido escribió Marcial contra Zoilo el ep. 54, del lib. x.

(15) *Sella prima*, dice el texto. Según lo que se puede conjeturar, por solo el texto de los autores, y á falta de representaciones materiales, han debido tener algunas veces los carros dos ó más asientos; el primero, colocado inmediatamente por cima del timón, estaba reservado al que llevaba las riendas y el látigo. En Quinto Curcio (lib. IV, 15): *Auriga Durii, qui ante ipsum sedens equos regebat, hasta transfusus est.* Propercio (libros IV y VIII, v. 21) ha dicho, hablando de Cintia:

*Ipsa sedens FRIMO TEMONE pependit,
Ausa per impuros frena movere locos.*

(16) En latín *pulmentarium*. *Puls*, y en griego *Poltos*, era, según un erudito, una especie de caldo hecho con guisantes, habas, arroz y otras legumbres; quizá también con-

tenía miel, huevos y queso. *Pulte, non pane, visisse longo tempore Romanos manifestum est*, dice Plinio, xvii, 8.

(17) Filósofo célebre de Atenas, que dejó la física por aplicarse á la filosofía moral. Acusado de impiedad, fué muerto, obligándole á tomar la cicuta, sin querer permitir que Lysias le defendiese. Cayendo después en cuenta de su delito, los Atenienses le erigieron una estatua de bronce.

(18) Hijo de Teseo y de la amazona Hipólita, ó Antioga. Su madrastra Fedra acusó falsamente á Hipólito, que, por creerle culpado, fué maldito por su padre, y Neptuno con un monstruo marino espantó de tal manera los caballos del carro de Hipólito, que éste cayó y murió de la caída.

(19) Hija de Priamo, rey de Troya; predijo que Troya se perdería con la entrada del famoso caballo. (*Æn.*, x, versículo 246.)

(20) Da á entender que las historias de Hipólito y Casandra pueden ser tenidas por fabulosas.

(21) La pretesta era una toga entretrejida de púrpura, que los niños, especialmente de distinción, llevaban hasta los diez y siete años, en cuya edad vestían la toga enteramente blanca, llamada viril ó pura, porque no tenía mezcla alguna de púrpura. Cicerón (lib. ix, *ad Attic.*, ep. 6.^a), hablando de su hijo, dice: *Ciceroni meo togam puram cum dare Aprini vellem.*

(22) Andaban en Roma los jóvenes con el pelo atado hasta que tomaban la toga viril, de que hemos hablado en la nota anterior: entonces se le cortaban á usanza de los varones.

Sobre el modo de cubrirse y descubrirse las cabezas de los Romanos y sobre el uso de atarse y cortarse el pelo, véase á Plutarco *in Tiber. Grac.*

(23) *Representavit in se panam*, dice el texto latino. Este verbo *representare* significa elegantemente la anticipación de algo; v. gr.: pagar antes que venza el plazo. *Si qua etiam jactura facienda est in representando* (Ciceron, *ad Attic.*, epistola 29). *Corpus libentur obtulerim, si representari morte mea libertas civitatis potest* (Philip., 2, *in fine*).

(24) Tribunal compuesto de cien jueces, aunque en realidad eran ciento cinco, á saber, tres de cada una de las treinta y cinco tribus de Roma.

(25) Cuando morían los Emperadores, empezaban á ser tenidos por dioses. Vespasiano, cuando se le agravaba la

enfermedad, decía burlándose: *Ut puto, Deus fio*, según refiere Suetonio en su vida, cap. xxiii.

(26) Por falta de corchos, suelen las abejas labrar sus panales en los huecos de los árboles:

Pumicibusque cavis, exseseque arboris antro,

dice Virgilio en *Las Geórgicas*, iv, v. 44.

(27) En la conclusión de esta fábula da á entender Fedro que, así como no querían los zánganos contestar á la sentencia en que la abispa los declaraba ladrones, así tampoco varios poetas de aquel tiempo querían confesar ser de Fedro algunas fábulas con que lucían. Semejante á ésta es la queja de Marcial, lib. i, ep. 39; y en el lib. ii, ep. 71 á Ceciliano y 80 á Póstumo; pero la más insigne de estas quejas en esta materia es la de Virgilio contra Batilo en aquellos célebres versos:

*Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.
Sic vos non vobis, etc.*

(28) Creen algunos que esta fábula fué escrita en alabanza de Augusto, quien, como refiere Suetonio, cap. 83 de su vida, solía tal vez jugar con los niños á varios juegos, y, entre otros, al de las nueces. El autor de la elegía titulada el *Nogal*, dice que uno de los juegos á que con las nueces juegan los niños, es á pares ó nones.

*Est etiam, par sit numerus, qui dicat, an impar.
Et divinitas auferat augur opes.*

Marcial, lib. xiv, ep. 18, dice que muchas veces el demasiado jugar á las nueces ha costado azotes á los niños.

(29) Hija de Júpiter, nacida de su cerebro, según fingieron los poetas.

(30) Dió Palas el néctar, bebida de los dioses, á la lechuzza, porque era ave consagrada á ésta diosa: la lechuzza, porque ve entre las tinieblas, era tenida por símbolo de la prudencia, y Palas era la diosa de esta virtud.

(31) Júpiter descubrió la encina cuando en una ocasión condenó á los hombres á comer bellota.

(32) Nace á la orilla del mar, de cuya espuma nació Venus.

(33) Dafne fué convertida en laurel cuando la perseguía Apolo.

(34) Atys, á quien amaba Cibeles, fué convertido en pino.

(35) Hércules iba coronado de álamo cuando fingien bajó al infierno á apoderarse del Cancerbero.

(36) Palas inventó el plantar olivos.

(37) Juno, hija de Saturno y Rea, era reina de los dioses, hermana y mujer de Júpiter.

*Quae Divum incedo Regina, Jovisque,
Et soror et conjuc. (Æu., I, v. 50.)*

(38) Eutico era indudablemente miembro de algún tribunal, que se renovaba en épocas determinadas ó gozaba de ciertas funciones temporales que debian pasar después á otros. Fedro se queja de las moratorias sucesivas que prolongan su incertidumbre acerca del éxito de su causa, y quizá también de sus privaciones ó miseria, de que desea salir antes de que la muerte ó las enfermedades de la vejez vengan á sorprenderle.

(39) Esta sentencia está tomada del *Telefo* de Ennio, según dice el gramático Festo.

LIBRO CUARTO.

(1) *Dum vacarit*, dice el texto latino. Si se leyere *Varia*, á falta de otros datos acerca de Particulón, se sabría por éste que tenía una casa de recreo cerca de Varia, quizá no distante de la que había ocupado Horacio en aquella misma comarca, y en cuya investigación empleó diez años un erudito del pasado siglo. Varia, antes Valeria, se hallaba situada al extremo de la Sabina, en la vía Valeria, que conducía al país de los Marsos. Hoy es *Vico-Varo*, en la margen derecha del Arno, cerca del monte Lucretio (*monte Gennaro*) y del valle que serpea el riachuelo Licenza (*gelidus Digen-tia rivus*).

(2) Eran los sacerdotes de Cibeles llamados *Galli*, por-

que vivían junto al río Gallo, en la Galacia ó la Frigia. A orillas de este río hubo una ciudad en que era muy honrada Cibeles, madre de los dioses, á quien también algunos llaman *Cibeles*. Los sacerdotes de esta diosa eran los únicos á quienes se permitía salir á pedir, según dice Cicerón, lib. II, *De Leg.* En el día noveno de la luna emprendían sus correrías para recoger las limosnas del pueblo, llevando consigo una imagen de la diosa, en cuyo nombre pedían y recibían, acompañándose de estrepitosa música, compuesta de flautas, sistros y tamboriles. Anunciaban también la buenaventura como los gitanos de hoy.

(3) *Retorridus*, dice el texto: ratón experimentado, cocido en semejantes lances. Horacio llama *recoctus scriba* á un escribano curtido en trampas, lib. II, sát. v, 55.

(4) De las parras ó vides enlazadas á los árboles, dijo Virgilio: *Non eadem arboribus pendet vindemia nostris.* *Georg.*, II, v. 88.

(5) Llámase así al caballo, por el ruido que hace al correr: *Stat Sonipes, et frena ferax spumantia mandit.* *Æn.* IV, v. 135. *Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum.* *Æn.*, VIII, v. 596. Esta fábula, sin más mudanza que la de jabali en ciervo, se halla en Horacio, I, ep. 10, y en los mismos términos se valió de ella Stesicoro contra Falaris, según refiere Aristóteles.

(6) Alude Fedro en la palabra *cornua*, de que usa, al plumaje que los capitanes se solían poner en el morrión. De la misma voz usa Virgilio, *Æn.*, XII, 89: *Rubræ cornua cristæ.*

(7) El coturno, ó borcegui, era un género de calzado de que usaban los que representaban tragedias, y Fedro introduce aquí á Esopo como poeta trágico.

(8) Fedro imita aquí muy á las claras el principio de la *Medea* de Eurípides, ó mejor dicho, la traducción que de ella había hecho Ennio.

(9) Así llamaban los Griegos á todas las demás naciones.

(10) Algunos piensan que aquí se trata de la muerte de Androgeo, hijo de Minos, rey de Creta, el cual había ganado todos los premios en los juegos de las Panateneas. La juventud de Megara y de Atenas, celosa de sus triunfos, le hizo asesinar en Cenoas, en los confines del Asia y de la Beocia, al dirigirse á Tebas. Minos equipó una flota, se apoderó de dos ciudades, impuso el famoso tributo del Minotauro é instituyó las Androgeonias, juegos anuales en honor de su hijo.

Sin embargo, la frase *Ægea perdomuit freta*, que hemos traducido—*la mar sendereara Egea*—indica mejor, al parecer, la expedición de Minos contra los piratas carios, á quienes arrojó de las Cicladas, como refiere Tucídides, I, 4. Se supone que hacia el año 1406 antes de J. C. hizo Minos estas conquistas, y que el viaje de los Argonautas acaeció por los años 1285 ó 1224, ciento veinte ó ciento ochenta años después.

(11) *Duas peras*, dice el texto latino; esta palabra significa aquí una alforja, medida por la cabeza, de modo que la mitad de ella caiga delante y la mitad detrás. Persio, sát. IV, v. 24, y Horacio, lib. I, sát. 6, se valen para explicar esto del término latino *mantica*.

(12) Los gentiles guardaban siempre en el templo algún fuego sagrado, como en Roma lo hacían las vestales. Si se llegaba á apagar, como sucedió en Atenas y en Delfos, no era lícito volverlo á encender con fuego común, sino con los rayos del sol, según refiere Plutarco en la vida de Numa.

(13) Fingían los antiguos que sus héroes paraban siempre en el cielo. *Æn.*, VI, v. 130.

(14) Júpiter, cuyo hijo era: Alcmena fué su madre, según la mitología.

(15) El final de esta fábula se ha perdido, como también el principio de otra.

(16) Los primeros Romanos dejaban crecer la barba para revelar autoridad. Plinio, lib. VII, cap. XI, dice que los barberos no se introdujeron en Roma hasta el año 154 de su fundación. Cicerón, lib. IV, *De Finib.*, c. XXV, *Barbatis ut de nostris dicere solemus*. El bozo de la primera barba lo guardaban en caja preciosa. Nerón lo guardó en una de oro, que consagró á Júpiter Capitolino. *Sueton, in Nerone*.

(17) Dicen los eruditos que Libitina es la diosa Venus, en cuyo templo se vendía todo lo referente á entierros, y era la diosa que los presidía. *Libitina* se toma aquí por los ministros de esta diosa, que vivían de lo que sacaban de los entierros.

(18) Simónides, que floreció por los años de 554 antes de J. C., así como el poeta Bacilides, su sobrino, había nacido en Iulis, ciudad de la isla de Ceos ó Cos, hoy Zea, una de las Cicladas, al SE. de Sunio. No se la debe confundir con la isla de Cos, hoy Stanchio, patria de Hipócrates, y

situada en el mar Egeo, frente á las costas de la Caria meridional, á la altura de Gnido y Halicarnaso.

(19) Hoy Vourla, ciudad de Jonia, situada en una isleta del golfo de Esmirna, una de las doce ciudades de la Confederación jonia. Era patria del filósofo Anaxágoras y de su maestro Hermotimo. La llama Fedro *antigua*, porque su fundación se remonta al año 1300 antes de J. C.

(20) Los antiguos cuando habían padecido naufragio, para pedir limosna llevaban una tabla en donde estaba pintado su naufragio. Juvenal, sát. XIV, v. 301.

*Mersa rate naufragus assem
Dum rogat, et pieta se tempestate tuetur.*

(21) Cicerón, que refiere este mismo suceso en el lib. II *De Oratore*, cap. LXXXVI, nos dice que el vencedor en el pugilato (pyctes) se llamaba Scopas, y era natural de Cranón, ciudad de Tesalia, al E. de Farsalia, hoy Cranía. Pero Quintiliano duda de la exactitud de este relato.

(22) Del impertinente empeño de algunos poetas en recitar y engreirse con sus versos, habla así Horacio, *Arte Poética* in fine:

*Indoctum, doctumque fugat recitator acerbus,
Quem vero arripuit; tenet, occiditque legendi,
Non missura cutem, nisi plena cruoris hircudo.*

LIBRO QUINTO.

(1) Los artifices de Grecia acostumbraban grabar su nombre en las estatuas que hacían; y lo mismo que hoy, había falsificadores, que por mayor lucro, ponían el nombre de Praxiteles, uno de los mejores escultores griegos, ó el de Mirón, no menos célebre en trabajar los metales.

(2) Así llamado para distinguirlo de otro Demetrio que por entonces había. Casandro, rey de Macedonia, invistió á Demetrio de Falera de la autoridad soberana de Atenas, pero obedeciendo en cierto modo el voto unánime del pueblo. Su

administración acabó por ganar todas las simpatías; y no puede aplicársele la palabra *improbo* de que usa Fedro, y sí mucho mejor á Demetrio Poliorcetes, que, al presentarse como restaurador del gobierno democrático, llenó á los Atenienses de vejámenes y ultrajes. Un día impuso una contribución de 250 talentos (1.167.187 pesetas) para comprar jabón á las cortesanas que mantenía públicamente en su palacio, en la ciudadela, cerca del templo de la casta Minerva.

(3) *Feliciter!* es la fórmula con que se aplaudía ó vito-reaba á alguna persona; así como al empezar á tratar cosas de gran monta, se solía usar de ésta: *Quod bonum, faustum, felix, fortunatumque sit*. De esta fórmula hace mención Cicerón, lib. I, *De Dio*, cap. XLV.

(4) Por aquel tiempo ya había la costumbre de besar la mano al nuevo príncipe, en señal de rendimiento y sumisión. Plinio, lib. XXI, cap. XLV.

(5) Es propio de cobardes mostrarse valientes fuera del peligro, según aquel adagio: *Leoni mortuo lepores insultant*: A moro muerto, gran lanzada. Lo contrario sucede en los valientes. Ovidio, lib. III, *Trist.*, eleg. 5.^a

*Corpora magnanimo satis est postrasse Leoni;
Pugna suum finem, cum jacet hostis, habet.*

(6) Una de las víctimas que se sacrificaban á Hércules. Evandro fué el primero que se la sacrificó. Tit. Liv., lib. I, cap. VII.

(7) Hubo muchos Hércules; hay autor que cuenta hasta cuarenta y tres. El más señalado fué el Tebano, hijo de Júpiter y de Alcmena, tan conocido por sus célebres hazañas. Llámale Pedro *Santo*, porque los poetas le cuentan en el número de los dioses.

(8) Esta historieta la refiere también Plutarco en el lib. V de las *Conversaciones de mesa*.

(9) No fábula, sino suceso verdadero es lo que aquí se refiere, y acaeció al emperador Augusto: algunos, sin fundamento, han creído que era una sátira contra Seyano.

(10) Fué uno de los más célebres graciosos ó bufones de aquel tiempo. Había costumbre entonces de introducir en los teatros unos representantes que con sólo las acciones y posturas, sin hablar palabra, daban á entender lo que querían. Batilo era de este género. En latín se llaman *Pantomimi*.

Véase *Sintagma de mimis et pantomimis Nicolai Calliachi, editum Patavii, 1713, en 4.^o*

(11) Fedro juega aquí con el doble sentido de la palabra *tibia*, flauta, y *tibia*, canilla. Había dos clases de flautas: *dextra tibia*, que estaban en la mano derecha; *sinistra tibia*, en la izquierda. Las primeras tenían un sonido más grave, las otras un sonido más claro; se servían de éstas, que tenían más agujeros, para acompañar las piezas alegres, y de aquéllas para las serias. Se tocaban dos flautas á la vez, como se puede ver en la *Colección de pinturas de Herculano*, lib. IV, lámina 42. Eran, ó dos *dextrae* juntas, ó dos *sinistrae* (*paribus dextris, paribus sinistris*), ó bien una *dextra* y una *sinistra* reunidas (*tibiis imparibus*). Las flautas se hacían al principio de los huesos largos de la grulla. Quizá proceda de aquí el origen del doble sentido de la palabra *tibia*.

(12) A la venida de Júpiter y demás dioses precedían truenos artificiales. Hacíase esto echando á rodar por detrás del tablado multitud de piedras gruesas. Festo dice que estos truenos se llamaban *Claudiana tonitrua*, truenos de Claudio, por ser el inventor de ellos.

(13) *Pendens in novacula*, dice el texto latino. El verbo *pendere* significa correr de modo que parezca que los pies no tocan en el suelo. Ovidio, lib. IV, *Metamorph.*, dice:

Cumque super Libicas victor penderet arenas.

Fedro, en esta pintura del tiempo, se aleja ligeramente de las tradiciones á que alude. *Finxere antiqui*. En un epigrama de Posidipo (*Antología* de Brunck, II, 44) se habla de una estatua de la Ocasión, hecha por Lysipo de Sicyone, y que tiene en la mano derecha una navaja de afeitar. Fedro ha cambiado de lugar la navaja; pero se reconoce el origen del símbolo.



ÍNDICE.

MARCIAL.—EPIGRAMAS.

	<u>Páginas.</u>
Libro XII.....	1
Libro XIII.....	51
Libro XIV.....	81

FEDRO.—FÁBULAS.

PRÓLOGO.....	137
Libro I.....	153
Libro II.....	205
Libro III.....	225
Libro IV.....	265
Libro V.....	311
NOTAS A MARCIAL.....	333
NOTAS A FEDRO.....	349



BIBLIOTECA CLASICA.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo a los librereros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente a la casa de Hernando y C.^ª, Arenal, 11, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*. Encuadernados en tela, en pasta ó a la holandesa, *tres pesetas y cincuenta céntimos*.

Todos los tomos se venden separadamente.

OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
Clásicos griegos.	
HOMERO.— <i>La Ilíada</i> , traducción en verso de Hermosilla.....	3
— <i>La Odisea</i> , traducción en verso de Baráibar.....	2
HERODOTO.— <i>Los Nueve libros de la historia</i> , traducción del P. Pou....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción de Ranz Romanillos....	5
ARISTÓFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Federico Baráibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—(<i>Tedcríto, Bida y Mosco</i> .) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares... 1	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción de Brieva Salvatierra.....	1
TUCÍDIDES.— <i>Guerra del Peloponeso</i> , traducción de Gracián.....	2
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco... 1	1
— <i>La Cyropedia</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Las Helénicas</i> , traducción de Soins.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción de Vidal y Baráibar.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción de Baráibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argiélles y Castillo y Ayensa.. 1	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba. 3	3
PLATÓN.— <i>La República</i> , traducción de D. José Tomás y García.....	2
DIÓGENES LAERCIO.— <i>Vidas de los filósofos</i> , traducción de Ortiz y Sanz. 2	2
MORALISTAS GRIEGOS.—(<i>Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes</i> .) Traducción de Díaz, López de Ayala, Brum y Abril.....	1
Clásicos latinos.	
VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción en verso de Caro.....	2
— <i>Las Eglogas</i> , traducción en verso de Hidalgo.— <i>Las Geórgicas</i> , traducción de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.. 1	1
CICERÓN.— <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y F. Navarro y Calvo.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO.— <i>Los Anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CÉSAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción de Goya y Muniaín....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , trad. de D. F. Norberto Castilla. 1	1
SÉNECA.— <i>Epistolas morales</i> , traducción de D. F. Navarro y Calvo. 1	1
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de Navarrete y Navarro.....	2
OVIDIO.— <i>Las Heroídas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
— <i>Las Metamorfosis</i> , traducción de Pedro Sánchez de Viana....	2
FLORO.— <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de Díaz....	1
QUINTILIANO.— <i>Instituciones oratorias</i> , traducción de los PP. de las Escuelas Pías, Rodríguez y Sandier.....	2

QUINTO CUNCHO.— <i>Vida de Alejandro</i> , trad. de Ibáñez de Segovia.....	2
ESTACIO.— <i>La Tebaida</i> , traducción en verso de Arjona.....	2
LUCANO.— <i>La Farsalia</i> , traducción en verso de Jáuregui.....	2
TITO LIVIO.— <i>Décadas de la Historia Romana</i> , traducción de Navarro.....	7
TERTULIANO.— <i>Apología contra los gentiles</i> , traducción de Manero.....	1
ESCRITORES de la <i>Historia Augusta</i> , traducción de Navarro.....	3
MARCIAL Y FEDRO.— <i>Epigramas y fábulas</i> , traducción en verso de Suárez Capalleja.....	2
TERENCIO.— <i>Las seis comedias</i> , traducción de Pedro Simón Abril.....	1
APULEYO.— <i>El asno de oro</i> , traducción de López de Cortegana.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERÓN DE LA BARGA.— <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ALCALÁ GALLIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1
ANTOLOGÍA DE POETAS LÍRICOS CASTELLANOS, ordenada por el Sr. Menéndez y Pelayo.....	12
Se ha publicado el tomo I.	

Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.—Estudios de política y literatura</i> . Traducción del Sr. Juderías Béndér....	6
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de D. M. Juderías Béndér y D. Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de D. Daniel López....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la <i>Revolución de Inglaterra</i> , traducción del mismo.....	6
MILTON.— <i>Paraiso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz.....	2
SHAKESPEARE.— <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot....	4

Clásicos italianos.

MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro....	1
GUICCIARDINI.— <i>Historia de Italia, desde 1494 á 1532</i> , traducida por el rey Felipe IV.....	6

Clásicos alemanes.

SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción de D. José J. Herrero....	1
— <i>Cuadros de viaje</i> , traducción de D. Lorenzo G. Agejas.....	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Béndér.....	2
---	---

Clásicos portugueses.

CAMOENS.— <i>Los Lusitadas</i> , traducción en verso de D. Lamberto Gil....	1
— <i>Poemas selectas</i> , traducción del mismo.....	1